



A. DUMAS (PADRE)

EL NARRADOR
DE CUENTOS



Caome Pz

200

EL NARRADOR DE CUENTOS

OBRAS DE DUMAS padre

UN LANCE DE AMOR.—ERMINIA..	1 tomo.
LA BOLA DE NIEVE.—LA NEVASCA..	1 tomo.
LA PALOMA.—ADÁN, EL PINTOR CALABRÉS.	1 tomo.
FERNANDA.	1 tomo.
LAS LOBAS DE MACHECUL.	2 tomos.
LA BOCA DEL INFIERNO.	1 tomo.
DIOS DISPONE, parte 2. ^a de <i>La boca del Infierno</i>	1 tomo.
OLIMPIA, parte 3. ^a de <i>La boca del Infierno</i>	1 tomo.
AMAURY.	1 tomo.
EL CAPITÁN PABLO.	1 tomo.
CATALINA BLUM.	1 tomo.
EL HIJO DEL PRESIDARIO.	1 tomo.
PAULINA Y PASCUAL BRUNO.	1 tomo.
CECILIA DE MARSILLY..	1 tomo.
LA MUJER DEL COLLAR DE TERCIOPELO.	1 tomo.
LOS TRES MOSQUETEROS.	3 tomos.
VEINTE AÑOS DESPUÉS, 2. ^a parte de <i>Los tres Mosqueteros</i>	3 tomos.
EL VIZCONDE DE BRAGELONA, 3. ^a parte de <i>Los tres Mos-</i> <i>queteros</i>	6 tomos.
UNA NOCHE EN FLORENCIA.	1 tomo.
ACTÉ.	1 tomo.
LOS HERMANOS CORSOS.—OTÓN EL ARQUERO..	1 tomo.
LOS CASAMIENTOS DEL TÍO OLIFO.	1 tomo.
SULTANETA.	1 tomo.
EL MAESTRO DE ARMAS.	1 tomo.
EL CONDE DE MONTECRISTO.	6 tomos.
LOS DRAMAS DEL MAR.	1 tomo.
ELENA.—UNA HIJA DEL REGENTE.	1 tomo.
EL CAMINO DE VARENNES.	1 tomo.
LA PRINCESA FLORA.	1 tomo.
NAPOLEON.	1 tomo.
EL HORÓSCOPO.	1 tomo.
EL TULIPAN NEGRO..	1 tomo.
LA MANO DEL MUERTO, conclusión de <i>El Conde de Mon-</i> <i>tecristo</i>	1 tomo.
RECUERDOS DE ANTONY..	1 tomo.
EL NARRADOR DE CUENTOS.	1 tomo.

OBRAS DE DUMAS hijo

LA DAMA DE LAS CAMELIAS.	1 tomo.
LA VIDA Á LOS VEINTE AÑOS.	1 tomo.
EL DOCTOR SERVANS.	1 tomo.
AVENTURAS DE CUATRO MUJERES Y UN LORO.	2 tomos.
CESARINA.	1 tomo.
LA DAMA DE LAS PERLAS.	1 tomo.

CBV
G-11

LUIS TASSO, EDITOR

EL NARRADOR DE CUENTOS

El soldado de plomo y la bailarina de papel
Juan el Chico y Juan el Grande
El rey de los topos y su hija — La reina de las nieves
Los dos hermanos — El sastrecillo valiente
Las manos gigantesas — La cabra, el sastre y sus tres hijos
San Juan Nepomuceno y el zapatero

POR

ALEJANDRO DUMAS padre

TRADUCCIÓN DE

ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUIL



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

DONACION DE
Carmen Ruiz
Bravo-Villasante

Reg. Ed. (C.B.U.): 31.436

U.A.M.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MADRID

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRÓLOGO

Sabrán mis pequeños lectores, á quienes dedico particularmente este libro, que en 1838, es decir, largo tiempo antes de que hubiesen nacido, yo hacía un viaje por Alemania.

Me detuve un mes en Francfort para esperar á un amigo mío, que sabía muchos graciosos cuentos, y que se llamaba Gerardo de Nerval.

¡Ay! Algún día, queridos niños, sabréis cómo vivió y cómo murió. Su vida es, más que una historia, más que un cuento, una leyenda.

Me había ofrecido hospitalidad una familia cuyo padre era francés, y la madre flamenca, participando los hijos un poco de ambas nacionalidades.

En la casa había dos niños y una niña. Los dos primeros contaban siete y cinco años respectivamente, y la niña catorce meses.

Los dos chicos son hoy, el uno subteniente, y el otro sargento en África. La niña es una bella joven de veintiún años.

Razón tenía, pues, al deciros que mi viaje se

efectuó largo tiempo antes de que vosotros nacierais.

Bajo el pretexto de que me veían escribir durante una parte del día, todas las noches, después de cenar, los niños me rogaban que les refiriese un cuento.

En cuanto á la niña, que más tarde me pidió algunas veces lo mismo, no pensaba entonces más que en su biberón, el cual acariciaba, justo es decirlo, con un cariño particular.

Agoté muy pronto mi repertorio de cuentos, pues ya conocéis la insaciable avidez de los oyentes de vuestra edad. Apenas concluído uno, aplauden, pidiendo otro, y dan las gracias, solicitando uno más.

Cuando ya no tuve ninguno, inventé, y siento no recordarlos, puesto que entre ellos había uno ó dos muy interesantes.

Agotada mi inventiva, dije á mis amiguitos:

—Hijos míos, espero de un día á otro á mi amigo Gerardo de Nerval; sabe muchos cuentos deliciosos, y os referirá tantos como queráis.

No era precisamente esto lo que los niños deseaban; pero como por la mañana se había recibido una carta, anunciando para el día siguiente la llegada de Gerardo, los niños se armaron de paciencia, gracias á una rebanada de pan con manteca y un platito de fresas.

Al día siguiente, en efecto, Gerardo llegó, y esto fué una fiesta para la casa. Los niños, que le habían visto venir de lejos, y á quienes yo dije: *¡Ahí viene el narrador de cuentos!*, corrieron á recibirle y saltaron á su cuello, gritando:

—¡Sea usted bien venido, señor narrador de

cuentos! ¿Sabe usted muchos? ¿Se quedará aquí largo tiempo? ¿Podrá contárnoslos todos los días?

Se explicó á Gerardo de qué se trataba: á mi amigo le pareció muy natural la acogida, y prometió un cuento para aquella misma noche después de cenar.

Los niños pasaron el día mirando el reloj y diciendo que tenían hambre.

Al fin se anunció que *el señor* estaba servido.

En Alemania, hijos míos, se dice: «*La señora está servida*».

Más tarde, vuestros padres os explicarán la diferencia que hay entre estas dos maneras de invitar los dueños de la casa á sus huéspedes á sentarse á la mesa. Revela el genio de los dos pueblos tan bien, y hasta mejor, que una larga disertación.

Si no hubiesen estado en la mesa más que los niños, la comida no hubiera durado seguramente diez minutos.

Los niños saltaron de su silla antes de servirse los postres, y acercándose á Gerardo, comenzaron á tirarle del faldón de su famoso paletó de España, cuya historia escribió mi amigo.

Gerardo no reclamó más que el tiempo necesario para tomar su café. Este último es una de las voluptuosidades de Gerardo.

Tomado el café, ya no hubo medio de resistir.

Se acostó á la pequeña Ana en su cuna, poniendo el biberón á su alcance, y los demás fueron á sentarse en un ancho balcón que formaba como un terrado con vistas al jardín.

Carlos, el mayor de los niños, trepó á mi ro-

dilla; Pablo, el más joven, se deslizó entre las piernas de Gerardo, y todos prestaron atención, como si se tratase del relato de Eneas á Dido. Entonces Gerardo comenzó la serie de cuentos que voy á reproducir, y que durante ocho días tuvieron despiertos, desde las siete á las nueve de la noche, á los dos encantadores niños de nuestro patrón de Francfort.

Me atrevo á esperar que, divirtiendo á los pequeños lectores, estos cuentos no aburrirán demasiado á los grandes.



EL NARRADOR DE CUENTOS

I

EL SOLDADO DE PLOMO

Y LA BAILARINA DE PAPEL

En otro tiempo hubo veinticinco soldados, todos hermanos, pues no solamente habían nacido el mismo día, sino que procedían todos de la fundición de una sola cuchara de plomo, ya muy vieja. Todos tenían el arma al brazo y la cara de frente, y su uniforme era magnífico, de color azul con vivos encarnados.

Las primeras palabras que oyeron cuando se levantó la tapa de la caja en que se hallaban encerrados, el mismo día de su aparición en este mundo, y de la cual no habían salido aún, fueron las siguientes:

—¡Oh! ¡Qué hermosos soldados!

Inútil es decir que estas palabras les enorgu-

llecieron mucho. Habían sido pronunciadas por un niño á quien se los regalaron el día de su santo y que se llamaba Julio.

Y tal fué su alegría, que, después de dar un salto, palmoteó, y quiso alinear sus soldados en la mesa.

Todos se parecían, no solamente por el uniforme, sino por el rostro.

Ya hemos dado la explicación de esta semejanza, advirtiendo que eran hermanos.

Solamente uno difería de los otros, por no tener más que una pierna.

El niño creyó en un principio que el soldado habría perdido la otra en alguna de aquellas grandes batallas que los soldados de plomo trababan entre sí; pero un sabio médico, amigo de la casa, después de examinar el muñón del pobre mutilado, declaró que este individuo había nacido así y que, si no tenía más que una pierna, era porque, habiendo sido el último que se fundió, faltó plomo para hacer el otro miembro.

Pero el defecto no perjudicaba mucho, pues el soldado se mantenía tan firme sobre su pierna única como los otros sobre las dos.

Ahora bien: precisamente voy á referiros la historia del lisiado.

En la caja había, además de los soldados de plomo, otros varios juguetes, pues el niño tenía una hermanita llamada Antonina, y, para que no hubiese envidias, cuando era el santo de aquél la regalaban también varias cositas, y *vice versa*.

Vice versa, hijos míos, son dos palabras lati-

nas que quieren decir que se hacía para el muchacho, el día del santo de la niña, lo mismo que para ésta el día del santo de aquél.

Decía, pues, que, además de la caja de soldados de plomo, había otros varios juguetes, y el que primero saltaba á la vista era un gracioso y diminuto castillo de naipes con cuatro torrecillas, una en cada ángulo, sobrepuestas de una veleta que indicaba de dónde venía el viento. Las ventanas estaban abiertas de par en par; á través de ellas se podía ver el interior de las habitaciones, y delante del castillo había árboles plantados por grupos cerca de un espejito recortado irregularmente, puesto de plano sobre el césped y simulando un lago límpido y transparente, donde nadaban cisnes de cera blanca. Todo esto era muy lindo y gracioso.

Pero lo más encantador era una diminuta dama que estaba de pie en el umbral de la puerta grande; toda ella de papel, tenía un vestido de muselina muy claro, una cinta azul echada en los hombros á guisa de chal, y además, en la cintura, una rosa magnífica, tan grande casi como su rostro.

—¡Bueno! dijo el niño. Aquí tengo un soldado inválido que no sirve para nada y que produce mal efecto junto á los demás; le pondré de centinela delante del castillo de naipes de mi hermana.

Hizo como decía, y el soldado de plomo quedó de guardia junto á la dama de papel.

Esta última, que era una bailarina, había quedado inmóvil al ejecutar un paso, con los brazos extendidos y la pierna en el aire, de tal

modo que los cordones de sus zapatos se habían enganchado en los cabellos.

Como era una bailarina muy flexible, su pierna se había unido de tal modo con su cuerpo, que el soldado de plomo, no viendo más que una, creyó que le faltaba la otra, como á él.

—¡Ah! He ahí la mujer que me convendría, pensó; mas, por desgracia, es una gran dama, y habita en un castillo; mientras que yo vivo en una caja y con otros veinticinco compañeros. No es morada conveniente para una baronesa ni para una condesa. Me contentaré, pues, con mirar á la dama, sin permitirme declarar mis sentimientos.

Y, firme en su puesto, contempló fijamente á la pequeña dama, que, siempre en la misma posición, seguía sosteniéndose en una sola pierna, sin perder un momento el equilibrio.

Llegada la noche, cuando se fué á buscar al niño para acostarle, puso todos los soldados de plomo en su caja, dejando al inválido de centinela, por descuido, ó con intención.

Pero si fué con intención ó por malignidad, el niño se engañaba mucho, pues jamás soldado de carne y hueso estuvo más contento que nuestro soldado de plomo, cuando vió que no le relevaban con otro centinela, y que podría permanecer toda la noche contemplando la hermosa bailarina.

Su único temor era que no hubiese luna, pues encerrado hacía largo tiempo en su caja, ignoraba cuál era el día del mes, y, por lo tanto, esperó con ansiedad.

Á eso de las diez, en el momento en que todo

el mundo estaba acostado, la luna se dejó ver, enviando sus rayos plateados á través de la ventana: entonces la dama de papel, que durante un momento se habia perdido en la oscuridad, reapareció más hermosa que nunca, pues aquella luz melancólica sentaba admirablemente bien á la expresión de su rostro.

—¡Ah! exclamó el soldado de plomo. Creo que aun es más linda de noche que de día.

Las once dieron, y después las doce.

Cuando el cuco acabó de cantar por última vez, una caja de música, que estaba sobre la mesa con los demás juguetes, y que tenía tres aires y una contradanza, comenzó á tocar desde luego *Tengo buen tabaco*, y luego, *Mambrú se fué á la guerra*, y el *Rto Tajo*.

Después de la última nota del *Rto Tajo*, dió principio la contradanza, que era una especie de jiga.

Pero entonces, al primer compás de aquel baile, la pequeña bailarina comenzó á separar la pierna del cuerpo; mientras que, por un esfuerzo, levantó la otra del suelo, dando principio á un paso que parecía haber sido compuesto por el mismo maestro de las sílfides.

Entretanto, el soldado de plomo, que no perdía ni uno de los saltos, de las vueltas y de las figuras de la bailarina, oía á sus compañeros hacer esfuerzos para levantar la tapa de su caja; pero el niño los había encerrado tan bien que no pudieron conseguirlo, y el aventurado centinela fué el único que pudo disfrutar hasta la embriaguez del talento de la encantadora artista.

En cuanto á esta última, seguramente era la

primera bailarina que jamás existió, y, según toda probabilidad, debía ser á la vez discípula de Taglioni y de la Essler. Elevábase como la primera, y punteaba como la segunda; de modo que el pobre soldado de plomo vió lo que aun no le había sido dado ver á ningún mortal, es decir, una bailarina que en la misma noche podía ejecutar la cachucha del *Diablo cojuelo*, y el paso de la superiora de las monjas en *Roberto el Diablo*.

El soldado de plomo no se había movido de su puesto, y mientras que la encantadora coreógrafa, ligera como un pájaro, parecía no pensar en nada, él tenía la frente bañada en sudor. Cierto es que la bailarina le había dedicado, al parecer, sus figuras más primorosas, y más de una vez, como prueba del gran interés que el soldado la inspiraba, le rozó casi la nariz con la punta de su piecicito sonrosado, en sus rápidas piruetas.

Mas en medio de la inusitada satisfacción que el pobre centinela había sentido por haber disfrutado él solo del espectáculo, experimentó un gran desengaño.

Era que acababa de reconocer su primer error: la hermosa dama tenía dos piernas, y, por lo tanto, habiendo desaparecido la semejanza con que él contaba un poco para ofrecerle sus respetos, temía ser rechazado á mil millones de leguas.

Al día siguiente, los niños, muy contentos de ver otra vez sus juguetes, se levantaron casi al amanecer; y como hacía un tiempo magnífico, el niño decidió que sus soldados de plomo pasaran la revista en la ventana.

Durante tres horas hizo que practicasen, con gran alegría suya, toda especie de evoluciones.

A las ocho le llamaron para almorzar.

Como se hablaba mucho en el país de una invasión de hulanos, y temía que sus hombres fueran sorprendidos, colocó su centinela de la vispera, de cuya vigilancia estaba satisfecho, por haberle encontrado en el mismo sitio en que le dejó, como guardián de los soldados, y lo más aproximado posible al borde de la ventana.

Mientras que el niño almorzaba, bien sea que una corriente de aire se llevase al centinela, ó que, puesto demasiado cerca del vacío, el pobre lisiado hubiera sufrido un vértigo, sin poder sostenerse con su única pierna, ó ya, en fin, bien fuera que los hulanos le hubiesen sorprendido en el momento que menos se esperaba, ello es que el centinela fué precipitado de cabeza desde un tercer piso.

¡Era un caída terrible!

Solamente un milagro podía salvarle, y el milagro se hizo.

Como, aun en el momento de caer el fiel soldado, no había soltado su arma, cayó apoyado sobre la bayoneta de su fusil.

Esta última penetró entre dos piedras, y aquél quedó de cabeza, con la pierna en el aire. La primera cosa que el niño echó de ver al entrar en su cuarto, después de almorzar, fué la desaparición de su centinela perdido.

Pensó juiciosamente que debía haber caído por la ventana, llamó á la sirvienta de su hermanita, llamada Claudina, bajó con ella y comenzó á buscar.

Dos ó tres veces la muchacha y el niño estuvieron á punto de poner la mano ó el pie sobre el soldado de plomo; pero estaba precisamente en la posición en que presentaba menos superficie, y ni uno ni otro le vieron, por mucha atención que fijaran en sus pesquisas.

Si el soldado hubiese dicho tan sólo «¡aquí estoy!» le habrían encontrado al punto, y hubiera ido á reunirse con sus compañeros, evitándose así muchas desgracias.

Pero, rígido observador de la disciplina, como lo era, juzgó sin duda inconveniente hablar bajo las armas.

Gruesas gotas de lluvia comenzaban á caer; terrible tormenta se preparaba en el cielo; y el niño, como hábil general, pensó que más valía abandonar al soldado mutilado, á quien su caída desde un tercer piso no habría provisto seguramente de una pierna, que no exponer á una inundación y á los rayos á toda una compañía de veinticuatro hombres, sanos y con sus uniformes nuevos.

Volvió á subir, pues, al tercer piso, diciendo á la criada de su hermana que le siguiese, como así lo hizo.

Después retiró sus veinticuatro soldados, púsolos en su caja, cerró la ventana para que no penetrase la lluvia, corrió las cortinillas para no ver los relámpagos, y dejó que descargara la tempestad, contentándose con decir á su hermana al paso, por toda reflexión:

—¡Qué aire tan triste tiene tu bailarina! ¿Estará enamorada, por casualidad, de mi soldado de plomo?

—¡Ah! Sí, contestó la niña. ¡Y eso que habría ido á elegir precisamente aquel que no tenía sino una pierna!

—¡Oh! ¡Quién sabe! dijo el niño con una filosofía impropia de su edad. ¡Las mujeres son tan caprichosas!

Y salió para ir á tomar su lección.

Entretanto, caía una lluvia torrencial, que el soldado de plomo recibió cabeza abajo, por estar clavado entre dos piedras por la punta de la bayoneta.

Aquella lluvia fué una gran dicha para él, pues dada la posición en que se hallaba, hubiera sufrido seguramente, á no ser por aquel imprevisible refresco, una congestión cerebral.

La tempestad pasó, como pasan todas, y después volvió el buen tiempo, y á poco, dos pilletes comenzaron á jugar á las *billas* (1) junto á la pared de la casa, al pie de la ventana de donde había caído el soldado de plomo, en cuyo morrión chocó una de aquéllas.

Al recogerla el muchacho, se apoderó también del soldado, y le puso de pie, ó, más bien, sostenido sobre su pierna.

El buen hombre no se había movido, á pesar de su amor á la bailarina de papel, á pesar de la noche que había pasado al aire libre, y de su caída desde el tercer piso: siempre estaba firme con su arma al brazo y la vista fija.

—Es preciso embarcarle, dijo uno de los pilletes.

Esto era cosa fácil, pues los arroyos estaban

(1) Bolitas de piedra con que suelen jugar los muchachos.

convertidos en verdaderos ríos. Tan sólo faltaba el barco; pero con un pedazo de papel se tendría muy pronto.

Los pilletes entraron en una tienda de longista y pidieron por favor un diario.

La dueña acababa de dar á luz un niño, muy deseado por su esposo, que, no habiendo tenido hasta entonces más que hembras, temía que su nombre se extinguiese; de modo que se hallaba en un momento de buen humor, por lo cual fué generoso, dando á los dos pilletes el diario que le pedían.

Los chicos confeccionaron un barco, botáronle al agua, y en la proa pusieron al soldado de plomo, que vino á ser así, á la vez, capitán, teniente, contramaestre, piloto y tripulante.

El barco partió, con su balanceo y su movimiento acostumbrado, como un buque de alto bordo.

Los dos pilletes le acompañaron, corriendo y dando palmadas.

Por lo demás, el barco, á pesar del rápido curso de las aguas, marchaba muy bien, subiéndolo con las ondas para descender con ellas, navegando entre los restos de toda especie que flotaban acá y allá, y chocando contra las piedras de la orilla sin zozobrar nunca, y hasta sin hacer agua.

En medio de todo aquel trastorno, el soldado de plomo permanecía en la proa con el arma al brazo, firme en su puesto, y sin que, al parecer le molestara el movimiento de las aguas, como si hubiera navegado toda su vida.

Pero cuando el barco viraba de bordo, lo cual

le sucedía algunas veces, cuando encontraba un remolino, se podía ver al soldado dirigir una rápida y melancólica mirada á la casa donde dejaba lo que más quería en el mundo.

El arroyo iba á desaguar en el río, y en éste penetró el barco.

Una vez allí, los pilletes debieron abandonarle forzosamente; pero siguiéronle con los ojos hasta que hubo desaparecido bajo el arco de un puente.

En aquel arco reinaba tal oscuridad, que, á no ser por el movimiento del barco, el soldado de plomo habría podido imaginar que estaba dentro de su caja.

De repente oyó una voz que le gritaba:

—¡Ah del barco! Venid por aquí.

Mas, en vez de obedecer, el barco proseguía su marcha.

—¿No tenéis nada que declarar? gritó la misma voz.

Ni esta segunda pregunta, ni la primera obtuvieron contestación.

—¡Ah, contrabandista de desgracia! gritó la misma voz. ¡Ahora te las habrás conmigo!

En aquel momento el barco viró de bordo, como tantas veces lo había hecho, y el soldado de plomo vió una gran rata de agua que comenzaba á nadar para perseguirle.

—¡Detenedle, detenedle! gritaba la rata. No ha pagado los derechos.

Y seguía siempre al barco, rechinando los dientes, gritando sin cesar á los restos de toda especie que el agua arrastraba:

—¡Detenedle, detenedle!

Por fortuna, ó por desgracia,—pues tal vez

hubiera sido una felicidad para el soldado de plomo, que, fuerte con su inocencia, nada tenía que temer de los aduaneros;—por fortuna ó por desgracia, repetimos, la corriente era tan rápida, que el barco se halló muy pronto, no solamente libre de la persecución de la rata, sino también fuera del alcance de la voz.

Sin embargo, el navegante no escapaba de un peligro sino para caer en otro.

Á lo lejos oía como el rumor de una catarata.

Á medida que se acercaba, aquel ruido era cada vez más imponente.

Cuanto más estrepitoso, mayor rapidez adquiría la corriente.

El soldado de plomo, que no había salido jamás de su caja, no conocía los alrededores de la ciudad; pero aquel ruido creciente, la espantosa rapidez, y sobre todo los latidos de su corazón, indicábanle que se acercaba á un Niágara cualquiera.

Durante un momento tuvo la idea de arrojarse al agua para ganar la orilla, pero ésta se hallaba muy lejos, y él nadaba como un soldado de plomo.

El barco seguía avanzando como una flecha, pero, así como ésta al acercarse al blanco lleva más suavidad, cuanto más próximo á su destino estaba el barco, mayor era su rapidez.

El pobre soldado se mantenía tan derecho y rígido como le era posible, y nadie podía haberle acusado, por grave que fuera el peligro, de manifestar ningún temor.

El agua comenzaba á ser verde y transparente, y ya no era el barco el que parecía avanzar, sino

que la orilla se alejaba aparentemente; los árboles corrían como aturcidos, como atemorizados del estrépito, y habriase dicho que deseaban alejarse cuanto antes de la catástrofe.

La marcha del barco era vertiginosa.

El valiente soldado de plomo no quiso que se pudiera decir que había abandonado sus armas, y con más fuerza que nunca oprimió su fusil contra el pecho.

El barco giró dos ó tres veces sobre sí mismo, y comenzó á hacer agua.

Esta última subió rápidamente, y á los diez segundos llegó al cuello del soldado.

El barco se hundía poco á poco.

Cuanto más se sumergía, más se dilataba; había perdido casi su forma y parecía una balsa.

El agua pasó por encima de la cabeza del soldado de plomo.

Sin embargo, el barco remontó á la superficie, y el soldado volvió á ver otra vez el cielo, las orillas del río, el paisaje, y ante él un abismo lleno de espuma.

En aquel instante supremo pensó en su pequeña bailarina de papel, tan linda, tan ligera y tan graciosa.

De repente sintió que se inclinaba hacia adelante; el barco se rasgó bajo sus pies, y fué precipitado en el abismo, sin que el tripulante tuviera tiempo de exclamar: «¡Uf!»

Un enorme sollo, que alargaba la boca, con la esperanza de que le cayera algo de arriba, le recibió en sus fauces y se lo tragó.

Al pronto, le habría sido imposible al pobre

soldado de plomo darse cuenta de lo que había pasado ni menos decir dónde se hallaba.

Lo que sentía era que estaba muy incómodo, y echado de lado.

De vez en cuando, como si se abriese una claraboya, penetraba hasta él una luz opaca, y veía cosas cuyas formas le eran desconocidas.

Le agitaba un movimiento rápido é interrumpido, que poco á poco le indujo á pensar que podría hallarse tal vez en el vientre de un pescado.

Desde el momento en que le ocurrió esta idea, orientóse, y pudo comprender que aquella especie de reflejos que hasta él llegaban eran la luz del día, que penetraba en las cavidades torácicas del pez al abrir éste sus oídos para separar el aire del agua.

Al cabo de un cuarto de hora, ya no dudó.

¿Qué hacer? Pensó en abrirse paso con ayuda de su bayoneta; pero, si tenía la desgracia de reventar la vejiga natatoria del pez, este último, no pudiendo hacer ya la provisión de aire con ayuda de la cual sube á la superficie del agua, caería en el fondo del río.

¿Qué sería entonces de él, pobre soldado sepultado en un cadáver?

Más valía dejar la vida al pez; pues, por poderosos que fuesen los jugos gástricos del cetáceo, era probable que éstos no llegarían á derretirle.

El soldado sería ciertamente una molestia para el pez, que al cabo de dos ó tres días acabaría por arrojarle.

Había un precedente: ¡Jonás!

Desde el momento en que reconoció clara-

mente que se hallaba dentro de un pez, el naufrago no se extrañó ya de nada; todo le fué explicado, los movimientos rápidos á derecha é izquierda, las sumersiones en el fondo del agua, las subidas á la superficie; y en cuanto pudo medir el tiempo, pasó veinticuatro horas así en un estado de tranquilidad relativa.

De repente el sollo comenzó á estremecerse con violencia, dando espantosas sacudidas, de que en vano trató nuestro héroe de darse cuenta. Era preciso que le hubiese ocurrido algún accidente grave, ó que le agitase una poderosa pasión, pues se retorció, sacudiendo la cola, y durante algunos segundos el soldado, echado hasta entonces, quedó en posición vertical.

El sollo era retirado del agua por una fuerza superior á la suya, y á la cual trataba inútilmente de resistir.

El pez tenía alguna cuestión desagradable con un anzuelo.

Por la dificultad con que el sollo respiraba, y por lo más fácil que era la respiración para nuestro soldado, éste comprendió que el animal se hallaba fuera de su elemento. Durante una hora ó dos, aun hubo lucha entre la vida y la muerte; pero, al fin, fué vencida la primera, y el pez quedó inmóvil.

Durante su agonía, el sollo había sido trasladado de un punto á otro; pero ¿adónde?

El soldado de plomo lo ignoraba completamente.

De improviso penetró hasta él como un relámpago, hizose la luz, y oyó una voz que decía con el acento del asombro:

—¡Toma! ¡Aquí está el soldado de plomo!

La casualidad había conducido al viajero á la misma casa de donde salió, y esta exclamación era proferida por Claudina, la criada de la niña, que presenciaba la operación de abrir el sollo, y que reconoció el soldado de plomo, que la vispera habían buscado inútilmente en la calle ella y el niño.

—¡Ah! exclamó la cocinera. ¡He aquí un caso bien raro! ¿Cómo diablos se hallará el soldado del señorito Julio en el estómago de un pez?

Solamente el soldado de plomo hubiera podido contestar á esta pregunta; pero se calló, desdénando, sin duda, trabar conversación con criadas.

—¡Ah! dijo Claudina; el señorito Julio se alegrará mucho.

Y, poniendo el soldado de plomo bajo la llave de la fuente, le lavó bien, cosa que necesitaba en gran manera, y fué á colocarle sobre la mesa del salón.

Todas las cosas se hallaban como el soldado de plomo las había dejado: la caja de música ocupaba el mismo sitio; los veinticuatro soldados vivaqueaban en un bosque lleno de árboles pintados de rojo, con el follaje puntiagudo y rizado; y, por último, la bailarina de papel permanecía bajo su gran puerta, no ya en actitud airosa y de puntillas, sino sentados ambos pies, como si éstos no la pudiesen llevar ya, y apoyada contra la puerta.

Además, adivinábase que había llorado mucho; tenía los ojos horriblemente hinchados, y estaba tan pálida que parecía difunta.

El pobre soldado quedó tan conmovido al ver esto, que tuvo la idea de arrojar lejos de sí el morrión, el fusil y la cartuchera, para ir á prosternarse á los pies de la bailarina.

En el momento en que deliberaba sobre si debía hacerlo, tratando de vencer su timidez natural por toda especie de razonamientos interiores, la niña entró y le vió.

—¡Ah! ¿Eres tú, exclamó, mal inválido? Tú tienes la culpa de que mi bailarina de papel haya llorado toda la noche, y de que se halle tan débil esta mañana, que apenas puede tenerse en pie. ¡Toma: recibe el castigo!

Y, sin más palabra, cogiendo el soldado de plomo con ambas manos, la niña le arrojó á la estufa.

La acción fué tan rápida, tan instantánea é imprevista, que el soldado de plomo no pudo oponer la menor resistencia.

Acababa de pasar de un agua muy fría á una atmósfera templada; mas de repente experimentó un calor sofocante y hallábase en medio de un fuego muy encendido.

¿Era aquel calor, comparado con el cual hubiera parecido muy fresca la temperatura del Senegal, el del fuego que abrasaba el cuerpo, ó el del amor que abrasaba el corazón?

El soldado no lo sabía.

Pero lo que sentía muy bien era que se iba derritiendo como una cera, y que dentro de un instante no quedaría ya de él más que un diminuto é informe fragmento de plomo.

Entonces, sus ojos moribundos dirigieron la última mirada á la pequeña bailarina, que, por

su parte, mirábale con los brazos extendidos hacia él y los ojos tristes.

En aquel momento, la ventana, mal cerrada, se abrió bajo la violencia del viento; una ráfaga penetró en la habitación, y, arrastrando á la bailarina como una silfide, la arrojó á la estufa, casi en brazos del soldado de plomo.

Apenas tocó el fuego, incendiáronse sus vestidos, y desapareció en medio de las llamas, consumida, como Semelé, en pocos segundos.

La niña se precipitó para prestar auxilio á la bailarina.

¡Pero ya era tarde!

En cuanto al pobre inválido, se derritió, al fin, todo, y cuando al día siguiente la criada barrió las cenizas, no encontró más que un diminuto resto en forma de corazón.

Era todo cuanto quedaba del soldado de plomo.



II

JUAN EL CHICO Y JUAN EL GRANDE

I

Una vez habitaban en un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, dos individuos que tenían el mismo nombre, es decir, Juan.

Pero el uno poseía cuatro caballos; mientras que el otro no contaba más que con uno.

Y á fin de distinguir á los dos mozos, se había dado el nombre de Juan el Grande al dueño de los cuatro caballos, y de Juan el Chico al que solamente tenía uno, lo cual os indica de paso, amiguitos míos, que no es la inteligencia ni la talla lo que establece la diferencia entre los dos Juanes, y sí solamente la fortuna...

A causa de un convenio concluído entre los dos aldeanos, Juan el Chico debía labrar las tierras de Juan el Grande, prestándole su único

caballo durante los seis días de la semana; mientras que Juan el Grande, por reciprocidad, debía ayudar al otro, dejándole sus cuatro caballos para labrar su campo, pero esto solamente una vez á la semana, el domingo.

Cualquiera se hubiera quejado de trabajar el día en que todo el mundo descansa; pero Juan el Chico era un alegre compañero, á quien no arredraba la fatiga.

¡Y era de ver aquel día cómo disfrutaba de su triunfo! Se cuadraba orgullosamente delante de su tiro de cinco caballos, hacía chasquear su látigo y ¡zis, zas!, pues durante todo un día figurábase que los cinco cuadrúpedos eran suyos.

El sol brillaba, las campanas llamaban á los fieles á la iglesia, y veíase pasar á campesinos y campesinas con su devocionario debajo del brazo, vistiendo su traje de fiesta, por delante del campo de Juan el Chico, para ir á misa.

Y, encorvado sobre su arado, Juan el Chico se erguía para saludar á sus amigos, mostrándose allí alegre y orgulloso con los cinco animales que labraban su campo.

—¡Zis, zas! ¡Adelante, caballos míos! gritaba Juan el Chico alegremente.

—No deberías hablar así, dijo Juan el Grande, que, en vez de ayudar en el trabajo, según se había convenido, se contentaba con mirar como el otro se afanaba, y permanecía cruzado de brazos.

—Y ¿por qué no he de hablar así? preguntó Juan el Chico.

—Porque de esos cinco caballos, tan sólo uno te pertenece, pues los otros cuatro son míos.

—Es verdad, contestó, sin envidia, Juan el Chico.

Mas, á pesar de esta confesión, apenas un amigo, un conocido y hasta un extraño pasaba por allí y se complacía en mirarle trabajar, el joven olvidaba la prohibición, y, haciendo chasquear á más y mejor su látigo, gritaba:

—¡Adelante, adelante, mis cinco caballos!

—Ya te he prevenido, le dijo Juan el Grande, que me desagradaba que dijeses: «¡Mis cinco caballos!» Y te advierto otra vez, y esta será la última, que, si te vuelve á suceder, ya verás lo que haré.

—Pues ya no sucederá más, dijo Juan el Chico.

Sin embargo, tan pronto como volvió á pasar gente, saludándole con la cabeza de la manera más amistosa, el demonio de la vanidad se apoderó de él otra vez, y, á riesgo de lo que pudiera hacer Juan el Grande, chasqueó de nuevo su látigo, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Adelante, mis cinco caballos!

—Espera ahora, dijo Juan el Grande; ya verás cómo arreo á tus cinco caballos.

Y, cogiendo un guijarro, le arrojó con tal fuerza á la cabeza del caballo de Juan el Chico, que el cuadrúpedo cayó muerto en el sitio.

—¡Ah! He aquí que ya no tengo caballo, exclamó Juan el Chico. Y comenzó á llorar.

Mas era un muchacho poco melancólico por naturaleza, y comprendió que las lágrimas no remediarían en nada el mal; las enjugó, pues, con la manga de la camisa, sacó un cuchillo de la faltriquera, y como su caballo no tenía ya

nada de bueno más que la piel, se dispuso á desollarle.

Terminada la operación, Juan el Chico extendió la piel en una cerca, para secarla.

Su intención era ir á venderla á la ciudad; pero ésta última estaba lejos del pueblo de Juan el Chico, y antes de llegar era preciso cruzar por un gran bosque muy sombrío. Cuando se hallaba á la mitad de éste, estalló una tormenta, extravióse, y la noche cerró antes de que pudiera encontrar su camino.

Sin embargo, á fuerza de andar llegó al lindero del bosque, donde vió una granja.

Acercóse muy contento, con la esperanza de encontrar un albergue. Los postigos de las ventanas estaban cerrados, pero en el interior brillaba una luz á través de las rendijas.

Juan el Chico llamó á la puerta.

La dueña abrió.

El joven expuso cortésmente su deseo; pero la campesina no se conmovió.

—Seguid vuestro camino, amiguito, contestó; mi marido está ausente, y, cuando no se halla aquí, no recibo á personas extrañas.

—Pues deberé pasar la noche al sereno, dijo Juan el Chico, suspirando.

Pero la mujer, sin enternecerse ni contestar, le dió con la puerta en las narices.

Juan el Chico miró á su alrededor, porque estaba resuelto á no seguir adelante.

Cerca de la casa veíase una muela para el heno, y entre ésta y aquélla elevábase un pequeño cobertizo con tejadillo de rastrojo.

—¡Hola! pensó Juan el Chico al ver el tejadi-

¡lo. He aquí que ya tengo cama; extenderé la piel de mi caballo sobre el rastrojo, me taparé con mi saco, y dormiré mejor que ese perverso Juan el Grande, que me ha matado mi pobre caballo.

—Con tal que la cigüeña, continuó el joven, no venga á sacarme los ojos con su largo pico mientras que duermo, quedaré contento.

Efectivamente, había un nido de cigüeñas sobre la chimenea que dominaba el cobertizo, y en aquélla, el macho ó la hembra estaba de pie, sosteniéndose en una pata.

Hecha esta observación, Juan el Chico subió al tejado, extendió su piel, echóse, se tapó con su saco, y se volvió varias veces de uno á otro lado para ahondar un poco su lecho. †

Una vez, al volverse, un rayo de luz llamó su atención, y pudo ver que partía de un postigo entornado.

Por la abertura, el joven pudo ver lo que se hacía en la habitación de la granja.

Pensando en lo que le había dicho la campesina, lo que vió no pudo menos de admirarle...

Sobre una gran mesa se ostentaba un pez magnífico, un pavo asado, un pastel y toda especie de vinos excelentes.

A la mesa estaban sentados la mujer del labrador y el bedel del pueblo donde Juan el Chico habitaba.

Estaban solos, y la campesina servía á su compañero una parte del pescado, que era su manjar favorito, llenándole el vaso repetidas veces é invitándole á beber cuanto quisiera.

—¡Hola, hola! exclamó el mancebo. Paréceme

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

que eso es una fiesta. ¡Vamos! He aquí que la campesina se levanta. ¿Qué irá á buscar ahora? ¡Bizcochos, pastelillos de crema! ¡Bah! ¡No es tan desgraciado nuestro bedel, diablo!

Un momento después, oyó que por el camino se acercaba alguien en dirección á la granja.

Era el marido de la campesina, que regresaba á su casa.

Juan el Chico no le conocía, pero le adivinó al verle dirigirse hacia la puerta y llamar con redoblados golpes.

Solamente el amo podía proceder así.

Era un buen hombre el labrador; pero se le censuraba una extraña manía, y era la de no poder mirar de frente á un bedel sin experimentar furores semejantes á los de la rabia.

Añadamos que el bedel, conociendo esta antipatía del marido á los bedeles en general, y á él en particular, había ido á dar los buenos días á la mujer, precisamente porque no ignoraba que estaba fuera; y la buena campesina, agradeciéndole su bondad, habíale servido los mejores manjares que tenía.

Ahora bien: cuando los dos oyeron llamar á la puerta, reconociendo en la manera de hacerlo al amo de la casa, atemorizáronse de tal manera, que la mujer rogó al bedel que se ocultase en un gran cofre vacío, que estaba en un ángulo de la habitación.

El bedel, temblando de pies á cabeza, no se hizo de rogar, y mientras que la mujer levantaba la tapa introdujose en el cofre y se agazapó en el fondo.

La mujer dejó caer la tapa.

Hubiera querido cerrar el cofre con llave; pero hacía largo tiempo que ésta se había extraviado, y, sin prever cuál podía ser la utilidad de aquel cofre, la campesina no quiso que se construyera otra llave.

Se contentó, pues, con echar sobre el mueble cuanto encontró á mano, y, corriendo hacia la mesa, retiró el pescado, el pavo y los pasteles, escondiéndolo todo en el horno.

Pues ya se comprenderá que, si su marido hubiese visto todo aquello, no habría dejado de preguntar cuál era la causa de tal banquete.

—¡Ah! exclamó en alta voz Juan el Chico, al ver que por la boca del horno desaparecían todos aquellos magníficos manjares. ¡Ah, bienaventurado horno!

El labrador, que llamaba siempre á la puerta, oyó aquel suspiro.

—¡Eh! gritó. ¿Quién anda por ahí arriba?

—Soy yo, contestó el joven.

—Y ¿quién eres tú?

—Juan el Chico.

—Y ¿qué haces ahí?

—Á fe mía, señor, trataba de dormir; pero esto no es fácil, y por eso suspiraba.

—Y ¿cómo es que no estás en la granja ó en el pajar?

—Porque vuestra mujer, que es muy prudente, me ha contestado que cuando no estabais en casa no recibía á ningún extraño.

—¡Ah, ah! exclamó el labrador, satisfecho. Bien reconozco en eso á mi buena Claudia; pero ven conmigo y te recibirá bien: yo te lo prometo.

—¡Eh, eh! replicó Juan el Chico, guardando

la piel en su saco, echándose éste al hombro y deslizándose por la pendiente del tejadillo. Me parece que la buena Claudia tarda en abrir la puerta.

—La buena mujer estará acostada y duerme, repuso el labrador; y tiene el primer sueño muy pesado; pero ahí está, ya la oigo.

La puerta se abrió.

—¡Ah! ¿Eres tú, mi pobre Nicolás? exclamó la campesina abrazando á su marido. ¿Has llamado muchas veces?

Y estrechaba al pobre hombre de tal modo contra su corazón al abrazarle, que pasó un momento sin que pudiera contestar.

—¡Diantre! exclamó, al fin. Diez minutos, ó un cuarto de hora.

—¡Un cuarto de hora! ¡Oh pobre marido mío! exclamó Claudia. ¡Qué frío debes tener y qué cansancio! Ven pronto á dormir y descansar.

—¡Oh, oh! repuso Nicolás. No tan pronto, porque tengo más hambre que frío y sueño, y quiero cenar antes de acostarme, sin contar que este muchacho me acompañará. ¿No es cierto, Juan el Chico?

—¡Ah, diablo, señor Nicolás! contestó el mozo. No me hubiera atrevido á pedirlo; pero, puesto que me invitáis, esto me complacerá mucho.

Y, volviéndose hacia la campesina, añadió, como si la viese por primera vez:

—Señora, tengo el honor de daros las buenas noches.

—Buenas las tengas, dijo la campesina, que hubiera querido tener á Juan el Chico á cien

leguas de allí, no porque pensase que éste podía haber visto algo, sino porque temió que, si su marido y el joven se ponían á la mesa, sería difícil hacerlos levantar después, lo cual debía molestar mucho al pobre bedel encerrado en su cofre.

Mas la mujer pensó en otro medio para que no estuviesen largo tiempo á la mesa, y fué servir tan sólo un gran plato de legumbres hervidas en agua, sin manteca ni tocino, resto de la comida de los carreteros.

El labrador, muy hambriento, comía con el mejor apetito, sin quejarse, porque no sospechaba que en la casa hubiese otra cosa, y porque en aquel plato de legumbres reconocía el espíritu económico de una buena ama de casa.

Mas no sucedía lo mismo con Juan el Chico, que habia visto el pescado, el pavo, el pastel y los pastelillos de crema, y que sabía que bastaba levantar la puertecilla del horno para encontrar todo esto.

Juan el Chico habia dejado debajo de la mesa el saco donde estaba la piel de caballo que iba á vender á la ciudad, tenia el pie encima, y como el plato de legumbres no era de su agrado y pensaba en el medio de hacer salir del horno todas las golosinas que contenía, apoyó maquinalmente el pie en el saco.

—¡Crac! hizo la piel.

—Silencio, dijo el labrador.

—¿Qué hay? preguntó Juan el Chico.

El labrador permaneció silencioso.

Juan el Chico apoyó de nuevo el pie sobre el saco.

—¡Crac! repitió la piel, gimiendo por segunda vez.

El labrador observó de dónde venía el ruido.

—¿Qué tienes en tu saco? preguntó al joven.

—¡Oh! No hagáis caso, contestó Juan el Chico; es un mágico.

—¿Cómo un mágico?

—Sí.

—¿Llevas un mágico en tu saco?

—¿Por qué no?

—¿Y es que se queja?

—Es que me habla.

—Y ¿qué te dice?

—Me dice en su lengua que no coma esas insulsas legumbres sin manteca ni tocino, puesto que en el horno hay muy buenas cosas, destinadas para nuestra cena.

—¡Diablo! exclamó el campesino. Si esto fuese verdad, tu mágico sería un gran hombre.

—Id á verlo vos mismo.

—¿Y si miente?

—No habréis perdido gran cosa, pero mi mágico no miente jamás.

II

Juan el Chico hablaba con tal tono de seguridad, que el labrador se fué derecho al horno y levantó la puertecilla.

Entonces quedó asombrado, porque allí estaban todos los buenos manjares y las golosinas que su mujer había escondido.

En cuanto á la campesina, no se atrevía á

decir palabra, y se apresuró á poner en la mesa todas las buenas cosas que el horno contenía, y que los dos convidados comenzaron á comer de la mejor gana.

Pero era triste no acompañar aquello más que con vino común.

Por eso Juan el Chico volvió á poner el pie sobre su saco, y de nuevo se oyó el *crac*.

—¡Bueno! ¿Qué más hay? preguntó el labrador, muy satisfecho de la excelente comida que se le daba sin que le costase un cuarto.

—Pues hay que ese mágico hablador no quiere callarse.

—Y ¿por qué se ha de callar, cuando tan bien habla?

El mágico repitió su *crac*.

—¿Qué dice? preguntó el labrador, que no comprendía aquel lenguaje.

—Dice, contestó Juan el Chico, que en el rincón opuesto al horno ha ocultado tres botellas de excelente vino, destinado á sazonar el pescado, el pastel y el pavo.

—Ve á verlo, mujer, ve á verlo, dijo alegremente el labrador.

Y la mujer se vió obligada á ir en busca de las botellas de vino y á dar de beber á los dos hombres.

El labrador bebía mucho y se ponía muy alegre, manifestando deseos de poseer él también un mágico.

—¿Podría hacer que apareciese el diablo? preguntó á su compañero de mesa.

—¡Uf! contestó Juan el Chico. Eso es pedir demasiado,

—Preguntadle si puede, insistió el labrador.

—Y ¿no tendríais miedo?

—¡Yo! Cuando tengo una botella de vino en el cuerpo ya no temo nada; pero ¿podrá hacerlo?

—Mi mágico puede todo lo que yo quiero, contestó el joven. ¿No es verdad? preguntó mirando bajo la mesa, y apoyando el pie sobre el saco, lo cual hizo crujir la piel.

—¿Qué dice? preguntó el labrador, poseído de ansiedad.

—Pues ¿no habéis oído?

—Sí, pero sin comprender.

—¡Ah! Es cierto. Pues bien: ha contestado que no deseaba otra cosa.

—¡Pues vamos, pronto!

—El diablo es tan feo, amigo mío, que mejor fuera no verle.

—¡Bah! Yo no soy una mujercilla.

—No importa; hay una cosa, ó un hombre, por ejemplo, que aborrecéis más que todo en el mundo.

—Sí, los bedeles en general, y el del pueblo de Niederbronn en particular.

Precisamente el bedel de este pueblo era el que estaba oculto en el cofre.

—Pues bien: el diablo se os aparecerá bajo la forma del bedel de Niederbronn.

—¡Sea! Pero que no se acerque demasiado, ó no respondo de mí.

—Bueno; pues, en este caso, decid á vuestra mujer que levante la tapa del cofre.

—¡Claudia! ¡No se atrevería jamás!... ¿No es verdad, Claudia?

—¡Oh! ¡No! contestó la mujer.

Y sus dientes se entrechocaban unos con otros.

—Pues, entonces, yo iré, dijo Juan el Chico.

—No levantéis demasiado la tapa, para que no se escape.

—¡Oh! No tengáis cuidado.

El labrador alargó el cuello, mientras que su mujer se apoyaba contra un sillón, tan pálida y desfallecida que parecía que iba á caer en tierra.

Juan el Chico levantó la tapa del cofre.

—¡Ah! Ved ahora si no se parece punto por punto al bedel de Niederbronn.

—¡Uf! exclamó el labrador. ¡Esto es terrible!

No se debía temer que el diablo tratase de salir, pues hallábase como adherido en el fondo del cofre.

Juan el Chico dejó caer la tapa.

—Y ahora, bebamos, dijo. No sé si sois como yo; pero nada me altera tanto como ver al diablo.

Y los dos amigos se hicieron llenar las vasos por Claudia, que escanciaba el vino temblando, y brindaron alegremente.

—De todos modos, dijo el labrador á su compañero, tú debías venderme tu mágico.

—¡Oh! contestó el joven. Es imposible. Bien veis que es muy útil para mí.

—Pídeme por él lo que quieras.

Y añadió en voz baja:

—Yo soy rico, mucho más rico de lo que se cree.

—Sí; mas apenas os le haya vendido, contestó Juan el Chico, yo seré pobre.

—¿Y si te pago lo bastante para que te enriquezcas? Mira: te daré una talega de plata.

—Escucha, contestó Juan el Chico. Como has sido bueno para mí y me has dado hospitalidad cuando estaba al sereno, haré por ti, lo que no haría por nadie. Tendrás mi mágico por una talega de plata, bien llena.

—Conforme.

—Espera.

—¿Qué?

—Quiero ese cofre viejo además.

—Con mucho gusto; pero el diablo no debe estar allí ya.

—Ve á verlo.

—¡Ah! Yo no quiero nada con él; ¡es demasiado feo!

El labrador dió á Juan el Chico una talega de plata bien llena, y el mozo le entregó la piel de caballo que guardaba.

El primero proporcionó además á Juan el Chico una carreta y dos caballos para llevarse la plata y el cofre, porque estaba muy contento de su compra.

—¡Adiós, Nicolás! dijo Juan el Chico

Y partió con la carreta, los dos caballos, el dinero y el cofre, donde aun se hallaba el bedel.

A la salida del bosque había un río muy ancho y profundo, y, llegado á la mitad de él, Juan el Chico murmuró:

—A fe mía que hice mal en pedir este viejo cofre á Nicolás: no sirve para nada, y, aunque está vacío, pesa tanto que cualquiera le creería lleno de piedras. Voy á dejarle caer en el agua. Si flota y llega á la casa, tanto mejor; y si se hunde hasta el fondo, tanto peor: á mí me es igual.

Y, cogiendo el cofre por un lado, levantóle como para arrojarle al agua.

Juan el Chico hacía esto con malicia para espantar al bedel.

En efecto, el hombre se atemorizó mucho, tanto que gritó al punto:

—¡Detente, Juan el Chico, detente un momento, pardiez, y déjame salir antes!

—¡Ah! exclamó el joven, sentándose sobre el cofre. Nada de eso; ya que el diablo está dentro aún, ahoguémosle, y todo irá perfectamente en la tierra.

—No soy el diablo, gritó el pobre prisionero; soy el bedel de Niederbronn. No me ahogues, Juan el Chico, y te daré una talega llena de plata.

—Pues hazme un recibo, dijo el mozo, pasando un lápiz y papel al prisionero por una abertura del cofre.

Cinco minutos después, el recibo salió del cofre por el mismo conducto.

—¡Ahí le tienes! dijo el bedel.

Juan el Chico leyó:

«Reconozco deber al portador una talega de plata...»

—Te se ha olvidado añadir: *bien llena*, observó Juan el Chico.

—Te lo prometo, te lo prometo, contestó el bedel.

—Bien llena, ¿me entiendes?

—Sí.

«...Y que le entregaré apenas me halle sano y salvo en mi casa», añadió el bedel.

El hombre había puesto la fecha, y debajo su firma; de modo que el recibo estaba en regla.

Juan el Chico abrió el cofre, el bedel saltó fuera, y entre los dos arrojaron aquél al agua.

Cuando la carreta estuvo en la otra orilla, penetró en un camino que conducía al pueblo de Niederbronn.

Juan el Chico dejó al bedel en su puerta, apeándose con él.

El hombre le entregó un saco de plata bien lleno.

Juan el Chico acondicionó bien los dos que ahora tenía y alejóse.

Poco después hallábase en su casa.

—A fe mía, se dijo, que me han pagado bien mi caballo.

Y vació su dinero en medio de la habitación.

—He aquí que Juan el Grande estará muy triste ahora, pensó el joven, cuando sepa hasta qué punto me ha hecho un gran favor al matar mi pobre caballo; pero me parece que esos dos tunos han medido la plata muy escasamente.

Y, llamando á un muchacho, envióle á casa de Juan el Grande para pedirle de su parte una talega vieja.

—¿Qué diablos tendrá que medir, para pedirme tal cosa? se preguntó Juan el Grande.

Y, para averiguarlo, untó con pez el fondo de la talega, á fin de que se adhiriera algún fragmento de lo que en ella se pusiese.

No dejó de suceder así, como lo había previsto Juan el Grande, pues el otro, sin sospechar la malicia, ó bien descubriendo el ardid, pero satisfecho hasta cierto punto de que Juan el Grande conociera su buena fortuna, no miró el fondo de

la talega; de modo que Juan el Grande encontró tres monedas de plata pegadas.

—¡Oh, oh! ¿Qué será esto? preguntóse Juan el Grande. Mi compañero habrá llegado á ser rico, cuando así mide la plata.

Y corrió á casa de Juan el Chico.

El dinero estaba en el suelo aún.

—¿Dónde has encontrado toda esa plata? preguntó Juan el Grande, asombrado.

—Es el precio de la piel de mi caballo, que vendí ayer noche, contestó Juan el Chico.

—¿De veras?

—De veras.

Juan el Chico no mentía.

Cierto que tenía el dinero del bedel mezclado con el del labrador; pero todo provenía de la venta de la piel de su caballo.

—Pues te la han pagado muy bien, según parece.

—¡Oh! Mucho más de lo que vale. ¡Qué favor me has hecho, sin presumirlo, al matar un animal que, vivo, no valía diez escudos, y muerto me ha producido más de tres mil!

—Y ¿á quién se lo has vendido?

—Al labrador que vive en el lindero del bosque. Si tienes alguna cosa que venderle, dirígete á Nicolás.

—Sí, contestó Juan el Grande, precisamente tengo alguna cosa.

—¡Hola! exclamó Juan el Chico. Esto vendrá perfectamente. A mí me ha prestado su carreta y sus dos caballos después de hacerme la compra. Tú tienes tanta avena y tanto heno, que rebosan en tu granja; da un buen pienso á esos

cuadrúpedos, enganchados á la carreta, llévaselo todo á Nicolás y él te pagará bien.

—Me conviene, dijo Juan el Grande.

Y se llevó la carreta.

Al entrar en su casa cogió un hacha, se fué á la cuadra, mató sus cuatro caballos, los desolló, puso á secar las pieles en la cerca, y, colocándolas después en el vehículo, tomó el camino de la ciudad.

Precisamente era día de mercado.

—¡Piel de caballo! gritaba Juan el Grande.

Los zapateros y los curtidores acudieron presurosos.

—¿Cuánto valen las pieles? preguntaron.

—Dos talegas de plata, bien llenas, cada piel, contestó Juan el Grande.

Al pronto creyeron todos que el mozo estaba borracho.

Pero como andaba bien derecho y no tenía la voz avinada, se comprendió que hablaba con formalidad.

—¿Estás loco? le preguntaron los curtidores y los zapateros. ¿Crees tú, por ventura, que nosotros tenemos el dinero para darle por talegas?

—¡Piel de caballo vendo, piel de caballo vendo! seguía gritando Juan el Grande.

Y á todos aquellos que preguntaban el precio de sus pieles, contestábales siempre:

—Dos talegas de plata bien llenas, cada una.

—¡Quiere burlarse de nosotros! decían los zapateros.

—¡Y de nosotros! añadían los curtidores.

Y unos y otros comenzaron á zurrar de veras á Juan el Grande.

El mozo pidió auxilio.

Entre los curiosos que acudieron á sus gritos se hallaba el labrador Nicolás.

Este último no vió más que dos cosas: sus caballos y su carreta.

Y, recordando que había prestado todo esto al tunante que le engañó, gritó al punto:

—¡Ah, bandido! ¡Ah, bribón! ¡Ah, tunante!

Y á su vez cayó sobre Juan el Grande, descargándole sendos golpes con el mango de su látigo.

El mozo huyó, dejando los dos caballos y la carreta de Nicolás, juntamente con sus cuatro pieles, y escapó fuera de la ciudad con toda la ligereza que sus piernas le permitían, aunque no tanto que no quedara cruelmente magullado.

—¡Ah! exclamó Juan el Grande al entrar en su casa. ¡Ya me las pagará Juan el Chico, pues voy á matarle!

III

Ahora bien: la casualidad quiso que, mientras que Juan el Grande meditaba su mala acción, la anciana abuela de Juan el Chico, que acababa de cumplir ochenta años, muriese en la habitación que ocupaba junto á la de su nieto.

Había sido muy mala para el pobre Juan el Chico; siempre le pegaba, ó le tenía á pan y agua sin que lo mereciese; pero como el muchacho poseía un excelente corazón, no le afligió menos aquella muerte, la cual debía esperar, sin embargo, atendida la avanzada edad de la difunta.

Cogiendo, pues, á la pobre vieja en su lecho helado, la trasladó al suyo propio, caliente aún, á fin de ver si aquel calor devolvería la vida á su abuela.

Y después Juan el Chico se fué á sentar en un rincón, arreglándose para dormir, como lo había hecho muchas veces.

Pero, como ya se comprenderá; su sueño no era pesado, y así es que durante la noche, al oír que abrían la puerta, despertóse y miró para ver quién entraba.

Entonces observó una cosa terrible.

Vió á Juan el Grande, pálido como un difunto que entraba de puntillas con un hacha en la mano.

Como aquél sabía dónde estaba el lecho de Juan el Chico, aunque la habitación no estuviese iluminada más que por la luna, adelantóse directamente hasta la cama y partió de un hachazo el cráneo de la abuela, creyendo dar el golpe á Juan el Chico.

—¡Toma, toma! exclamó. ¡Ya no te burlarás de mí!

Y se volvió á su alojamiento.

—¡Oh! ¡Qué hombre tan perverso! pensó Juan el Chico. ¡Ha querido matarme! ¡Suerte ha sido para la abuela estar muerta ya, pues sin esto la habría dejado sin vida!

Durante el resto de la noche, como Juan el Chico no quisiera, ó, más bien, no se atreviera á dormir, se trazó mentalmente un plan, el cual puso en ejecución apenas llegó el día.

Puso á su abuela su traje de fiesta, ocultó bajo su mejor sombrero la herida que Juan el

Grande le había inferido en la frente, pidió un caballo á su vecino de la izquierda, le enganchó á una carreta que le proporcionó su vecino de la derecha, colocó á su abuela apoyada en el enrejado de estacas, á fin de que no cayese en el camino, y marchó así hacia el bosque.

A eso de las nueve se detuvo delante de una gran posada para tomar un bocado.

El posadero era muy rico, más aún que el labrador y que el bedel. Al principio de su carrera, el padre de Juan el Chico le había prestado una considerable suma para montar su establecimiento; pero el hombre no pensó en devolverle el dinero.

Muerto su padre, Juan el Chico, sabiendo que aun se debía aquella cantidad, se había presentado al posadero para reclamársela; pero éste aplicó la extremidad del pulgar de la mano derecha en la punta de la nariz, y con los otros cuatro dedos simuló el movimiento de rotación de las alas de un molino de viento, lo cual quiere decir en todos los países del mundo: «Si confías en esto, muchacho, has contado sin la huésped.»

Juan el Chico no se dió por vencido é insistió; mas el posadero hizo otro ademán no menos expresivo que el anterior, tanto más cuanto que para éste se sirvió de las dos manos.

Con la derecha cogió un vergajo de buey, y con la izquierda mostró la puerta á su acreedor.

Ahora bien: como Juan el Chico no ignoraba que aquel hombre era muy violento, y como no se creía con fuerzas para luchar con él, tomó el camino que se le indicaba y desapareció.

Desde aquel día, Juan el Chico volvió á ver ocho ó diez veces al posadero, pero sin hablarle de nada, lo cual no impedía que se acordase de la suma que el posadero quedó á deber á su padre.

Ya hemos dicho que á eso de las nueve de la mañana Juan el Chico se detuvo delante de la puerta de aquel hombre violento y de mala fe.

Después entró en el establecimiento.

—Buenos días, Juan el Chico, díjole el posadero. ¡Diablo! Temprano comienzas á caminar. Bien se ve que no tienes un cuarto, pobre muchacho.

—Es verdad, contestó Juan el Chico; he salido temprano porque conduzco á mi abuela á la ciudad; pero en cuanto á no tener dinero, os engaños: ahí va una moneda de plata de dos groschen para que me deis una botella de vino Mosela y dos vasos, á fin de que podamos beber mi abuela y yo.

El posadero miró la moneda, y, viendo que era buena, se la guardó, sin devolver el cambio, y bajó á la bodega para traer la botella.

Después la destapó y llenó los dos vasos.

Juan el Chico acercó el suyo á los labios.

—¡Eh! le dijo el posadero. ¿No llevas ése á tu abuela?

—¡Bah! contestó el joven. Paréceme que vos tenéis más sed que ella, maese Claus.

—La verdad es que la tengo, contestó el hombre.

—Pues bien, bebed, dijo Juan el Chico, chocando su vaso medio vacío contra el otro, lleno aún.

El posadero no esperó la segunda invitación; le agradaba mucho beber su vino cuando otro lo pagaba, y así es que tomó el vaso y apuró su contenido de un trago.

—¡Ah! exclamó Juan el Chico. Habéis bebido tan de prisa, que no se os habrá apagado la sed mucho. Repetid, maese Claus.

Y le llenó por segunda vez su vaso, que el posadero apuró con más lentitud, pero con no menos satisfacción.

Como los vasos eran grandes, el vino de la botella se agotó muy pronto.

—¡Toma! Es extraño, dijo maese Claus, mirándola al trasluz. ¡La botella está ya vacía!

—Pues bien, dijo Juan el Chico; en vez de devolverme el cambio de mi moneda, id á buscar otra botella, ó más bien dos; pues, si no me engaño, éstas son las que me corresponden por mi dinero.

—¡Diablo! Sabes contar bien, muchacho, exclamó el posadero.

—¡Pardiez! Cuando no se puede contar mucho, es preciso hacerlo con cuidado.

—Bien dicho, contestó el posadero.

Y bajó á la bodega, subiendo un instante después con otras dos botellas.

De estas últimas, el hombre se bebió todo el contenido, excepto un vaso; de modo que el vino se le subió á la cabeza, y los ojos, inyectándose de sangre, parecían querer salirse de sus órbitas.

Al mismo tiempo apretaba los puños, jurando que, si en aquel instante le buscase alguno camorra, lo pasaría muy mal.

Pero Juan el Chico no tenía el menor deseo

de trabar pendencia, pues no había venido para esto.

El posadero iba á servirse el último vaso que aun quedaba en la tercera botella, cuando Juan el Chico le detuvo.

—Y la abuela, preguntó, ¿no ha de beber su vaso? Me parece que ha esperado ya bastante tiempo.

—Tienes razón, dijo el posadero, vaciando la botella en el vaso; lleva eso.

—¡Oh! exclamó Juan el Chico, aparentando que tropezaba. No tengo las piernas bastante fuertes: hacedme el favor de llevárselo vos mismo, maese Claus, puesto que sois más robusto.

—¡Ah, tunante! dijo el posadero. No quieres molestarte. Pues bien, sí: yo llevaré el vaso de vino á tu abuela, y si no la revive será porque tiene hielo en el vientre.

—Y maese Claus fué en busca de la vieja, que estaba sentada en la carreta.

—Tomad, buena mujer, dijo; aquí tenéis un vaso de vino de Mosela, que vuestro nieto os envía. Bebed eso, y ya me diréis si es bueno.

Pero la buena mujer, sin contestar, permaneció inmóvil.

—¡Hola! ¿No me oís? gritó el posadero con todas las fuerzas que tenía. Os digo que toméis este vaso de vino de Mosela, que vuestro nieto os envía.

Pero, por más que gritase, la anciana no contestó.

Y, por tercera vez, maese Claus repitió las mismas palabras, gritando más que nunca; pero

como la mujer no contestase ni despegara los labios, el posadero exclamó:

—¡Ah, vieja testaruda! Ya te enseñaré á burlarte de mí.

Y le arrojó el vaso de vino á la cabeza.

El golpe fué tan violento, que la buena mujer perdió el equilibrio y cayó de lado.

—¡Ah! exclamó Juan el Chico, que había seguido al posadero de puntillas. ¡Tú has matado á mi abuela! Mira qué agujero le has hecho en la frente.

Y le cogió del cuello gritando:

—¡Quedas detenido!

—Es una gran desgracia, exclamó el posadero, sereno ya y levantando las manos al cielo. ¡Ay de mí! Todo esto se debe á mi viveza de genio; pero yo no tenía intención de hacer daño. Me has de perdonar, amiguito, en consideración de que tu abuela era ya muy vieja, y no hubiera tardado en morir naturalmente.

—¡Desgraciado! exclamó Juan el Chico. Aun hubiera vivido doscientos años, pues ya ves que estaba en la flor de su edad. ¡A casa del juez, á casa del juez!

—Cállate, Juan el Chico, dijo el posadero, y te daré una talega llena de plata.

—¿Bien llena?

—Sí, bien llena.

—Pues bueno: ve á buscarla, replicó Juan el Chico; pero, en conciencia, mi abuela valía más que eso.

Y el joven recibió del posadero un saco bien lleno de plata, y mandó enterrar á su abuela de la manera más conveniente.

La medida de plata constituía la mitad de la suma que el padre de Juan el Chico había prestado á maese Claus.

Pero se ha de recordar que los intereses corrían desde hacía diez años.

IV

Cuando Juan el Chico entró en su casa, envió un muchacho á casa de Juan el Grande, el mismo que fué la primera vez, para que le prestara su talega vieja, porque la necesitaba de nuevo.

—¡Cómo! exclamó Juan el Grande. Pues ¿no le he matado? Es preciso que me asegure.

Y él mismo quiso llevar á Juan el Chico lo que pedia.

Lo primero que vió fué el dinero que le había entregado maese Claus.

—¿De dónde te viene toda esa plata? le preguntó, abriendo los ojos con asombro.

—Escucha, Juan el Grande, le dijo el otro. Creyendo matarme, has dado muerte á mi abuela: entonces yo he vendido la difunta, y me han dado todo el dinero que ves.

—¿Te han dado todo ese dinero por tu abuela?

—Sí: parece que las viejas van caras este año.

—Muy bien, dijo Juan el Grande. Yo tengo mi abuela que es idiota y todo el mundo dice: «¡Qué dicha para la pobre mujer si muriese!» Pues voy á matarla y la venderé.

Y Juan el Grande volvió á su casa, cogió la misma hacha con que había dado muerte á sus caballos, y abrió la cabeza de su abuela; después

puso el cadáver en su vehículo, y marchó á casa del boticario de la ciudad más próxima.

Se detuvo delante de la tienda, y sin apearse gritó:

—¡Eh, eh, señor boticario!

El hombre estaba de rodillas. ¿Qué hacía en esta postura? La historia no lo dice.

Pero como oyese que le llamaban contestó:

—Está bien, está bien: ya voy. Concluyo en un momento.

Pero Juan el Grande tenía prisa; se apeó de su vehículo y entró en la tienda por la puerta de la calle, precisamente cuando el boticario lo hacía por la trastienda.

—¿Qué deseáis, amigo mío? preguntó á Juan el Grande.

—Señor boticario, quiero vender mi abuela.

—¿Vuestra abuela? ¡Oh! ¿Qué he de hacer yo con semejante idiota?

—Ya no lo es, contestó Juan el Grande.

—¿Cómo que no lo es?

—No: ha muerto.

—¡Dios le ha hecho un favor! ¡Pobre mujer!

—No es Dios quien le ha hecho esa gracia, sino yo, repuso Juan el Grande.

—¿Cómo vos?

—Sí: yo la he matado.

—¿Para qué?

—Para venderos su cuerpo por una talega de plata.

—¡Una talega de plata por el cuerpo de una vieja!

—¡Diantre! Es el precio en que Juan el Chico vendió el cuerpo de la suya.

—Amigo mío, dijo el boticario, eso es un cuento.

—¿Un cuento?

—Sí; y es una dicha para vos, porque si hubierais matado á vuestra abuela, como decís, sin contar que nadie os daría por su cuerpo ni un cuarto, los gendarmes os prenderían, los jueces instruirían el proceso, condenándoos á muerte, y el verdugo os cortaría la cabeza.

—¿Verdaderamente sucedería eso? preguntó Juan el Grande, palideciendo.

—Punto por punto.

—¿No habláis en broma?

—Yo no me chanceo nunca.

—¿Palabra de honor?

—A fe de boticario.

—¡Hola, hola! murmuró Juan el Grande, subiendo á su carreta. Por fortuna, nadie ha visto á mi abuela.

Y, volviéndose hacia el boticario, dijole en voz alta.

—Tenéis razón: eso ha sido un cuento.

Y, hostigando á su caballo, llegó muy pronto á su casa, colocó á la abuela en su cama, desprendió una piedra del techo; de modo que cayese sobre la cabeza de la infeliz, y salió gritando:

—¡Socorro, socorro! Mi abuela acaba de morir por un accidente. Y como Juan el Grande no tenía ningún motivo para matar á su abuela, atendido que era pobre y que, por lo tanto, no heredaba, no se hizo ninguna investigación sobre aquella muerte, sin contar que la buena mujer tenía ya ochenta y dos años y había vivido más de lo acostumbrado.

Pero cuando llevaban á la pobre mujer al cementerio, Juan el Grande se dijo:

—¡Ya me la pagarás, Juan el Chico!

Y aprovechando el momento en que todo el pueblo seguía el ataúd, tomó el saco más grande que pudo encontrar en su casa, y se fué en busca de Juan el Chico.

—¡Ah, ah! le dijo. Has vuelto á burlarte de mí, tunante, y ésta es la segunda vez. La primera me hiciste matar mis caballos, la segunda has sido causa de que diera muerte á mi abuela; pero ahora te cojo aquí, y ya no te escaparás más.

Y, en el momento en que menos lo esperaba Juan el Chico, le arrojó el saco sobre la cabeza, le envolvió con él todo el cuerpo, atándole después por la extremidad abierta, y se lo cargó en los hombros, diciendo:

—Ahora encomienda tu alma á Dios, pues voy á tirarte al río.

El aviso no tranquilizó nada á Juan el Chico, el cual presumía, por lo demás, que era inútil suplicar.

Desde la casa de Juan el Chico hasta el río había larga distancia, y el mozo pesaba mucho. Cuando cruzaron por delante de la iglesia, y como se oyese el sonido del órgano y el canto de los fieles, Juan el Grande resolvió aprovechar la oportunidad para rezar una breve oración.

En su consecuencia, dejó su saco junto á la puerta y entró en el templo.

Su imprudencia se justificaba por la imposibilidad de que Juan el Chico pudiera salir de su saco.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! suspiró el pobre mancebo volviéndose y revolviéndose en su prisión.

Pero no pudo repetir por tercera vez estas palabras sin que su saco se desatara.

Una especie de pastor acertó á pasar por allí; pescador en otro tiempo, había tenido una juventud muy borrascosa; su primer oficio, según decían, se redujo á ponerse al acecho en las más densas y lejanas espesuras de la Selva Negra, y las opiniones diferían respecto á sus propósitos al hacerlo así. Los unos aseguraban que lo hacía tan sólo para cazar ciervos, gamos, ó jabalíes del gran ducado de Baden; pero los otros decían que atacaba, por el contrario, á todo cuanto pasaba por allí, bien fueran personas ó animales; que de estos últimos utilizaba la piel; y de los viajeros la bolsa.

Por último llegó el momento en que, renunciando á este oficio, se dedicó al de traficante en ganado; mas, por honrada que fuese esta última profesión, fácil era reconocer que el hombre tenía un peso en la conciencia, el cual le agobiaba más á medida que envejecía.

Uno de los bueyes que iban delante de él tropezó contra el saco en que estaba Juan el Chico y le derribó.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! exclamó el mozo, creyendo llegada su última hora. ¡Qué joven soy aún para entrar en el reino de los cielos!

—Y yo, miserable de mí, dijo el traficante, soy demasiado viejo para entrar nunca.

—Quienquiera que seas, gritó Juan el Chico, abre el saco, ocupa mi lugar, y dentro de un

cuarto de hora te aseguro que estarás en el reino de los cielos.

—¡Ah! Si te creyese, dijo el hombre.

—A fe de Juan el Chico, contestó el prisionero con un acento de sinceridad que no dejó la menor duda al traficante.

Este último desató el saco, ayudó á Juan el Chico á salir, ocupó su lugar, y rogó al mozo que atase bien aquél sobre su cabeza, para que no se echase de ver la sustitución.

Juan el Chico hizo un verdadero nudo gordiano.

—¡Cuida bien los animales! gritó el traficante desde el interior del saco.

—Puedes estar tranquilo, contestó el mozo.

Y comenzó á hostigar el rebaño para que continuara su marcha.

Apenas hubo doblado la esquina de la calle, Juan el Grande salió de la iglesia y volvió á echarse el saco al hombro. El traficante, viejo ya, y muy seco, pesaba dos terceras partes menos que Juan el Chico; pero Juan el Grande creyó que su descanso en la iglesia le había comunicado más vigor.

—¡Oh, oh! exclamó. ¡Qué ligero me parece ahora! Sin duda, se deberá esto á mi oración.

Y encaminóse hacia el río, eligió un sitio ancho y profundo, y arrojó el saco con el traficante, á la vez que gritaba, creyendo hablar á Juan el Chico:

—¡Toma! Esta vez no me engañarás más.

Y después se dirigió hacia su casa, tomando un camino de travesía, que acortaba la distancia en cerca de una legua.

De aquí resultó que, de repente, vió delante de sí á Juan el Chico, que, obligado á seguir la carretera á causa de su rebaño, arreaba sus bueyes, sus vacas y carneros.

—¿Qué significa esto? exclamó Juan el Grande estupefacto. ¡Pues qué! ¿No te he ahogado?

—No, contestó Juan el Chico. Ciertamente me arrojaste al agua; pero...

—Pero ¿qué?

—Pues que, apenas llegado al fondo, el saco se abrió y me hallé en medio de la más hermosa pradera del mundo.

—¡De veras! exclamó Juan el Grande.

—Y no es eso todo, continuó Juan el Chico; una ondina vestida de azul, con una corona de mimbres en la cabeza, me cogió de la mano, y, ayudándome á salir del saco, preguntóme con dulzura:

«—¿Eres tú, Juan el Chico?

»—Sí, señorita, contesté; pero, sin que sea indiscreción, ¿á quién tengo el honor de hablar?

»—A una de las hijas del rey de las aguas, y estoy encargada de ofrecerte de parte de mi padre ese hermoso rebaño, que pace tranquilo en aquel valle.»

—Miré alrededor de mí, y pude ver, no solamente el rebaño que me ofrecía la hija del rey de las aguas, sino también otras muchas cosas que me llenaron de admiración.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, observé que el fondo del río era un gran camino por donde viajaba el pueblo en dirección al mar, y que los habi-

tantes de este último remontaban por el río; no se veía más que gente que iba y venía á pie, á caballo ó en coche, y el camino estaba flanqueado de árboles y flores; se andaba sobre un césped muy fino, y en el agua veíanse peces de todos colores, plateados, dorados, rojos y azules, los cuales se deslizaban entre los cañizos como las aves en el aire. ¡Ah Juan el Grande! Tú no puedes formar idea del extraño pueblo y del magnífico ganado que hay allí!

—Pero si todo es tan bueno allá abajo, observó Juan el Grande, ¿por qué no te has quedado?

—Espera, repuso Juan el Chico; lo que más me llamó la atención fué, en particular, la hija del rey de las aguas... Como me trataba con mucha bondad, le pregunté si se avendría á ser mi esposa, á lo cual me contestó que con mucho gusto; pero que como yo tenía padre y madre, necesitaba que me dieran su permiso. Era muy justo. Contesté que iría á buscarle, y ella me dijo entonces:

«—Pues bien: para que te crean, lleva este rebaño y diles que es el regalo que les hace su nuera.»

—Entonces me marché, conduciendo el rebaño para mis padres, y á fin de recoger los papeles para casarme con la hija del rey de las aguas. No me detengas, pues, Juan el Grande, pues ya comprenderás que llevo prisa: podría caer al agua un joven más guapo que yo, y si la hija del rey se enamorase de él, se casaría; lo cual sería perder una buena ocasión de ser yo feliz, aunque podría apelar á una de las hermanas.

—Conque ¿tiene hermanas? preguntó Juan el Grande.

—¡Ocho!... Y todas son hermosísimas, según parece.

—Bien puedes vanagloriarte de haber nacido de pie, díjole Juan el Grande.

Juan el Chico se contoneó, muy satisfecho.

—¿Y si me arrojasen á mí al río, preguntó Juan el Grande, crees tú que me casaría con una de las hijas?

—¡Oh! No lo dudo, contestó Juan el Chico, puesto que tú eres mejor mozo que yo.

—Pues bien: hazme un favor.

—De buena gana.

—Como sé nadar, si me arrojase al agua yo solo, tal vez no llegaría al fondo...

—¡Ah! Es probable.

—Pues ponme en un saco y arrójame tú.

—Con mucho gusto; pero como eres muy pesado, yo no podría llevarte hasta allí, cual tú lo hiciste conmigo.

—Iremos á pie hasta el puente.

—Esto me hará perder tiempo, Juan el Grande, repuso el otro, como si vacilara.

—Sí, pero me habrás hecho un favor.

—Es cierto, contestó Juan el Chico, y esto me decide. ¡Ah! Espera.

—¿Qué hay?

—No te enamores de la mía.

—Dime su nombre.

—Se llama Coralina.

—Pues no tengas cuidado.

—¿Palabra de honor?

—A fe de Juan el Grande.

—En tal caso, vamos allá, dijo Juan el Chico; pero despachemos.

—No seré yo quien te entretenga, replicó el otro, emprendiendo la marcha en dirección al puente.

Pero al llegar á este sitio, Juan el Chico exclamó:

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Porque he olvidado el saco en el fondo del agua; y como tú sabes nadar, no llegarías allí nunca, siendo indispensable que toques el fondo para encontrar las hijas del rey de las aguas.

—Hay un medio, replicó Juan el Grande.

—¿Cuál?

—Átame una piedra al cuello.

—Sí; pero tendrás las manos libres, y seguramente harás esfuerzos para desatar la piedra. Más vale volver á casa en busca de un saco.

—Será tiempo perdido.

—¡Pardiez! Tienes razón.

—Escucha: átame las manos á la espalda.

—Es verdad, repuso Juan el Chico.

—La hija del rey de las aguas me las desatará.

—¡Ah! exclamó Juan el Chico, moviendo la cabeza y suspirando. Decididamente eres más avisado que yo.

—Siempre lo he creído así, repuso Juan el Grande con una sonrisa de vanidad. Vamos, vamos: átame las manos, y sujeta la piedra al cuello.

—Tú eres quien lo pide: ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo que soy yo quien te lo pide!

—¿No harás la corte á Coralina?

—Me guardaré bien de ello, dijo Juan el Grande con burlona sonrisa.

—Pues bien: ya que es tu deseo, mi pobre Juan el Grande, no quiero rehusarte nada.

Y, atándole las manos á la espalda, le puso después la piedra al cuello, y, terminada esta operación, Juan el Grande subió por sí mismo al parapeto del puente.

—Ahora empújame, dijo.

—¿Tú lo quieres?

—Sí.

—¡Pues buen viaje! exclamó Juan el Chico.

Y empujó á su compañero, que cayó en el río con gran estrépito, y que á causa de tener las manos ligadas y la piedra al cuello, no reapareció nunca.

En cuanto á Juan el Chico, volvió á su casa, conduciendo el rebaño. Al fin, llegó á ser rico, y se casó, no con la hija del rey de las aguas, la bella Coralina, sino con Margarita, la más hermosa joven de todo el pueblo.

Y la moral de todo esto, queridos niños, es que el mal recae siempre en aquel que quiere hacerlo.

III

EL REY DE LOS TOPOS Y SU HIJA

I

En la extremidad de un pueblecillo de Hungría, tan pequeño que ni siquiera tiene nombre en el mapa, había en otro tiempo una choza, donde vivía una pobre viuda con su hijo.

La mujer se llamaba Magdalena, y su hijo José.

Un jardinillo con árboles frutales, y al fin de éste un campo, constituían toda su riqueza. Los dos trabajaban con ardimiento, y por la venta de los frutos y la recolección del trigo, ganaban lo bastante para vivir, aunque pobremente; pero ni uno ni otro ambicionaba más de lo que les concedía el Señor en su bondad.

José había sido siempre buen hijo y muchacho piadoso; quería mucho á su madre, cuidá-

bala en su vejez, y no la había ocasionado nunca, al menos con intención, el menor disgusto.

Así había llegado á la edad de los veinte años.

Era entonces un mancebo de cinco pies cuatro pulgadas, de estatura media y buenas formas, con hermosos cabellos rubios y rizados, como las láminas del siglo xvi representan á los ángeles de los misales; tenía ojos expresivos, azules como el cielo, dientes muy blancos y un color que, á pesar de la tez curtida, revelaba la frescura de la juventud.

Siempre había tenido el carácter alegre. Los domingos, después de vísperas, corría el primero en pos de los ministriles, para que diesen la señal del baile, y después ya no se iba hasta que el último músico colocaba su arco bajo las cuerdas del violín.

En cuanto á los demás días de la semana, era muy distinto: en el pueblo no se conocía mejor trabajador que él, bien labrase su campo, ó ya cavase en su jardín, ó ya se ocupara, por último, en podar los árboles ó cortar las flores, pues por su manera de arreglar sus horas, siempre le quedaba tiempo para todo, aunque entre los perales, los manzanos y los albaricoqueros, cultivaba muchas plantas.

Con frecuencia, su madre quería ayudarle, aunque no pudiese hacer más que arrancar la mala hierba de las platabandas; pero él, sonriendo, solía decirle:

—Madre mía, bastante os he dado que hacer para venir al mundo, y prometisteis á Dios que, cuando tuviera veinte años el niño que dabais á luz, os entregaríais al descanso. Ya he cumplido

esa edad, y, por lo tanto, justo es que reposéis. Si no os agrada separaros de mí, tanto mejor; sentaos en cualquier sitio, y vuestra vista me inspirará más alientos.

Magdalena complacía á su hijo, sentándose, y miraba con amor á su José, que proseguía su trabajo entonando alguna agradable canción en honor de Hungría y de la reina María Teresa; pues no solamente era buen hijo para su madre, sino para la patria.

Ahora bien: de improviso, el joven, en vez de marcharse por la mañana cantando, de volver también alegre y de comer con la mejor gana su pedazo de pan seco y negro, dejó de cantar primero, y después ya no trabajó ni comió.

Cierto que aun permanecía en el jardín, pero solamente allí, y era casi imposible inducirle á entrar en la casa.

Por la noche, sobre todo, se le veía sentado é inmóvil y como meditando junto á un pequeño pabellón inmediato á la pared, pabellón que él mismo había construído para que su madre pudiera estar á la sombra y donde la buena mujer leía sus oraciones en el devocionario, único libro que había tenido, levantando la cabeza á veces para ver trabajar á su hijo.

Magdalena comenzó á inquietarse mucho; veía al pobre joven cambiar sensiblemente, aunque no le aquejara ninguna enfermedad; pero esto último le daba más que pensar, pues comprendía que el mal estaba en el corazón.

Algunas veces, al principio, y después casi siempre, le seguía al jardín, y allí se ocultaba detrás de algún hermoso árbol cargado de folla-

je y de fruta, y veía á su pobre José pensativo, con la vista fija en el suelo, como si esperase ver en éste alguna cosa.

Entonces su madre, sin poder contenerse, acercábase á él, y, con lágrimas en los ojos, le decía:

—En nombre del cielo, querido José, si estás enfermo, confíesaselo á tu madre.

Pero él movía la cabeza, esforzándose para sonreír, y contestaba:

—No, madre: estoy bueno.

Y su boca no se cerraba sin que de ella escapase un suspiro.

Esto animaba á Magdalena para interrogar de nuevo.

—Pero, si no estás enfermo, hijo mío, decíale, te debe faltar una cosa, pues antes no eras así. Habla, querido José, y yo haré cuanto tú quieras, para verte otra vez contento y alegre como en otro tiempo.

—¡Imposible, madre mía! contestaba José. Mi alegría ha huído para siempre, y vuestro amor, por grande que sea, no puede darme lo que yo deseo.

Entonces Magdalena comenzaba á llorar amargamente, porque amaba á su José sobre toda ponderación, y hubiera dado hasta su vida para proporcionarle la cosa que él juzgaba imposible obtener. Al fin, le rogó tanto para que le dijera lo que tenía en el corazón, lloró de tal modo al dirigirle la súplica, y mostróse tan inconsolable, que el joven, conmovido y abrazándola, dejó escapar las siguientes palabras, salidas tan penosamente de su corazón, que se hubiera dicho que éste desfallecía:

—¡Querida madre, estoy enamorado!

Pero Magdalena, al oír estas palabras, enjugó sus lágrimas. Veía á José con ojos de madre, y no pensaba que hubiese en todo el pueblo una sola joven que no se alegrara de tenerle por esposo.

—¡Bien! dijo. Si no es más que eso, muchacho, mal haces en desconsolarte. Dime tan sólo quién es la joven que ha tenido la suerte de que la ames, y, aunque sea Berta, la hija del maestro, ó Margarita, la hija del baile, iré á pedirla á sus padres.

—¡Ah! replicó José. No es la hija del maestro, ni la del baile... ¡Oh! Si no fuera más que Margarita ó Berta, no me inquietaría.

—¡Desgraciado! exclamó la pobre madre. ¿Tienes miras más altas?

—¡Ay, sí! contestó José.

—¿La hija de un noble acaso, hijo mío?

—¡Si no fuera más que eso!

—¿Estarás enamorado de una baronesa?

—Más alto, madre.

—¿De una condesa?

—Más alto.

—¿De una marquesa?

—Más aún.

—¿De una duquesa?

—Más, más.

--¿De una princesa?

—¡Madre mía! exclamó el pobre José, dejándose caer sollozando en brazos de Magdalena. Yo estoy enamorado de la hija del rey de los topos.

Magdalena profirió un grito.

Después, volviendo en sí, exclamó:

—¡Oh pobre hijo mío! ¡Está loco!

—No, madre mía. Por desgracia, no lo estoy, replicó José. ¡Oh! Si lo estuviera, sería muy feliz.

—Hijo mío, dijo Magdalena, si quieres, iremos á la ciudad para consultar á un médico.

—Pero, madre mía, no se trata de un médico. Os digo que no estoy loco, y, para probároslo, voy á referir lo que me ha pasado.

La madre movió la cabeza, porque esta afirmación de su hijo no la tranquilizaba en modo alguno, sabiendo muy bien que los peores locos son aquellos que no quieren reconocer su locura.

José, adivinando lo que pasaba en el corazón de su madre y la causa de su temor, se compadeció de ella.

—Escuchadme, madre mía, dijo, escuchadme y lo sabréis todo.

Y, haciendo sentar á su lado á la pobre mujer, cogió sus manos y le dijo:

—Hará unos dos meses, cuando iba á podar los árboles del jardín, observé que la tierra parecía estar levantada por efecto de las topíneras; Ya recordaréis, madre, cuánto aborrezco á esos animales, que son la desesperación de los jardineros, y así es que el mismo día les tendí varios lazos; pero trascurrió una semana ó poco menos sin resultado alguno. Al fin, una mañana vi un topo hembra cogido.

«—¡Ah! exclamé, cogiendo el azadón. Ahora me las vas á pagar todas.

»Y levanté el azadón para matar el animal; pero, juzgad cuál sería mi asombro, madre mía, al oír al topo decirme:

»—¡No me mates, José! Lo que he hecho es

por ignorancia. Soy muy joven aún, y no sabía, al venir á respirar el aire en la superficie del suelo, que te perjudicaba á ti. Si me dejas la vida, te prometo que en lo futuro ni un solo topo trastornará tu jardín, ni tierra alguna que te pertenezca.

»El animal había hablado con acento tan dulce y suplicante, que mi corazón se conmovió, y, dejando al animal en libertad, le dije:

»—Vete en paz y vive.

»—Pues te doy las gracias, repuso, y si quieres verme ven mañana por la noche apenas se deje ver la luna, pues entonces te haré una confidencia.

»Al decir esto, el topo se hundió en la tierra.

»Tuve gran deseo de invitarle á quedarse para hablar algo más; pero experimentaba una especie de terror, pues no había oído decir nunca que los topos hablaban, y el animal desapareció antes de que yo recobrasé la tranquilidad.

»Mi intención fué referiros el hecho; pero después pensé que sería mejor esperar al día siguiente para poder deciros alguna cosa más positiva. El topo hembra me había prometido hacerme una confidencia, y veinticuatro horas más ó menos importaban poco.

»Al día siguiente, á la hora convenida, fui al jardín, y allí esperé con los ojos fijos en el punto del horizonte donde la luna llena debía aparecer, iluminando el sitio en que el topo había desaparecido en la tierra.

»La luna salió, al fin, pero no el topo.

»Pensé que el animal se habría burlado de mí; y disponíame á entrar en casa, más triste

de lo que hubiera podido creer por haberme faltado á la cita un topo, cuando, al dirigir la última mirada en torno mío, vi elevarse en medio de una espesura de rosales, una joven hermosísima, bella como la estatua de la noche. Llevaba sus largos cabellos sueltos, pero oprimidos en las sienes por una corona de hojas de oro; tenía los ojos negros, suaves como el terciopelo, largas pestañas y magníficas cejas negras. Su traje consistía en un largo vestido, ó más bien una túnica ajustada en el talle por un cinturón de oro, con grandes mangas anchas, que dejaban ver sus brazos bien torneados y blancos como la nieve.

»La luna, que brillaba en aquel momento, iluminaba el rostro de la joven con su dulce y melancólica luz, y permitíame ver hasta qué punto era hermosa.

»—¿Quién sois, le pregunté, y cómo habéis entrado en el jardín?

»—Acabo de salir de la tierra, me contestó sonriendo.

»—¿Que acabáis de salir de la tierra? Y ¿cómo?

»—Sí: soy el topo hembra á quien ayer perdonaste la vida, y que viene á darte gracias por tu generosidad.

»Yo me quedé como aturdido, y, contemplándola, me parecía soñar.

»—Te dije ayer que deseaba hacerte una confidencia, continuó. ¡Hela aquí!

»Presté atento oído para escuchar á la hermosa joven.

»—Soy hija única y heredera del rey de los topes, dijo, el cual es en realidad un ser humano;

pero un perverso mágico nos convirtió en topos, encerrándonos en la tierra, donde vivimos ahora como esos animales; pero á mí me es permitido, en cada plenilunio, recobrar mi forma natural, desde que sale la luna hasta que se oculta. Sin embargo, mi padre no ha obtenido el mismo favor, ni debe recobrar su forma primera hasta el día en que se le devuelva para siempre, porque somos genios y, de consiguiente, inmortales.

»Yo sentía que mi corazón volaba hacia la hermosa joven, y que mi alma estaba como suspendida de sus labios mientras hablaba.

»—¡Oh! exclamé. Si, en efecto, sentís algún agradecimiento por haberos perdonado yo la vida, concededme las pocas horas que se os permite pasar en este mundo bajo vuestra figura natural en todos los plenilunios.

»—No lo deseas, contestóme, pues en vez de un favor podría ser una desgracia para ti, porque siempre es peligroso para los hombres tratar con nosotros, pobres seres metamorfoseados. Créeme: por tu bien rehúso volver. ¡Adiós! ¡No pienses más en mí!

»Y remontó á su topinera, que estaba en el centro de la espesura de rosales, y desapareció lentamente en la tierra.

»Alargué los brazos, pero no encontré más que aire; la visión se había desvanecido, y desde aquel día, ó más bien desde aquella noche, no he vuelto á verla.

»He aquí por qué no salgo nunca del jardín, madre mía; he aquí por qué paso las noches fuera, esperando siempre que se aparezca de nuevo; he aquí, en fin, por qué, no viéndola ya,

estoy triste. Era tan maravillosamente hermosa, que durante aquella única entrevista me enamoré de ella como un loco.

»Ahora, ya comprenderéis por qué guardo un silencio tan obstinado después de aquella confidencia. Temía que vuestra alma cristiana, querida madre, considerase como un crimen este singular amor.»

—¡Oh José, José! ¿Qué acabo de oír? En efecto, es un acto impío amar á un animal, aunque sea la hija de un rey, pues, en fin, tú no puedes desear una mujer que lo sea realmente una sola noche y tenga la figura de topo durante seis semanas. ¿Quién sabe si en vez de ser lo que dice será alguna emisaria del diablo, enviada por Satanás para tentarte?

—¡Ay de mí, querida madre! contestó José. Si fuese así habría vuelto ya.

—Vamos, te habrás dormido y has soñado.

—¡Oh! He visto muchas mujeres en mis sueños, y jamás ninguna dejó impresa tan vivamente su imagen en mi mente. No, no: seguramente es la hija del rey de los topos la que yo he visto, y no dudo que amo á una realidad.

—Pues bien: entonces trata de olvidarla, hijo mío, repuso Magdalena. De todos modos, es un sortilegio, y conviene que lo deseches de ti. Ora y trabaja, y, si quieres elegir una mujer, busca entre las jóvenes del pueblo. Tú eres un guapo chico, José, y, aunque no seamos ricos, como tenemos buena reputación, encontrarás una mujer juiciosa y agraciada. Sé piadoso y trabajador como antes, y todo irá bien.

Pero José movió la cabeza, sonriendo triste-

mente. Bien veía que el consejo de su madre era bueno, y el único que debía seguir; pero faltábale energía para olvidar á la hermosa joven del cinturón y de la corona de oro.

Acercábase el segundo plenilunio, después de haber visto José á la hija del rey de los topos, y, á medida que se aproximaba el momento en que José esperaba ver á la que amaba, el joven volvía á estar más alegre y trabajaba mejor; mientras que su madre, avisada ya, no le perdía de vista.

Al fin, llegó la noche tan esperada.

Magdalena hizo todo cuanto pudo para obligar á José á entrar en la casa; pero el joven declaró que no abandonaría el jardín por todos los tesoros del mundo.

—Pues entonces, dijo la madre, permaneceré contigo.

—Muy bien: quedaos, madre mía, repuso José; pero permaneced separada, porque, si viene y la veis, estoy seguro de que estimularéis mi amor en vez de combatirlo.

Llegada la noche, Magdalena fué á sentarse en el pabellón, y José permaneció á diez pasos de ella, apoyado en el tronco de un árbol.

Magdalena lloraba y oraba, sin perder de vista á su hijo. José esperaba, con los ojos fijos en la tierra.

De improviso comenzó á verse la luna llena, elevándose sobre la montaña.

Y en el mismo instante, á cuatro pasos de José formóse una topinera, que, cada vez más voluminosa, presentó, al fin, las dimensiones de una colina de ocho á diez pies de elevación.

Entonces se abrió por la mitad, y, en vez de una hermosa joven, se vió salir de tierra un enorme topo del tamaño de un buey, que se adelantó hacia José.

Magdalena profirió un grito y corrió hacia su hijo para hacerle retroceder; pero éste no se movió: hubiérase dicho que había echado raíces en el suelo.

—Madre mía, dijo, es el rey de los topos. ¿No le reconocéis por la corona que lleva en la cabeza?

Y, en efecto, el monstruoso animal ceñía una corona de oro que brillaba á la luz de la luna.

En aquel momento, el topo estaba muy cerca de la madre y del hijo; se sentó gravemente, y, alargando hacia José su pata colosal, semejante á una mano humana provista de garras, díjole con voz sorda y terrible:

—Ven conmigo; te doy mi hija, y serás mi yerno. Ven: tu novia te espera.

Y quiso llevarse á José, poniéndole la pata sobre el hombro.

Pero la madre estrechó á su hijo entre los brazos, diciéndole con un acento dulce y suplicante á la vez:

—¡Oh José, José! ¡Piensa en tu madre, piensa en Dios, y no sigas á ese monstruo!

Y, en efecto, José, espantado por el aspecto de aquel animal, cogió la mano de su madre y quiso huir con ella.

Pero en el momento de dar el primer paso, de la misma topinera salió una mujer maravillosamente hermosa que, como la primera vez, llevaba los cabellos flotantes; y con una voz de

inesfable dulzura pronunció esta única palabra:

—¡José!

El joven se detuvo, fascinado: no había medio de resistir á aquella voz y aquella mirada, que parecían unidas para vencer toda voluntad humana; y en vez de huir, permaneció inmóvil.

Pero no bastaba esto: la hija del rey de los topos quería, no solamente que José no huyera, sino que la siguiese.

Y con voz más dulce aún que la primera vez le dijo:

—¡Ven!

Al oír esta palabra, poseído como de una fuerza irresistible, José, desasiéndose de los brazos de su madre, se precipitó en los de la joven.

Y, en el mismo instante, ambos desaparecieron.

El rey de los topos, á su vez, se hundió lentamente en la tierra, impidiendo á la desgraciada madre que siguiera á su hijo.

Por lo demás, la lucha no fué larga, y, apenas José hubo desaparecido bajo la tierra, Magdalena cayó desvanecida sobre el césped.

II

Cuando la pobre mujer volvió en sí, el día comenzaba á despuntar, y los vecinos del pueblo se levantaban ya.

La pobre mujer rompió á llorar y á gritar con tal fuerza, que, aunque la casa estuviese distante, como ya hemos dicho, á un centenar de pasos

de las demás, algunos campesinos acudieron para preguntar qué tenía.

Entonces refirió lo que había pasado ante sus ojos, y sus oyentes quedaron poseídos de espanto.

Al pronto no quisieron creerla; mas el relato tenía tal carácter de verdad, y las lágrimas, sobre todo, eran tan sinceras y fraternales, que la convicción penetró en sus corazones, y, viendo á la pobre madre arañar el suelo con sus manos en el sitio donde su hijo había desaparecido, como si hubiera querido desenterrarle, fueron á buscar palas y azadas y comenzaron á cavar la tierra.

Pero socavaban á la casualidad, pues de la inmensa topinera no quedaba el menor vestigio.

En vano trataron de consolar á la pobre mujer, que no quería escucharlos.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! exclamaba. Si mi hijo hubiese muerto, y en vuestra bondad hubierais querido llamarle al cielo, me conformaría, porque era tan bueno, que seguramente se hallaría á vuestro lado; mas ahora vive en la tierra con esos monstruos ciegos, olvida á Dios y á su madre, y tal vez se halle ya convertido también en topo.

Y su dolor era tan violento, que, en vez de calmarse, se exaltaba de tal modo, que los vecinos le dijeron:

—Consolaos: vamos á cavar la tierra hasta que le encontremos.

Y en efecto, la socavaron á tal profundidad, que el agua brotó é impidióles ahondar más; pero no habían encontrado nada.

Ni á José, ni al rey de los topos, ni á su hija.

Un año transcurrió así: la pobre viuda no dejaba de llorar á su hijo bien amado. El jardín y el campo volvieron á quedar desiertos é incultos, y Magdalena hubiera muerto de hambre si las personas caritativas del pueblo no la hubiesen dado lo que necesitaba.

Cierta noche estaba sentada en su jardín, de tal modo absorta en su mudo pesar, que la oscuridad la sorprendió sin que lo echase de ver.

Precisamente aquella noche había plenilunio.

El pálido astro acababa de salir, y brillaba radiante en el cielo.

De repente se formó una topinera á pocos pasos de Magdalena, y apareció la hermosa princesa de los topos.

Al verla, la buena mujer comenzó á gritar:

—¡Ah! ¡Eres tú, desgraciada! ¿Me traes mi hijo?

—Le volverás á ver, contestó la princesa con voz dulce; mas para esto es preciso que nos sigas á nuestro imperio.

—¿Le volveré á ver con seguridad si te sigo? preguntó la viuda.

—Te lo prometo. ¡Ven!

—¡Oh! ¡Ahora mismo! exclamó Magdalena.

—Pues, entonces, vamos, dijo la princesa.

Magdalena subió con la princesa á la topinera, y al punto las dos desaparecieron en las entrañas de la tierra.

Durante un minuto, la pobre mujer perdió toda especie de sentimiento de existencia, y cuando recobró los sentidos hallóse en un palacio construído con glebas de tierra sobrepues-

tas, en medio de las cuales hormigueaban topos de todos tamaños.

La viuda se estremeció como las hojas en el árbol; pero el recuerdo de su hijo le devolvió todo su valor.

—¡José! exclamó. ¿Dónde estás, mi buen José? Quiero verte.

Entonces se presentó el rey, tocó en una cortina que se descorrió al punto, y el joven se precipitó en los brazos de su madre.

Un solo grito escapó de aquellos dos corazones.

—¡Hijo mío!

—¡Madre mía!

Y, como si la fuerza les faltase, ni uno ni otro pudieron decir más.

Magdalena fué la que recobró primero el uso de la palabra.

—¡Al fin, te veo! exclamó. Nada nos separará ya, y volverás conmigo allá arriba, á la tierra.

Pero José movió la cabeza tristemente.

—¿Que no? exclamó Magdalena como aturdida. Creo que me has contestado negativamente.

—Querida madre, contestó José con acento melancólico, no puedo seguirte, aunque yo quisiera.

—¿Cómo que no puedes? exclamó la madre. ¿Quién te lo impide? ¿Acaso el rey? Pues entonces, le suplicaré que me conceda la gracia de que me acompañes.

En efecto: arrodillóse á los pies del rey de los topos, y le suplicó con las manos unidas.

—¡Señor! exclamó. Devolvedme mi hijo. Siendo padre, comprenderéis cuánto sufriríais si os arrebatasen vuestra hija. Si no me escu-

cháis, si no os enternecéis, será porque los topos carecen no solamente de ojos, sino también de corazón.

—A la verdad que me inspiras mucha lástima, pobre mujer, contestó el rey, pues te engañas; los topos tienen corazón, y hasta más sensible que el de los hombres; pero no puedo permitir que tu hijo se vaya, puesto que mañana se ha de casar con mi hija.

—¡Oh! exclamó Magdalena. ¡Compadézcase Dios de mí! ¿Cómo hubiera yo podido creer que criaba tan bello joven y tan buen cristiano para que se casase con una princesa de los topos? No, no; no ha de ser así: me le devolveréis para llevármelo, ó moriré.

—Escucha, dijo el rey; puedes permanecer con tu hijo; pero deberás vivir con nosotros.

—¡Oh! ¡Acepto, acepto! contestó la pobre madre con pasión. A la verdad, es terrible habitar aquí; pero con José, toda morada me parecerá hermosa.

—Sí, quédate, querida madre, pues yo tampoco desearé ninguna otra cosa si estás á mi lado.

—Sea, dijo el rey; pero esto no se puede hacer del todo como pensáis.

—¿Por qué? preguntó la madre.

—Se necesita una condición para que permanezcas con nosotros.

—¿Cuál?

—Nosotros los topos somos ciegos, como ya ves.

—¿Y bien? preguntó la pobre Magdalena estremeándose.

—Pues que será necesario que también quedés ciega como nosotros.

—¡Oh! Esto es terrible! dijo la pobre madre, pues si yo quedo ciega no podré ver á mi hijo.

—Es verdad, repuso el rey de los topos, no podrás verle ya; pero estarás á su lado, te amará, y tú le tocarás y oirás su voz.

—¡Ay de mí! exclamó la madre. Yo quisiera ver, sin embargo. Pensad que hace un año que estoy separada de él. Os ruego que me dejéis los ojos, y os prometo que á nadie miraré más que á mi hijo. Si no lo hago así, consiento en perder la vida.

—No, dijo el rey; acepta ó rehusa, pues no hay término medio: te sacarán los ojos al punto, ó ahora mismo vas á volver á la tierra y no verás más á tu hijo.

—¡No, no! exclamó la buena mujer. No, yo no puedo hacer eso, yo no quiero separarme de él. Haced como queráis y dejadme cerca de mi José; pero mientras que me sacan los ojos quiero tener cogidas las manos de mi hijo para que no me le roben por segunda vez.

—Está bien, dijo el rey; tu demanda es justa y queda concedida.

El joven se arrodilló, y cogiendo ambas manos de su madre besólas tiernamente.

Gruesas lágrimas corrían de sus ojos.

Cuando Magdalena vió esto, enjugó apresuradamente los suyos y dijo:

—No llores, José, pues me considero muy feliz.

Y, en efecto, comenzó á reir ruidosamente para que se creyera que estaba alegre.

Entretanto, dos topos enrojecían dos agujas al fuego, mientras que otros dos soplaban para redoblar la intensidad del calor.

La pobre mujer apartó la vista de aquel lado, estremeciéndose, y la fijó en su hijo tan apasionadamente que se hubiera dicho que deseaba grabar el retrato de su José en el corazón.

—Si estáis preparados ya, dijo á los topos, yo también.

Entonces el rey habló por última vez.

—Mujer, preguntó, ¿estás bien resuelta á perder los ojos? Reflexiona que aun podrías desde-cirte, y te advierto que vas á sufrir mucho cuando esas agujas enrojecidas penetren en ellos.

—No me tentéis, y haced lo convenido, contestó la madre. Sufra yo, y quede ciega para siempre; pero que pueda estar con mi hijo.

Y, mirando por última vez á José con inusitada ternura, dijo:

—Ahora haced lo que gustéis.

Y abrazó á su hijo, llorando amargamente.

—¡Oh madre mía! exclamó José. Dios recompensará semejante amor.

Los dos topos se acercaron, cada cual con la aguja enrojecida en la pata, y, levantándose sobre los pies posteriores, aproximaron lentamente sus agujas á los ojos de Magdalena.

Pero en el mismo instante en que aquéllas iban á tocar la retina, resonó un estrepitoso trueno, y la tierra retembló de tal modo que el palacio de los topos se hundió.

Magdalena no sabía lo que le pasaba, pues quedó aturdida por aquel espantoso terremoto; pero muy pronto recobró los sentidos: hallábase echada en brazos de su hijo; abrió los ojos con terror, temerosa de no ver á José, y temblaba de pies á cabeza; pero le vió.

No solamente á él, sino á un hombre alto, de muy buena figura, con manto de púrpura y corona de oro en la cabeza.

Junto á este hombre estaba la hermosa princesa, la prometida de su hijo, tal como se le había aparecido en la tierra: no podía estar más bella, porque no era posible soñar nada tan hermoso.

Le rodeaban muchos señores y damas, todos ricamente engalanados.

El palacio de tierra había desaparecido; en su lugar elevábase uno de mármol, y todos estaban, no en el fondo de un subterráneo, sino en una hermosa ciudad iluminada por los rayos del sol. Alrededor de ellos reinaba el mayor lujo, mucho movimiento y alegría.

—¿Qué significa todo esto? preguntó Magdalena, que consideraba como un hermoso sueño todo cuanto veía.

Entonces el hombre del manto de púrpura tomó la palabra y dijo:

—Yo soy el rey de los topos. Un perverso mágico me trasformó en topo á mí y á mis súbditos, para satisfacer una venganza; de modo que debíamos vivir en las entrañas de la tierra, bajo una forma hedionda, hasta que un ser humano se decidiera, por amor, á dejarse sacar los ojos para permanecer en nuestra compañía. Desde hace dos mil años aspiramos á nuestra libertad; hemos atraído á muchas personas á la tierra; pero ninguna experimentaba un amor bastante apasionado para sacrificarse. Tú nos has librado, mujer, y tu recompensa será digna del servicio que nos prestaste. Tu hijo ama á mi hija; yo

se la doy por esposa, y algún día ocupará mi lugar como rey. El maligno mágico no puede ya molestarnos, pues él es quien ocupa mi lugar y el que habita ahora bajo la tierra con sus hijos, tan malos como él. En cuanto á ti, mujer, vas á vivir en este palacio con nosotros, y nunca dejaremos de manifestarte nuestro agradecimiento.

Pero Magdalena, moviendo la cabeza, contestó:

—Señor, yo no estoy acostumbrada á todo este esplendor, á todo este lujo, y os doy gracias por vuestras buenas intenciones; pero, si queréis hacerme feliz, dejadme vivir simplemente cerca de mi hijo, dándome, en la proximidad del palacio, una pequeña cabaña con su jardinillo, para que yo vea todos los días á mi José y pueda regocijarme de su dicha: con esto quedaré muy bien recompensada. En cuanto á lo hecho por mí, lo hice por amor á mi hijo, y, si habéis esperado tanto tiempo para veros libres, es porque no pensasteis en dirigiros á una madre.

José casó con la hermosa princesa, vivió feliz con ella, sucedió al rey su padre, y durante toda su vida labró la felicidad de sus súbditos.

Su madre murió á los ochenta años en la cabaña que el rey de los topos había mandado construir para ella, y la buena mujer cerró los ojos diciéndole:

—Soy muy feliz, porque voy á esperarte en el mundo donde las madres no quedan nunca ciegas, y tienen por recompensa la alegría de ver eternamente á sus hijos.

IV

LA REINA DE LAS NIEVES

I

LAS ABEJAS BLANCAS

En una de esas grandes ciudades donde hay tantas casas y tantos habitantes que no queda suficiente lugar para que cada cual posea un jardinillo, y donde, por consiguiente, los más deben contentarse con un cajón de madera en la ventana, ó un tiesto de flores en la chimenea, habitaban dos pobres niños que tenían cada cual su jardín en un cajón. No eran hermano y hermana; pero amábanse como si lo fuesen.

Sus padres vivían unos frente á otros, en el cuarto piso de una de esas antiguas casas de madera que, inclinándose una hacia otra, se aproximan cada vez más entre sí hasta que los últimos pisos se tocan casi.

Los tejados de ambas casas no se hallaban, pues, separados, en cierto modo, sino por las dos canales, de manera que un hombre corpulento hubiera podido—como lo hacía aquel gigantesco coloso de Rodas, de quien habréis oído hablar, hijos míos, y que era una de las siete maravillas del mundo—poner un pie sobre una ventana, y el otro en la opuesta, y ver pasar entre sus piernas á las personas que iban por la calle á evacuar sus asuntos ó á disfrutar de sus placeres.

Los padres de los dos niños, hermano y hermana, tenían fuera de su ventana, y cada cual en su lado, un gran cajón de madera lleno de tierra, donde crecían hierbas destinadas á los usos de la cocina, como perejil, hierbabuena y perifollo, y además había un pequeño rosal, con flores la mitad del año, y que, sonriendo al sol, perfumaban el aposento.

Los rosales eran propiedad de los dos niños, que los regaban y los podaban cuidadosamente antes de pensar en sí mismos, á causa del cariño que les tenían.

Los padres, que, por su parte, vivían en la mejor inteligencia, pensaron un día en hacer más completa aún la comunicación de sus dos habitaciones. En vez de colocar los cajones á lo ancho en cada ventana, pusieronlos atravesados, de modo que formasen un puente sobre la calle; después sembraron guisantes de olor y frijoles colorados, cuyos largos filamentos pendían sobre la calle ó remontaban á lo largo de las ventanas; de manera que los dos cajones formaron como un arco triunfal de verdura y de flores.

Como se había prohibido á los niños atravesar

aquel puente de follaje, permitíanles una vez á la semana subir uno á casa del otro y sentarse en unos taburetes junto á las ventanas, donde el niño jugaba con su muñeco y la niña con su muñeca, y más á menudo con una casita de loza ó de hoja de lata que el padrino había regalado á la niña el día de su santo.

En invierno, aquel recreo terminaba al fin, pues los cristales de las ventanas se empañaban con la escarcha, y, para verse uno á otro, los dos niños calentaban una moneda de cobre, aplicábala contra los vidrios helados, y obtenían así un pequeño círculo, por el cual quedaba el vidrio limpio, permitiendo á los niños mirarse. Entonces, detrás de cada círculo se hubiera podido ver en cada ventana un ojo de expresión benévola y amistosa: eran los de nuestros pequeños vecinos, que se daban los buenos días.

El niño se llamaba Pedro, y la niña Gerda.

Durante el invierno, como era imposible abrir las ventanas á causa del frío, las sesiones se prolongaban más naturalmente en casa del uno ó del otro, sobre todo cuando nevaba.

—Esas son las abejas blancas que vienen por enjambres, decía la abuela.

—¿Tienen también su reina? preguntaba el niño, sabiendo que esos insectos tenían la suya.

—Sí que la tienen, contestaba la abuela; se llama Reina de las Nieves, y vuela allí donde el enjambre de los copos es más espeso. Es la más grande de todas, y no está nunca ociosa. Apenas ha tocado la tierra, remonta hacia las nubes negras. Solamente á media noche vuela por las calles de la ciudad, mirando las ventanas, y en-

tonces se cubren éstas de una capa de hielo que representa flores.

—Sí, sí, ya hemos visto eso, dijeron los dos niños; y, á partir de aquel instante, creyeron que era cierto, pues los pequeños, y hasta los grandes, creen fácilmente en la verdad de lo que ven, aunque esto, ó más bien lo que creen ver, no sea siempre la verdad.

—¿Y mira la Reina de las Nieves á través de las ventanas para entrar en las casas? preguntó la niña con cierto temor.

—¡Ah! exclamó el niño, con ese tono fanfarrón peculiar de los chicos. Que entre en la nuestra, y yo la arrojaré al fuego para que se derrita.

Por la noche, cuando estaba medio desnudo, Pedrito subió á una silla y miró por el círculo trazado por una moneda: entonces pudo ver miles de copos de nieve que caían lentamente, y en medio del enjambre de abejas blancas distinguíase uno de aquellos por sus enormes dimensiones: precisamente éste fué á caer en el alféizar de la ventana. Una vez allí, comenzó á crecer de pronto, redondeóse, tomó forma humana y convirtióse en una hermosísima joven, engalanada con un vestido brillante como la plata, formado por millones de copos de nieve, unos en figura de estrellas, y los otros semejantes á flores. En cuanto al rostro y las manos, se componían del hielo más puro y deslumbrador. En medio de aquel cristal, sus ojos brillaban como diamantes, y sus dientes como perlas. Por lo demás, no andaba, sino que volaba ó se deslizaba.

Al ver que el niño miraba por su agujero, la dama le hizo un saludo con la cabeza y una señal con la mano.

El niño, muy asustado, á pesar de lo que había dicho por la mañana, saltó de la silla, y apoyó las manos contra la ventana con toda su fuerza, para que la Reina de las Nieves no pudiese entrar.

Toda la noche creyó oír un ave muy grande que golpeaba la ventana con sus alas.

Era el viento.

Al día siguiente hubo una helada muy blanca y hermosa; y después llegó pronto la primavera; el cielo se aclaró, vióse brillar el sol y aparecer la verdura; las golondrinas hicieron sus nidos, abriéronse las ventanas, y los niños pudieron mirarse á través de ellas, ó uno junto á otro.

Las rosas, los guisantes de olor y los fríjoles colorados florecieron en aquel año de una manera magnífica.

La niña había aprendido un salmo en el que se trataba de las rosas; se lo cantó al niño, y éste lo repitió con ella:

Las rosas caen ya-marchitas,
y pronto veremos al niño Jesús.

Los dos niños permanecían cogidos de la mano, besaban las rosas y querían que comiesen azúcar los capullos entreabiertos, diciéndose que, puesto que lasavecillas daban el alimento á sus pequeños, también ellos podían dárselo á sus rosas. Hubo magníficos días de verano, y aquéllas florecieron casi hasta la Navidad, ó sea

casi hasta el momento en que, como lo decía el salmo, se iba á ver el pequeño Jesús.

Pedrito y Gerda estaban sentados y entreteníanse con un libro lleno de estampas y grabados que representaban animales y aves.

De repente, en el momento en que el reloj de la ciudad daba las cinco, Pedrito exclamó:

—¡Ay, ay! Me ha entrado alguna cosa en el ojo, algo que penetra en el corazón.

La niña levantó el párpado á su compañero y sopló.

—¡Bien! Creo que ya está fuera, dijo el niño.

Pero se engañaba: lo que le había entrado en el ojo, penetrando hasta el corazón, no había salido.

Digamos lo que era.

II

EL ESPEJO DEL DIABLO

No necesito decirlos, queridos niños, que hay un ángel malo llamado Satanás que, desde que hizo perder á nuestros primeros padres el Paraíso terrenal, no sabe qué inventar para condenar los hombres y perder al género humano. Cuando tengáis diez y ocho ó veinte años, leeréis en un gran poeta, ciego como Homero, llamado Milton, que cierto día Satanás se rebeló contra Dios y fué arrojado por él á las profundidades de la tierra; desde allí trata de vez en cuando de luchar contra su vencedor, ya que no por la

fuerza, cuando menos por la astucia. Ahora bien: uno de los medios de que se valió en su incesante antagonismo consistió en confeccionar un espejo en el cual lo que era hermoso aparecía hediondo, y lo que era bueno, malo; mientras que la fealdad se convertía en belleza, y el vicio tomaba el aspecto de la verdad.

Aquel espejo tenía por objeto, como ya veis, cambiar la faz de todas las cosas de este mundo.

—He aquí una cosa que será de las más recreativas, dijo el diablo al concluir su espejo.

Todos los demonios que frecuentan su escuela—pues tenía una para los demonios—referían por todas partes las propiedades del espejo diabólico, al que llamaban espejo de la verdad; mientras que era, por el contrario, el de la mentira.

—Solamente desde hoy, decían, se verá tal como es esa maravilla de la creación que llaman hombre.

En su consecuencia, comenzaron á recorrer el mundo con el espejo del diablo, y es imposible decir cuánto mal hicieron en todos los lugares por donde pasaron.

Cuando hubieron visitado las cuatro partes (en aquella época, hijos míos, no se había descubierto aún la Oceanía), resolvieron subir al cielo para producir entre los ángeles el mismo desorden que realizaron entre los hombres.

Cuatro demonios tomaron, pues, el espejo por sus cuatro ángulos, y remontáronse más allá de la luna, que se halla á noventa mil leguas de nosotros; y más allá del sol, que está á treinta y seis millones de leguas; y pasaron también de

Saturno, que se encuentra á trescientos millones de leguas. Una vez allí, llamaron á la puerta del cielo.

Mas, apenas hubo girado sobre sus goznes aquella puerta de diamante, una mirada de nuestro divino Creador, penetrando hasta el espejo diabólico, le rompió, convirtiéndole en átomos tan impalpables como el polvo levantado por el huracán en la orilla del mar.

Entonces ocurrió una gran desgracia, y fué que todos los átomos del espejo maldito se diseminaron en la atmósfera, flotando con el viento. Ahora bien: como cada uno de aquéllos había conservado la propiedad del todo, los que recibieron alguno en los ojos comenzaron á ver el mundo bajo el aspecto en que Satanás deseaba que fuese visto, es decir, sumamente feo.

Algunos recibieron una de esas partículas no solamente en el ojo, sino en el corazón también, y para éstos, sobre todo, fué una cosa fatal, pues su corazón se petrificó, llegando á ser semejante á un hielo.

Y el diablo se reía de tal manera, que su vientre se dilató hasta llegar á la barba.

Uno de esas partículas fué la que Pedrito recibió, no solamente en el ojo, sino en el corazón también.

Por eso, en vez de dar gracias á su amiguita Gerda, que acababa de soplar en el ojo y que sentía tanto su padecimiento que las lágrimas rodaban por sus mejillas, le dijo:

—¿Por qué lloras? ¡Oh! ¡Si supieras qué fea te pones cuando lloras! Mira esa rosa que hay allí, picada por un gusano, es fea también, sin contar

que huele tan mal como un clavel de la India.

Y, arrancando la flor, arrojóla á la calle.

—¿Qué haces, Pedrito? preguntó la niña Gerda. ¡Dios mio, mi pobre rosa, que era tan fresca y que olía tan bien!

—Y yo te digo que estaba marchita y que apestaba, insistió Pedrito.

Y, arrancando la segunda rosa, arrojóla por la ventana como la primera.

La pequeña Gerda rompió á llorar.

—Ya te he dicho que estabas espantosa cuando llorabas, repitió Pedrito.

Y, á pesar de la orden de sus padres, que habían prohibido á los niños pasar nunca por el puente aéreo, el niño saltó de una ventana á otra, dejando á Gerda aturdida ante el cambio que acababa de efectuarse en su pequeño compañero.

Al día siguiente, volvió, y Gerda quiso enseñarle su libro de estampas; pero Pedrito se le hizo saltar de las manos, diciendo que tan sólo era bueno para niños en pañales, y que él era un muchacho grande á quien no divertían ya semejantes necedades.

No era esto solo: cuando la abuela refería historias que en otro tiempo interesaban mucho á Gerda y á su compañero, este último oponía siempre algún *pero* que despojaba de su encanto la sencilla historia.

Y no solamente no divertían ya á Pedrito los cuentos de la abuela, sino que en toda ocasión burlábase de la buena mujer, haciendo muecas detrás de ella, poniéndose sus anteojos é imitando su voz.

Muy pronto, lo que Pedrito hacía con su abuela hizolo también con todo el mundo: imitaba el acento y el modo de andar de todos los vecinos de la calle, y reproducía cuanto tenían de ridículo con increíble exactitud, tanto, que todo el mundo decía:

—A la verdad que ese niño tiene una disposición extraordinaria para imitar: se debería dedicarle al teatro.

Y todo esto provenía de aquella desgraciada partícula de espejo que había recibido en el ojo y en el corazón.

El invierno llegó, y las abejas blancas reaparecieron.

Cierto día que nevaba, Pedrito llegó con un gran trineo y dijo á Gerda:

—Tú no sabes que me han dado permiso para ir á jugar en la plaza grande con los otros niños.

Y echó á correr, sin decir siquiera: «Hasta la vista».

Me preguntaréis, queridos niños, si Pedrito tenía un caballo para poner en movimiento su trineo, y, en caso de no tenerlo, de qué podía servir aquel vehículo.

A éstos contestaré que Pedrito carecía de caballo; pero proponíase hacer lo que en semejante circunstancia hacían los niños á quienes faltaba el animal. Con el auxilio de una cuerda ataban sus trineos á los coches que pasaban y dejábanse llevar hasta el fin del camino, lo cual daba el mejor resultado.

Cuando llegaban demasiado lejos, desataban la cuerda y sujetábanla en un coche que fuese

en dirección opuesta, volviendo, así, al punto de partida.

Apenas Pedrito y su trineo hubieron llegado á la plaza, vióse llegar otro muy grande y magnífico, tirado por dos caballos blancos, con arneses blancos también. En el trineo iba una hermosa dama con pelliza y sombrero de plumón de cisne; y el mismo vehículo estaba pintado de blanco, siendo blanca igualmente la seda que guarnecía el interior.

—¡Bueno! dijo Pedrito; aquí está mi negocio.

Y, atando su pequeño trineo al grande, que acababa de llegar, partió con él.

III

QUIÉN ERA LA DAMA DEL GRAN TRINEO BLANCO

Apenas Pedrito hubo sujetado su pequeño vehículo al gran trineo blanco, cuando éste, después de dar dos vueltas por la plaza, alejóse rápidamente en dirección al polo Norte.

Al salir de la plaza, la dama del trineo volvió la cabeza é hizo una señal amistosa á Pedrito, como si le conociera.

Después, á un cuarto de legua de la ciudad, el muchacho comenzó á temer que no encontraría ya coche alguno para regresar, y quiso desprender su trineo; pero la dama se volvió otra vez, hizole una segunda señal, y Pedrito dejó su trineo sujeto al de la dama.

Entonces el trineo grande continuó avan-

zando hacia el Norte, siempre con más rapidez, y la nieve comenzó á caer tan espesa que apenas podía el niño ver el trineo blanco.

Pedrito, haciendo un esfuerzo, desató la cuerda que sujetaba su pequeño vehículo al otro; mas quedó poseído de asombro, al observar que su trineo, aunque libre, continuaba siguiendo al grande con la rapidez del viento.

Entonces comenzó á llorar y á gritar; pero nadie le oyó; y como ambos trineos corrían con mucha celeridad, apenas podía respirar.

Y la nieve caía siempre, y hubiérase dicho que los trineos tenían alas.

De vez en cuando, Pedrito sentía grandes saltos, como si pasara sobre fosos y hondonadas; estaba muy espantado y quería decir su *Padrenuestro*; pero, desde el día en que sintió un dolor en el ojo y en el corazón, había olvidado todas sus oraciones, y no pudo recordar nunca más que el axioma aritmético: «2 y 2 son 4».

Las abejas blancas (ya se recordará que así llamaban los niños á los copos de nieve) eran cada vez más voluminosas, y muy pronto alcanzaron tales dimensiones, que Pedrito no las había visto jamás así: hubiérase dicho que eran grandes gallinas blancas. De improviso, la dama que conducía al trineo se detuvo y se levantó; su pelliza y su sombrero brillaban por su deslumbradora blancura, y solamente entonces el muchacho la reconoció.

¡Era la Reina de las Nieves!

Pedrito quedó mudo de espanto, porque no tenía allí, como en su casa, una estufa donde poder derretirla.

—Inútil es conservar dos trineos, dijo la dama al niño; con uno solo iremos más rápidamente. Ven conmigo: yo te abrigaré con mi pelliza de piel de oso para que conserves calor.

Y como le era imposible resistir á esta orden, Pedro dejó su trineo y se trasladó al de la Reina de las Nieves, la cual le hizo sentar á su lado, tapándole después con su pelliza.

Sin embargo, al niño le pareció que entraba en un lecho de hielo.

—¿Qué tal? le preguntó la Reina de las Nieves? ¿Tienes siempre frío?

Y le besó en la frente.

Bajo la impresión de aquel beso, Pedrito pensó que su sangre se helaba en las venas y que iba á morir; pero su malestar no duró más que un instante, y casi al punto sintióse muy bien, por haberse desvanecido del todo la impresión fría.

—¡Mi trineo, señora, no olvidéis mi trineo! gritó el muchacho.

La reina cogió un puñado de nieve, sopló sobre ella, y al punto la convirtió en una pequeña gallina blanca, á la cual se enganchó el pequeño trineo, que siguió al grande volando.

Después la Reina de las Nieves besó por segunda vez á Pedrito, y éste olvidó al punto cuanto había dejado en su casa, la abuela y Gerda.

—Ahora, dijo la reina al niño, no te besaré más; pues, de lo contrario, morirías.

Pedrito la miró: jamás había visto facciones tan hermosas ni expresión más inteligente; ya no le parecía de hielo, como el año anterior,

cuando apareció en su ventana y le hizo aquella primera señal que le espantó tanto; ahora no tenía miedo de la dama, pues, en su opinión, jamás había visto nada tan perfecto.

Le dijo que sabía leer y calcular, contar de memoria, hasta por fracciones, que sabía también cuál era la extensión del país en millas cuadradas, y cuál el número de los habitantes.

La reina le preguntó si sabía sus oraciones, á lo cual contestó el muchacho que las había olvidado.

—¿Te acuerdas al menos de hacer la señal de la cruz? le preguntó la dama.

Pedrito procuró hacerla y no pudo conseguirlo.

La reina se echó á reir.

—¡Vamos, vamos! dijo. Decididamente eres bien mío, muchacho.

Después, como llegasen á la orilla de una gran extensión líquida, semejante á un mar, el chico preguntó con inquietud:

—¿Cómo vamos á continuar nuestro camino?

—¡Oh! No tengas cuidado, contestó la Reina de las Nieves; nada nos detendrá hasta llegar á mi palacio.

—Y ¿dónde está vuestro palacio? preguntó Pedro.

—En los hielos del Polo, contestó la Reina de las Nieves.

Y sopló sobre el mar, que se heló al punto.

Entonces el trineo partió al galope de los dos caballos blancos, cuyas colas y crines gigantes-cas flotaban al viento.

Cuanto más avanzaban, más confusas se ha-

cían sus formas; de modo que habría sido imposible distinguir si eran cuadrúpedos ó aves, y muy pronto parecieron nubes blancas azotadas por las alas de la tempestad.

A poco pasaron por la región de los lobos; éstos se hallaban echados, y levantáronse al punto aullando para seguir á los viajeros.

Alcanzaron después la región de los osos blancos, que estaban echados también y se levantaron gruñendo, para ir en pos del trineo.

Al poco tiempo llegaron á la última región, es decir, á la de las focas y de los terneros marinos, que, no teniendo bastante energía para correr, contentábanse con arrastrarse, dejando oír gritos prolongados y siniestros mugidos, los cuales parecían propios del mundo de los fantasmas, al que el trineo se aproximaba.

Por último, se penetró en el crepúsculo eterno; y como Pedrito estaba muy cansado, se durmió á los pies de la Reina de las Nieves.

IV

LOS ZAPATITOS ROJOS

Ahora, volvamos á la pequeña Gerda.

La niña se contristó mucho al ver que Pedrito no volvía y cuando transcurrieron dos ó tres días sin que se supiera adónde había ido.

La pobre abuela fué á informarse por todas partes; pero nadie pudo dar noticias de él.

Los muchachos que jugaban en la plaza el día de su desaparición dijeron que le habían visto atar su trineo á otro muy grande y blanco, que, después de dar dos vueltas por la plaza, se internó por las calles para salir de la ciudad. Esperábase siempre ver al muchacho presentarse de pronto.

Pero aquella esperanza no tardó en desvanecerse.

Se dijo que tal vez el muchacho habría caído en el río, donde perecería ahogado.

Esto fué asunto de todas las conversaciones en la casa durante las largas noches de invierno, hasta que, al fin, llegó la primavera con su sol vivificante.

—¡Mi pobre Pedrito ha muerto! decía la pequeña Gerda.

Pero el sol, brillante y hermoso, contestaba que no.

—¡Mi pobre Pedrito ha muerto! murmuraba la niña al pasar las golondrinas.

—¡Mi pobre Pedrito ha muerto! decía la pequeña Gerda á sus rosas, á sus guisantes de olor y á los frijoles colorados.

—No lo creemos, contestaban las flores y los frijoles; y, á fuerza de oír repetir á las flores, á las golondrinas y al sol que no creían en la muerte de Pedrito, la pequeña Gerda acabó por no creer tampoco.

—Quiero ponerme los zapatitos rojos y nuevos, que Pedrito no ha visto aún, dijo la niña; después bajaré para informarme acerca de su paradero, y le buscaré hasta que mis zapatos se hayan gastado.

—Dejémosla hacer lo que guste, dijo la abuela; tal vez sea una inspiración de Dios.

La pequeña Gerda bajó á la calle y dirigióse desde luego á la orilla del río.

—¿Es verdad, preguntó á éste, que te has llevado á mi compañerito de juego? Te daré mis lindos zapatos rojos, del todo nuevos, si quieres devolvérmele.

A la niña le pareció que el río le hacía extrañas señales, y, en su consecuencia, quitóse sus zapatitos rojos, es decir, lo que más amaba en el mundo después de Pedrito, y los arrojó en el río.

Pero, sin duda, se había engañado al creer que aquél le hacía señas, pues una onda los rechazó hasta la orilla.

Entonces Gerda comprendió que si el río rechazaba un objeto tan precioso como sus zapatitos era porque no se había llevado al pequeño Pedro.

Y después se dijo:

—Puesto que no pereció en las aguas, vamos más lejos.

Entonces subió á una barca, y, apenas estuvo en ella, se desamarró por sí misma y alejóse de la orilla, siguiendo el curso del río.

Cuando la pequeña Gerda se vió así sola en medio de la corriente, y tan lejos de una orilla como de otra, tuvo mucho miedo y comenzó á llorar; pero nadie vió sus lágrimas ni oyó sus sollozos, como no fueran los gorriones, y, aunque éstos se compadecieran, sus alas eran demasiado débiles para empujar á la niña hasta la orilla. Sin embargo, volaban en torno suyo, cantando ale-

gremente, como para decirle: «No tengas miedo; nosotros no cantaríamos si te amenazase una desgracia.»

La barca, según hemos dicho, seguía el curso de la corriente; la pequeña Gerda se había sentado en medio y estaba inmóvil, con las medias en los pies y los zapatitos rojos en las manos.

Las dos orillas eran magníficas; veíanse hermosas flores, frondosos árboles, y rebaños de carneros que desfilaban; pero, por más que mirase, no veía ningún ser humano.

—Tal vez el río me conduce hacia donde se halla Pedrito, pensó Gerda.

Y comenzó á estar más alegre; se levantó entonces, y miró largo tiempo las hermosas orillas cubiertas de verde.

Muy pronto divisó un magnífico jardín lleno de cerezos, donde había una casita con ventanas rojas y azules; estaba cubierta de rastrojo, y en el terrado veíanse dos soldados de madera, presentando las armas á las barcas que pasaban.

Gerda, que los creía vivos, les gritó:

—¿Sabéis dónde está Pedrito?

Los soldados de madera no contestaron, y Gerda, suponiendo que no la habían oído, se prometió interrogarlos cuando estuviese más cerca. Esto no debía tardar, pues la corriente impelía la barca hacia el terrado.

Al acercarse, Gerda comenzó á gritar con más fuerza que antes, y esta vez la oyeron, sin duda, pues una viejecita salió de la casa, apoyándose en un báculo. Aunque pareciese tener más de cien años, era muy presumida sin duda, pues llevaba en la cabeza un gran sombrero redondo

de seda blanca, adornado de las más bellas flores.

—¡Oh! ¡Pobre niña! exclamó la vieja. ¿Cómo has venido tú sola en esa barca por este río de tan rápida corriente, y tan lejos del mundo?

Y la vieja, bajando por una escalerita, penetró en el agua hasta las rodillas, atrajo hacia sí la barca con su báculo, y levantó en sus brazos á la pequeña Gerda.

La niña, por su parte, estaba muy contenta de verse en tierra firme, aunque le inspirase algún temor aquella vieja desconocida.

—Ponte tus zapatitos rojos, dijo la vieja, para que los guijarros no te hagan daño en los pies, y dime quién eres, y como has venido hasta aquí.

Gerda se puso sus zapatitos y refirió todo á la vieja, que de vez en cuando movía la cabeza murmurando: «*¡Hum, hum!*» Y cuando la niña hubo contado todo, preguntando después si había visto al pequeño Pedro, la vieja contestó que no, añadiendo que no era cosa de afligirse por esto, pues, en su opinión, el muchacho no había perecido.

Después cogió á Gerda de la mano, y ambas entraron en la casa, cuya puerta cerró la vieja.

Las ventanas eran muy altas, con vidrios rojos, azules y amarillos; de modo que la luz del día, por efecto de todos estos colores, era muy singular en el interior. En una infinidad de tiestos de porcelana había flores magníficas, y en la mesa un canastillo de hermosas cerezas, como nunca había visto Gerda. Invitada por la vieja, la niña comió tantas como quiso; y mien-

tras que comía, su protectora la peinaba con un peine de oro, que dejaba los cabellos rizados y de un hermoso color amarillo de oro, formando el más precioso marco para su rostro risueño.

—He deseado largo tiempo una niña como tú, dijo la vieja, y ahora verás como vamos á vivir juntas.

Y, cuanto más peinaba la vieja los cabellos de Gerda, más olvidaba ésta á su amiguito Pedro, porque la vieja era una maga, pero no maligna, sino bondadosa, pues encantaba por placer y para su propio recreo.

Al ver á la pequeña Gerda tan graciosa, tan linda y confiada, deseó conservarla á su lado, á fin de tenerla por compañera; mas para esto era preciso hacerle olvidar al pequeño Pedro. Ahora bien: como Gerda había hablado mucho de sus rosas y sus rosales, pensó que, si la niña veía en su jardín flores semejantes, esto le haría recordar el niño á quien buscaba, y en su consecuencia bajó al jardín, extendió su báculo sobre los rosales, y éstos desaparecieron al punto, hundiéndose en la tierra como si hubiesen penetrado en trampas.

Cuando todos los rosales hubieron desaparecido, la maga volvió á buscar á Gerda, que comía siempre cerezas, y la condujo al florido jardín. Era un parterre magnífico, con todas las flores imaginables, de todas las estaciones; pero, floreciendo á la vez, y ostentando allí todas sus galas. Ningún libro con láminas, ni tampoco ninguna pintura, hubiera podido reproducir la belleza de aquellos variados colores.

Gerda saltó de alegría al ver tan magnífico

parterre, y comenzó á jugar, sin cansarse, hasta que el sol se puso detrás de los altos cerezos.

Entonces la vieja la condujo á un elegante lecho con almohadones de seda roja con violetas bordadas, sobre los cuales la niña se durmió acariciada por dorados sueños, como los de una reina el día de sus bodas.

Al día siguiente, la niña pudo jugar otra vez al sol y en medio de las flores, sin la menor inquietud; y de este modo pasaron muchos días, durante los cuales Gerda conoció los nombres de todas aquéllas; mas, por variadas y numerosas que fuesen, parecía que faltaba una, la más hermosa de todas. Ahora bien: cierto día, como mirase el gran sombrero de seda blanca de la vieja, vió, en medio de las flores que le adornaban, una rosa que la maga había olvidado retirar.

— ¡Oh! exclamó muy alegre. ¡Una rosa! ¿Cómo es que no tenéis rosas aquí?

Y corrió al jardín, buscando de espesura en espesura, de platabanda en platabanda, pero todo fué inútil, pues no encontró ni una sola rosa.

Entonces sentóse y lloró; pero como sus lágrimas caían precisamente en el sitio donde había un rosal en otro tiempo, antes de que la vieja los hiciera desaparecer, aquellas lágrimas humedecieron el suelo, las hojas del rosal comenzaron á salir, después las flores, y por último la planta entera, en todo su esplendor, tan embalsamada como cuando había desaparecido.

Y, sin cuidarse de las espinas, Gerda cogió el rosal entre sus brazos, lo estrechó contra su co-

razón, y, pensando en la rosa de su ventana y en Pedrito, exclamó:

—¡Oh! ¡Cuánto tiempo me he detenido aquí! ¿Cómo he podido olvidar de tal modo á mi amigo, en busca del cual voy?

Y, volviéndose hacia las rosas, preguntóles:

—¿Sabéis dónde está? ¿Os parece que habrá muerto?

—No ha muerto, contestaron las rosas; hemos estado en la tierra donde llevan á todos los muertos, y no hemos visto al pequeño Pedro.

—Entonces, dijo Gerda, será que Pedrito vive.

Al pronunciar estas palabras corrió hasta la extremidad del jardín.

—¡Oh Dios mío! exclamó, mirando sus pies. ¡Y yo, que había prometido buscarle hasta que mis zapatos rojos se hubiesen gastado, veo que aun estan nuevos! Seguramente me ha embrujado esa vieja.

La puerta estaba cerrada; pero, apoyándose en el picaporte, Gerda pudo abrirla y se precipitó otra vez en el vasto mundo.

Comenzó á correr, volviendo la cabeza de vez en cuando; mas, por fortuna, nadie había allí para perseguirla.

Corrió tanto como le fué posible, hasta que le faltó la respiración, y entonces detúvose á descansar sobre un fragmento de roca.

El verano había pasado, y llegaban los últimos días del otoño.

La niña no había podido echarlo de ver en aquel hermoso jardín, donde siempre había un sol magnífico y donde florecían en todo tiempo las plantas de todas las estaciones.

—¡Ah, Dios mío! exclamó Gerda. ¡Cuánto tiempo he perdido! Ya llega el otoño; no puedo detenerme, y es preciso que encuentre á Pedrito.

Y continuó su marcha; pero, cuanto más avanzaba, todo á su alrededor estaba más frío y desnudo; las largas hierbas amarilleaban, y el rocío se deslizaba por ellas como si fuera lluvia. Las hojas, desprendiéndose de los árboles, caían unas tras otras, y solamente el ciruelo conservaba aún frutos, pero tan ácidos que era imposible comerlos.

—¡Oh! ¡Qué triste y vacío parecía el vasto mundo!

V

PRÍNCIPE Y PRINCESA

Al fin, Gerda debió descansar otra vez, porque sus fuerzas la abandonaban y porque comprendía que, si avanzaba más, caería sin remedio.

Por lo tanto, sentóse en una piedra grande.

Enfrente del sitio donde se había colocado saltaba una corneja.

El ave miró largo tiempo á la niña, y acabó por decir:

—¡Cra, cra!... ¡Buenos días, buenos días!

La pobre corneja no sabía explicarse mejor; mas era evidente que tenía buena voluntad á la niña.

Por eso Gerda le hizo una señal amistosa con la cabeza al contestar:

—¡Buenos días, corneja!

Y, expresándose siempre en su lenguaje, el ave preguntó á Gerda dónde iba y cómo se hallaba así sola.

La niña refirió toda su historia, acabando por preguntar:

—¿No has visto tú al pequeño Pedro, amiga corneja?

El ave reflexionó largo tiempo y contestó al fin:

—Podría ser muy bien, podría ser.

Gerda cogió al ave y estuvo á punto de sofocarla.

—¡Creo, creo!... exclamó la corneja. Podría ser muy bien... El pequeño Pedro vive... mas ahora debe haberte olvidado por la princesa. ¡Cra, cra, cra!

—¿Acaso vive con una princesa? preguntó Gerda.

—Sí, contestó el ave; pero yo hablo mal tu lengua. ¿No conoces la mía?

—No: yo no la he aprendido, contestó tristemente la pequeña Gerda; y, sin embargo, hubiera podido aprender, porque mi abuela la conoce.

—No importa, repuso la corneja; yo trataré de hablar, lo más claramente que me sea posible. Escucha.

La niña tranquilizó al ave, diciéndole que, por mal que hablara, la comprendería bien, y que, por lo tanto, podía referir sin cuidado cuanto supiese.

Y la corneja se expresó así, respecto á todo cuanto sabía:

—En el reino donde estamos ahora vive una princesa que es increíblemente juiciosa y sabia;

pero debe decirse también que está suscrita á cuantos diarios se publican en el mundo. Cierta que tiene tanto talento, pero olvida al punto cuanto ha leído. Ocupó el trono á la edad de diez y ocho años, y poco tiempo después se la oyó cantar una canción que comenzaba con estas palabras:

Ya es tiempo de casarme...

Pero el fin de la canción no era tan fácil de expresar como el principio, pues la princesa no quería solamente un príncipe como hay muchos, es decir, que supiera llevar bien un brillante traje, sonreír oportunamente y ser siempre de su opinión; no; quería un verdadero príncipe, apuesto, valeroso é inteligente, que pudiera estimular las artes durante la paz, y ponerse á la cabeza de los ejércitos en caso de guerra; y, mirando todos los tronos del mundo, no veía ninguno como ella lo deseaba. Pero la princesa no desesperó de encontrarle, y estaba resuelta á no fijarse en la condición, y elegir, en cualquiera clase que fuese, un esposo digno de ella. Mandó llamar al director general de la prensa, y al día siguiente los diarios aparecieron orlados de una guirnalda de rosas, anunciando que se abría un concurso para obtener la mano de la princesa, y que todo joven, de buen aspecto, de veinticinco años de edad, podría presentarse en el palacio para hablar con la princesa, que concedería su mano al que le pareciese reunir las mejores cualidades intelectuales y morales.

Todo esto no era nada probable, y la niña parecía dudar de la exactitud del relato de la

corneja, cuando esta última, aplicando la pata sobre su corazón, dijo:

—Os juro que no digo sino la verdad, y que he conocido todos estos detalles por una corneja particular que habita en el palacio y que es mi prometida.

Estando el ave tan bien informada, no se podía dudar de lo que decía.

—Los jóvenes solteros acudieron de todos los puntos del reino; había una considerable multitud, tanta que no se podía pasar por las calles; pero ningún joven fué admitido, ni el primer ni el segundo día. Todos hablaban bien y con mucha elocuencia mientras se hallaban delante de la puerta del palacio; pero, una vez dentro, cuando veían á los guardias con su brillante uniforme de plata, cuando después de subir las escaleras encontraban á los lacayos con su librea de oro, y cuando después de atravesar las grandes salas iluminadas se veían delante del trono de la princesa, ¡oh!, entonces era inútil que buscasen palabras; no podían hacer más que repetir la última de la frase que la princesa había pronunciado; de modo que ésta no necesitaba oír más, y sabía desde luego á qué atenerse en su juicio. Hubiérase dicho que todos aquellos jóvenes habían tomado un narcótico que entorpecía su inteligencia y que no recobraban el uso de la palabra hasta hallarse fuera del palacio. Cierto que entonces hablaban de nuevo muy bien, pero todos á la vez, contestándose unos á otros lo que debieron contestar á la princesa, de tal modo que aquello era una confusión en la que nadie se entendía. A la salida del palacio esperaban á

los pretendientes muchos ciudadanos imbéciles que se reían del chasco de los jóvenes. Yo estaba allí y me reí también de la mejor gana.

—Pero ¿y el pequeño Pedro? preguntó Gerda. No me hablas de él.

—Esperad, esperad, contestó la corneja; ya llegaremos á Pedrito. El tercer día se presentó un hombre pequeño, sin coche ni caballo, y muy alegre, y entró resueltamente en el palacio. Sus ojos brillaban como los tuyos; tenía magníficos cabellos largos, y, á juzgar por su ropa, muy modesta, debía ser pobre.

—¡Era Pedrito, era Pedrito! exclamó Gerda con alegría. ¡Ya le encontré!

Y, en su contento, olvidando la fatiga, comenzó á saltar y á palmotear.

—Llevaba, continuó la corneja, á la que no se podía interrumpir fácilmente, un pequeño saco á la espalda.

—No me habláis de su trineo; con él se marchó, y debía llevarle.

—Es posible, repuso la corneja; tal vez fuese aquello su trineo y no un saco, lo cual no puedo asegurar, porque no miré de cerca. Sin embargo, lo que sé por boca de mi novia, la corneja domesticada, es que el joven, al pasar por la gran puerta del palacio, al ver los guardias con su uniforme de plata, y en las escaleras á los lacayos con sus libreas de oro, no se intimidó, al parecer, en lo más mínimo. Hizo una señal amistosa con la cabeza y dijo:

«Me molesta permanecer en la escalera esperando, y de consiguiente voy á entrar.» En efecto, penetró en las salas iluminadas, y allí, donde es-

taban los consejeros de la princesa, ostentando ricos trajes bordados, con los pies desnudos para no hacer ruido, él se adelantó con sus zapatos, que rechinaban mucho, sin que, al parecer, le importase nada.

—¡Era Pedrito, era Pedrito! gritó Gerda. Yo se que tenía zapatos nuevos, los cuales rechinaban mucho en la habitación de la abuela.

—Pues bien, continuó la corneja; el joven se dirigió valerosamente á la princesa sin vacilar. Esta última estaba sentada en una perla del tamaño de la rueda de un torno; todas las damas de la corte, con las de servicio; todos los señores con sus acompañantes, y cada cual con un lacayo pequeño, estaban alineados en la sala, y, cuanto más próximos se hallaban á la puerta, mayor era la altivez de su expresión.

—¡Oh! Eso debía ser muy imponente, dijo Gerda. Y ¿es verdad que Pedrito no se desconcertó un solo instante?

—Ni un momento: comenzó á hablar, según me ha dicho mi prometida, sirviéndose de la lengua del país, casi tan bien como lo hago yo cuando hablo con mi futura.

—¡Ah! Reconozco en eso á Pedrito, exclamó Gerda; tenía mucho talento y sabía contar mentalmente, hasta por fracciones. ¿Quieres conducirme al palacio, buena corneja?

—¡Vaya! ¡Muy pronto está dicho! contestó el ave. ¿Cómo arreglaremos eso? Yo hablaré con mi compañera, y tal vez ésta nos dé un buen consejo, pues debo decirte que no hay ejemplo de que una niña de tu edad haya entrado en el palacio.

—¡Oh! Yo entraré, contestó resueltamente la

pequeña Gerda. Apenas sepa Pedrito que he llegado, saldrá para recibirme.

—Espérame aquí, pues, dijo la corneja; volveré lo más pronto que sea posible.

Y, moviendo la cabeza, remontó el vuelo.

Hasta ya muy entrada la noche, la corneja no volvió.

—*iCra, cra, cra!* gritó. Te saludo tres veces de parte de mi novia, y he aquí un pequeño pan que he cogido para ti en la cocina, pues debes tener mucha gana. No es posible que entres en el palacio, porque los guardias con uniforme de plata, y los lacayos con librea de oro, no te dejarán nunca pasar. Sin embargo, no te aflijas, porque podrás subir á los graneros, y, una vez allí, mi compañera conoce una escalerilla secreta que conduce á la alcoba, y cuya llave sabemos dónde está. Sígueme.

Gerda siguió á la corneja, que andaba á saltitos, y así llegaron á la verja del parque de palacio; las dos hojas de la puerta estaban sujetas por una cadena; pero como esta última se había dejado algo floja, Gerda, muy pequeña, pudo pasar por la abertura.

En cuanto á la corneja, pasó por un hueco de los barrotes.

Una vez en el parque, tomaron una pequeña alameda, donde las hojas secas comenzaban á rechinar bajo los pies. Llegadas á la extremidad ocultáronse en una espesura y esperaron hasta que las luces del palacio se extinguieron una tras otra. Cuando la última se apagó, la corneja condujo á Gerda á una puertecilla oculta bajo una capa de follaje.

El corazón de la niña latía de temor y de esperanza; tan profunda era su emoción, que se hubiera dicho que trataba de hacer algún daño; pero tan sólo quería asegurarse de que el pequeño Pedro se hallaba en el palacio.

Si, debía ser él. Gerda le recordaba tal como era, con su encantadora sonrisa y sus ojos inteligentes, cuando ambos estaban sentados junto á las rosas. ¡Cómo se alegraría al verla, al oirla referir cuanto había andado para volver á encontrarle, al saber cuánto le echaban de menos y se habían afligido todos los de la casa al ver que no volvía!

Gerda se estremeció de contento de tal manera, que se hubiera creído que estaba poseída de espanto.

En aquel momento, llegaron á la escalera; sobre un armario se hallaba una pequeña lámpara, y en el primer peldaño veíase á la corneja domesticada con la cabeza vuelta para ver mejor á Gerda, que hizo una reverencia como le había enseñado su abuela.

Al fin, la corneja tomó la palabra.

—Señorita, dijo, mi prometido me ha hablado tan bien de vos, que estoy dispuesta á complacerlos. Servíos coger la lámpara que está sobre el armario, y yo iré delante. Podemos avanzar mucho sin encontrar á nadie.

—Y, sin embargo, observó Gerda, diríase que no estamos solos. ¿No veis pasar sombras por el muro? Me parece que allí hay caballos con sus jinetes y pajes, caballeros y damas, montados también; y al otro lado, una hermosa joven vestida de blanco, coronada de rosas, blancas tam-

bién, echada en un ataúd, y alrededor de ella personas que lloran.

—Son los Sueños que vienen á robar los pensamientos de los que están dormidos en el castillo, y que se los llevan hacia los placeres ó el pesar: esto es mejor, porque nos prueba que aquéllos han entrado ya.

Así, llegaron á la primera sala, cuyas paredes se hallaban revestidas de seda sonrosada con ramos de oro y de plata; los salones siguientes eran cada vez más magníficos, y había allí una riqueza que deslumbraba los ojos. Al fin, Gerda y la corneja penetraron en la alcoba: el pabellón del lecho figuraba una palmera con el follaje de esmeraldas, de cuyo tallo estaban suspendidos dos lechos en forma de lirio; el uno, el de la princesa, blanco, y el otro, el del príncipe, encarnado. Gerda subió al estrado revestido de ricas alfombras, por donde se llegaba al lecho, y, al ver una cabeza con cabellos negros y rizados, exclamó:

—¡Oh! ¡Ese es mi Pedrito!

Y comenzó á gritar:

—¡Pedro, Pedro!

El príncipe despertó y volvió la cabeza hacia la niña.

¡Pero aquél no era Pedrito!

En el mismo instante, en medio del blanco lecho, la princesa levantó la cabeza y preguntó quien era.

Entonces la niña comenzó á llorar, y entre sollozos refirió su historia, así como todo lo que las dos cornejas habían hecho en su favor.

—¡Pobre niña! exclamaron los príncipes.

Y elogiaron á las dos cornejas por cuanto habían hecho, diciendo que no se habían enojado por la visita, puesto que gracias á ella habían tenido el gusto de conocer á tan graciosa niña. Sin embargo, no debían entrar otra vez, porque acaso no fuesen tan bien recibidas. Por lo demás, la princesa estaba dispuesta á recompensar á las dos cornejas.

—¿Queréis vuestra libertad, preguntó á las dos aves, ó preferís ser consejeros de la corona, con el usufructo de toda la parte desocupada del palacio?

Las dos cornejas se inclinaron en señal de agradecimiento, rogando al príncipe y á la princesa que les proporcionasen una posición fija, porque pensaban en la vejez, puesto que el macho tenía ya ciento cincuenta años y la hembra ciento cuarenta.

—Si vivimos trescientos años, decían, que es la edad ordinaria de las cornejas, bueno es tener alguna cosa segura para nuestra vejez.

Se convino, por lo tanto, en que las dos cornejas formaran parte del consejo de Estado desde el día siguiente.

Entretanto, como no sabían dónde acostar á la pequeña Gerda, y atendido que el príncipe quería cederle su lecho, la princesa permitió que se acostase á su lado, dióle las buenas noches y la besó, única cosa que podía hacer.

Gerda unió sus dos manitas, rezó la oración de costumbre, y durmióse, murmurando:

—¡Oh! ¡Qué buenos son los hombres y los animales en este mundo!

Entonces los Sueños, que acababan de entrar,

en busca de Gerda, comenzaron á jugar alrededor del lecho; tiraban de un pequeño trineo en el cual iba sentado Pedrito, que le hacía señales con la cabeza; pero todo esto no pasaba de ser un sueño, y, de consiguiente, todo había desaparecido.

Al día siguiente, la princesa vistió á la niña de terciopelo y seda de pies á cabeza, y quiso ponerle en los pies unas preciosas zapatillas de paño de oro, con flores de color de cereza; pero Gerda dijo que había hecho voto de llevar sus zapatos encarnados para buscar á Pedrito, y que no podía usar otros.

La princesa quiso nombrarla dama de honor, señalándole una magnífica habitación en el castillo; pero Gerda rehusó, rogando que le diesen tan sólo un cochecito, con un caballo pequeño, pues deseaba seguir buscando á su querido amigo.

Como quería marchar al punto, la princesa dió sus órdenes, y poco después se detuvo á la puerta una pequeña carroza dorada con dos caballos y el postillón. En las portezuelas brillaban como estrellas las armas del príncipe y de la princesa. Estos últimos colocaron por sí mismos á Gerda en el coche, deseándole toda especie de felicidades; y la corneja de los bosques, que aquella misma mañana se había casado con su prometida, la acompañó en las tres primeras millas, sentada junto á la niña. En cuanto á la otra, se había quedado á la puerta del palacio, diciendo que le aquejaba una fuerte jaqueca, debida, sin duda, á que comía demasiado desde que ocupaba una buena posición.

Las cornejas, y hasta los cuervos que en otro tiempo las conocieron, pretendían, no sin razón, que los honores habían trastornado el seso á los recién casados.

El interior de la carroza estaba atestado de confites, y en la caja del pescante había frutas y bizcochos.

—¡Adiós, y buen viaje! exclamaron el príncipe y la princesa, enjugando cada cual una lágrima.

La pequeña Gerda lloraba también, y hasta la corneja abría el pico repetidas veces, porque tenía oprimido el corazón.

Así recorrieron las tres primeras millas; entonces la corneja se despidió á su vez, y ésta fué para Gerda la despedida más penosa.

En cuanto á la corneja, volò hasta la copa del árbol más alto, y allí estuvo batiendo las alas mientras viò la carroza, que brillaba á los rayos del sol.

VI

LA HIJA DE LOS LADRONES

Cuando la noche llegó, Gerda se hallaba á la entrada de un bosque sombrío, que parecía tanto más oscuro cuanto que el día declinaba.

El postillón se apeó para encender los faroles; de modo que la luz se reflejó en la carroza dorada.

Al verla brillar así, unos ladrones que estaban ocultos en el bosque se dijeron:

—¡La cosa no es posible, porque la carroza es de oro macizo!

Y se precipitaron sobre aquélla, detuvieron los caballos, mataron al postillón y sacaron del coche á la pequeña Gerda, muy espantada.

—Es muy linda, es muy graciosa y está gordita, dijo la mujer del jefe de los ladrones, que tenía una larga barba gris y cejas que le cubrían casi los ojos.

Llevaba en hombros á su hija, que tendría poco más ó menos la misma edad de Gerda.

Y como no solamente era ladrona, sino también aficionada á la carne humana, tocó los brazos y los costados de Gerda, añadiendo:

—¡Buen bocado será una ovejita tan gorda!

Y desenvainó un largo cuchillo, que brillaba de un modo siniestro.

—¡Ay! exclamó la vieja en el mismo instante.

Su hija, que llevaba á la espalda, acababa de morderle la oreja, hasta hacer saltar la sangre.

—¡Mala víbora! exclamó la madre. ¡No en balde habías de ser hija mía!

—No quiero que la maten, dijo la hija de los ladrones; jugará conmigo, me dará sus ricos trajes y sus zapatitos encarnados, y las dos dormiremos juntas.

—No, contestó la vieja; la guardo para guisarla á mi gusto.

Mas, apenas hubo pronunciado estas palabras, su hija la mordió en la otra oreja, de tal modo que la hizo saltar de dolor.

Y todos los ladrones se reían y burlaban de la madre.

—¡Quiero entrar en el coche! gritó la niña.

Y fué preciso acceder á su voluntad, porque no consentía en que le rehusasen nada.

—Bueno, dijo después; ahora quiero que pongan á la viajera junto á mí.

Y se hubo de poner á Gerda á su lado.

Esta última y la hija de los ladrones se hallaban, pues, sentadas en el coche, que rodaba sobre los fosos y las raíces de los árboles, internándose en la profundidad de los bosques.

La hija de los ladrones, como ya hemos dicho, tenía la edad de Gerda; era poco más ó menos de la misma estatura, pero más ancha de hombros; tenía los ojos rasgados y negros, y la boca grande, pero agraciada, á causa de sus dientes, muy blancos y agudos.

En aquel momento parecía estar triste.

Cogió á Gerda por la cintura y le dijo:

—No tengas cuidado. Mientras yo no me enfade contra ti, no te matarán. Tú debes ser, por lo menos, una princesa...

—No, contestó Gerda; no soy más que una pobre niña, y solamente por casualidad me hallaba en ese hermoso coche.

Y le refirió toda su historia, diciendo cuánto amaba á Pedrito.

Cuando Gerda hubo terminado, la hija de los ladrones enjugó las lágrimas que corrían de sus ojos, diciendo:

—¡Ya veremos, ya veremos!

La carroza se detuvo: las dos niñas habían llegado al centro del patio del castillo de los ladrones, gran edificio agrietado de arriba abajo; los cuervos y las cornejas pasaban y repasaban

por las aberturas; pero estas aves eran salvajes, y en nada se parecían á las cornejas del príncipe y de la princesa. Además de esto, de todos los ángulos del patio salían silenciosamente grandes perros dogos, cada uno de los cuales hubiera podido devorar un hombre; pero á todos les habían cortado la lengua por temor de que ladrasen, descubriendo así la guarida de los ladrones.

—¿Has comido alguna vez lenguas de perro á las finas hierbas? preguntó la hija de los ladrones á Gerda.

—Jamás, contestó la niña, haciendo un ademán de repugnancia.

—Pues mira, repuso la otra; es un manjar muy delicado.

Poco después entraron en el castillo.

En medio de una gran sala baja, con el suelo embaldosado, ardía un gran fuego; el humo llegaba hasta el techo, saliendo después por donde podía; y en una olla enorme hervía la sopa; mientras que en tres asadores se hallaban atravesados algunos cuartos de jabalí, un pequeño corzo entero, diez ó doce liebres y quince ó veinte conejos.

Era la cena de los ladrones.

—Esta noche dormirás conmigo en mi lecho, dijo la hija de aquéllos.

La vieja dió de comer y beber á las dos niñas, y éstas se retiraron después á un rincón donde había paja y alfombras.

Era el lecho de la pequeña.

Sobre el mismo veíase un centenar de palomas, que la hija de los ladrones cebaba para comérselas después sin compasión, por más que

las conociese y acariciase mucho. Las palomas parecían dormir todas; pero se movieron un poco al acostarse las dos niñas.

—Ahora, dijo la hija de los ladrones, voy á enseñarte mi montura acostumbrada.

Y dió un golpecito en una especie de pequeño cercado de tablas, con puertas de enrejado de alambre.

Gerda esperaba ver salir un caballito, una jaquita ó un burro pequeño; pero vió de pronto un animal que no conocía, semejante á un ciervo, sólo que sus astas eran proporcionalmente más grandes y de distinta forma.

—¡Oh! ¡Qué extraño animal! exclamó Gerda. ¿Cómo se llama?

—Es un rengífero ó un reno, contestó la pequeña; viene de un país donde no hay caballos, y cuyos habitantes los enganchan á sus trineos, y es preciso tenerle siempre encadenado, pues, á no hacerlo así, huiría al reino de las nieves; pero cada noche le hago cosquillas en la garganta con mi cuchillo; y como se le ha advertido que á su primer tentativa de fuga le cortaré el cuello para beber su sangre caliente, está bastante quieto.

Y la hija de los ladrones sacó de una grieta de la pared, donde estaba como en una especie de vaina, un largo cuchillo, cuya hoja pasó suavemente sobre el cuello del reno: el pobre animal tembló al punto de pies á cabeza; pero la pequeña no hacía más que reír de su terror.

Después se echó definitivamente con Gerda.

—Y ¿te acuestas con ese largo cuchillo á tu lado? preguntó la niña, fijando una mirada inquieta en el arma.

—Siempre, contestó la hija de los ladrones; nadie sabe lo que puede suceder.

Al decir esto, pasó su brazo alrededor de la cintura de Gerda, y, teniendo en la otra mano su cuchillo, durmióse y comenzó á roncar con tal fuerza, que se la hubiera podido oír desde el patio.

Pero la pobre Gerda no podía dormir, y preguntó á dos palomas que se acariciaban:

—¿No habéis visto por casualidad á Pedrito y su trineo?

Las aves arrullaron un poco, contestando después:

—Sí, le hemos visto.

—¡Oh! Pues entonces, queridas palomas, dijo Gerda, uniendo las manos como para implorar, decidme qué hacía y dónde iba.

—Estaba sentado en el trineo de la Reina de las Nieves, que pasaba muy cerca de nosotros sobre el bosque, mientras nos hallábamos aún en nuestro nido. La Reina de las Nieves sopló á varias de nuestras compañeras, y todas murieron, excepto nosotras dos, añadió la paloma, señalando á su pareja.

—Y ¿dónde iba la Reina de las Nieves? preguntó Gerda.

—Probablemente á Laponia, donde siempre hay nieve y hielo. Su pequeño trineo, al que iba enganchada una gallina blanca, seguía al grande.

—Y ¿á quien debo preguntar para asegurarme de que iba á Laponia? preguntó Gerda.

—Al reno, contestaron las palomas, porque es de aquel país. *¡Kurru, kurru, kurrukul!*

—Allí donde hay siempre nieve y hielo, dijo el reno, suspirando, antes que le preguntasen; allí hace un tiempo magnífico; allí se salta alegre y libre en los grandes valles brillantes; y allí la Reina de las Nieves ha levantado su tienda de estío; pero su palacio de invierno está muy cerca del Polo, en una isla de hielo llamada el Spitzberg.

—¡Oh Pedrito! ¡Pobre Pedrito! suspiró Gerda. ¡Qué frío debes tener!

—Estate quieta, dijo la hija de los ladrones, y no hables ni te muevas tanto, ó te haré estar tranquila de una vez, sepultando mi cuchillo en tu corazón.

Gerda tuvo mucho miedo y se calló, permaneciendo inmóvil.

Por la mañana, la hija de los ladrones preguntó á la niña:

—¿Qué decías esta noche á mis palomas y á mí rengífero?

Gerda refirió entonces que las palomas habían visto pasar á Pedrito en su trineo, con la Reina de las Nieves, que se le llevaba á Laponia.

La pequeña quedó pensativa, y, moviendo después la cabeza, contestó:

—No importa.

Y, volviéndose hacia el reno, le preguntó:

—¿Sabes dónde está el país de Laponia?

—¿Quién podría saberlo mejor que yo, puesto que soy de allí? contestó el animal. Nací en aquel país, y saltaba á través de sus campos de nieve.

Y sus ojos brillaban como si volviese á ver su patria.

—Escucha, dijo la hija de los ladrones á Gerda; ya ves que toda nuestra gente ha marchado á una expedición. Aquí no ha quedado más que mi madre para cuidarse de la cocina; pero al mediodía se bebe seis botellas de vino y se queda dormida. Apenas cierre los ojos, yo haré alguna cosa por ti.

Gerda esperó impaciente dicha hora, y según había dicho la hija de los ladrones, la vieja vació de un trago su bota, de seis botellas de cabida.

Entonces la hija de los ladrones se dirigió hacia el reno y le dijo:

—Aun podría recrearme largo tiempo pasándote mi cuchillo por el cuello, porque te espantas de tal modo que me haces morir de risa; pero no importa: voy á dejarte en libertad para que vuelvas á Laponia; pero á condición de que llesves esta niña al castillo de la Reina de las Nieves, donde está su amiguito.

El animal dió un salto de alegría.

—¿Te comprometes á ello formalmente?

—A fe de rengífero. La dejaré en el patio mismo del castillo.

La hija de los ladrones colocó un cojinete sobre el dorso del animal, sentó sobre él á la pequeña Gerda, sujetándola con correas, cubrió sus pies con unas botinas de piel de conejo, sobre sus zapatitos encarnados, y en las manos unos guantes del mismo pelo, pertenecientes á su madre, tan grandes que los brazos de Gerda se introdujeron hasta el codo. Después le dió el beso de despedida.

Gerda derramaba lágrimas de alegría.

—¡Ah! No puedo sufrir que llores de tal modo, le dijo la hija de los ladrones. Ahora deberías estar contenta, puesto que vas á ver á tu amigo. Toma, añadió; aquí tienes dos panes y un jamón, para que no te mueras de hambre.

Y sujetó dichos objetos en el dorso del animal.

Después salió primero, ató á los dogos en sus perreras, reunióse con la niña, y, cortando con su cuchillo la cuerda del reno, le dijo:

—Ya puedes marchar ahora, pero cuidado con la niña.

Gerda extendió las manos hacia la hija de los ladrones en señal de despedida, y el rengífero, saliendo del patio, y después del castillo, precipitóse á través de los bosques. Apenas se le hubiera podido seguir con la vista; cruzaba los valles, los ríos y las estepas como si hubiera tenido alas; los lobos aullaban detrás de él, los cuervos graznaban sobre su cabeza; pero el reno volaba más bien que corría, y parecía que sus ojos brotaban fuego.

—¡Ah! He ahí mis estrellas del Polo, exclamó el animal. ¡Mira cómo brillan!

Y, al verlas, redoblaba su celeridad.

Y corrió así ocho días y ocho noches, y los dos panes desaparecieron, así como el jamón.

¡Pero habían llegado á Laponia!

VII

LA LAPONA Y LA FINLANDESA

El rengífero no se detuvo hasta llegar á una casita, ó mejor dicho una cabaña, pero tan pobre y pequeña, que era triste de ver; el techo tocaba casi la tierra, y la puerta era tan baja, que para entrar ó salir se hacía necesario arrastrarse por el suelo.

En la cabaña había una vieja lapona que hacía hervir pescado á la luz de una lámpara alimentada con aceite de ballena.

La mujer estaba sola en aquel momento.

El rengífero refirió la historia de Gerda, sin olvidar la suya propia, que le parecía también muy interesante; y en cuanto á la niña, estaba tan aterida de frío que no la era posible hablar.

—¡Ah! ¡Pobres criaturas! exclamó la lapona, confundiendo á la niña y al animal bajo la misma denominación. Aun tenéis mucho que correr. Os será preciso franquear al menos trescientas millas por la Finlandia, que es donde habita la Reina de las Nieves. Voy á trazar dos palabras en un arenque muy seco, pues no tengo tinta, ni pluma ni papel, y le entregaréis á una hechicera de aquel país, amiga mía, la cual podrá informaros mejor que yo.

Al decir esto, cogió su cuchillo por la hoja, y con la punta trazó dos palabras en el arenque seco.

Después, cuando la niña Gerda se hubo ca-

lentado, y comido y bebido, la buena mujer la sujetó en su montura, que partió al punto. El rengífero corrió toda la noche á la luz de una de esas auroras boreales que comunican al cielo el verdadero color de las llamas.

Por último, hacia la mañana llegaron á Finlandia; y como se habían dado al reno todas las señas necesarias para no equivocarse, el animal se detuvo precisamente delante de la cabaña de la hechicera.

Llamaron á la puerta; la finlandesa abrió, é hizo entrar al rengífero y á la niña, que le entregó el arenque de la lapona. La hechicera leyó tres veces las dos palabras escritas, y, después de grabarlas bien en su memoria, puso el arenque sobre las brasas, pues era una mujer muy económica, que no dejaba perder nada.

Después se ocupó de la pequeña Gerda, retiróla de su montura; y como en la cabaña hacía un calor espantoso, le quitó sus guantes y sus botas de pieles.

Después preguntó á la niña y al rengífero, tan eficazmente recomendados por su amiga, quiénes eran.

Entonces el animal refirió primeramente su historia, como lo había hecho en casa de la lapona y después la de la niña. La finlandesa, escuchando con atención, guiñaba su ojo inteligente, pero no decía nada.

—Ya sé que eres hechicera, dijo el rengífero, y tan sabia, que puedes atar los cuatro vientos con el mismo hilo. Si el piloto hábil deshace un nudo, tendrá céfiro; si deshace otro, se producirá céfiro y viento norte; y si comete la impru-

dencia de deshacer los otros dos, soplará el aquilón, es decir, el huracán completo, la tempestad con todas sus reglas. ¿No quieres tú hacer alguna cosa en favor de la niña Gerda, como, por ejemplo, darle una bebida que le comunique la fuerza de doce hombres, y un aliento más poderoso que el de la Reina de las Nieves?

—¿Para qué? preguntó la finlandesa.

—Para que la pequeña Gerda pueda librar á su amigo Pedrito, que está en manos de aquella reina.

—En primer lugar es preciso saber si está realmente con ella.

—Pero ¿cómo sabréis eso? preguntó Gerda.

—Por el poder de mi arte, contestó la finlandesa.

Al decir esto, la maga rodeó al rengífero y á la niña con un círculo trazado por su varilla; después dirigióse hacia una tabla, tomó en ella una piel arrollada, muy grande, y la desarrolló.

Estaba cubierta de caracteres extraños; pero la finlandesa leyó y leyó, tanto y tan largo tiempo, y con tal afán, que el sudor bañaba su frente y llegó á regar el suelo.

Después penetró en el círculo en que había encerrado al rengífero y á Gerda, é, inclinándose hacia el oído del animal, le dijo:

—Pedrito está, efectivamente, en poder de la Reina de las Nieves, donde lo encuentra todo á su gusto y se figura que habita en el lugar más encantador del mundo; pero esto proviene de habersele introducido en el ojo un pedacito del espejo del diablo, que ha penetrado hasta su corazón. Ante todo, es preciso que el pedacito de

cristal salga del sitio donde se halla, y, sin esto, la Reina de las Nieves conservará eternamente su imperio sobre Pedrito.

—Pero ¿no podrías dar tú á Gerda algún talismán, dijo el rengífero, que le permita adquirir imperio sobre la Reina de las Nieves y Pedrito?

—Yo no podría, contestó la hechicera, darle mayor poder que él que ya tiene. ¿No observas cuán grande es? ¿No ves cómo la obedecen hombres y animales, y cómo con unos simples zapatitos rojos ha recorrido ya tanto camino como el Judío errante? No somos nosotros los que podemos obtener ese poder: lo recibe de Dios, está en su corazón, y consiste en que es una niña dulce y piadosa. Si no puede penetrar por sí propia en la morada de la Reina de las Nieves, y sacar ella misma el cristal del corazón de Pedro, nosotros no sabríamos qué hacer. Ahora bien: á dos millas de aquí comienza el jardín de la Reina de las Nieves. Conduce á ese sitio á la niña, déjala junto á un gran arbusto cargado de bayas rojas, y no te entretengas á charlar con ella: debes volver aquí á toda prisa.

Y la finlandesa dejó á Gerda sobre el rengífero, que comenzó á correr cuanto le era posible.

—¡Oh! exclamó la niña apenas estuvo fuera, y cuando sintió la impresión del frío. No llevo mis guantes ni mis botinas de piel: tan sólo tengo mis pobres zapatos rojos, rotos ya, y cuyas suelas se caen. ¡Detente, buen rengífero, detente!

Pero el animal había recibido sus instrucciones; no se aventuró á detenerse ni á volver á casa de la finlandesa, y corrió hasta llegar al arbusto de bayas rojas, donde, apenas hubo depositado

á Gerda, lamió sus dos mejillas y volvióse corriendo, no sin derramar copiosas lágrimas.

Y la pobre niña quedó allí, sin guantes, con sus zapatos gastados, en la extremidad de Finlandia, en medio de los hielos inexorables y de las nieves terribles.

Gerda siguió avanzando todo lo deprisa que pudo; pero de repente llegó un ejército de copos de nieve, disponiéndose no solamente á cerrarle el paso, sino á rodearla para que sucumbiese; pero había una cosa extraordinaria, y era que aquellos copos no caían del cielo, puro y brillante de estrellas en aquel instante, aunque en otras partes debía brillar el sol, sino que andaban, ó, más bien, rodaban por el suelo, siendo más voluminosos á cada momento: hubiérase dicho que tomaban formas espantosas, conservándose blancos y helados. Estas formas eran extravagantes: las unas parecían de puercos espines; las otras, de serpientes de varias cabezas, y las demás, de osos, perros y lobos: era la vanguardia de la Reina de las Nieves; eran copos vivos de la misma!

Entonces la niña, viéndose en peligro de ser devorada por todos aquellos monstruos, de los que jamás había oído hablar nunca, y de cuya existencia ni siquiera tenía idea, comenzó á rezar su *Padrenuestro*. Y el frío era tan grande que, á medida que pronunciaba las palabras, podía ver su propio aliento salir de la boca como vapor; pero poco á poco hízose más denso, y, con gran asombro de la niña, vióle descomponerse en una infinidad de angelitos, que se agrandaban á medida que iban tocando la tierra, llevando

todos un casco en la cabeza, una lanza en la mano izquierda, y el escudo en la derecha: estos objetos eran de oro puro, y el número de ángeles aumentaba siempre á medida que Gerda progresaba en su oración: cuando ésta hubo terminado, vióse rodeada de una multitud.

Entonces los ángeles se oprimieron alrededor de la niña y golpeaban con sus lanzas de oro los espantosos copos, que, apenas tocados por las armas divinas, deshacíanse y se disolvían. Al ver esto, Gerda recobró valor y adelantóse, rodeada de sus ángeles, que acariciaban y calentaban con la punta de sus alas sus manos y sus pies.

Muy pronto divisó una mole blanca, y supuso que aquél era el palacio de la Reina de las Nieves.

Mas en este momento debemos abandonar á la niña, por la que nada se debe temer ya, y ver lo que hacía Pedrito. Tal vez pensaba en su amiguita; pero seguramente no sospechaba que estuviese tan cerca de él.

VIII

EL CASTILLO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y LO QUE SUCEDIÓ ALLÍ

Los muros del castillo estaban formados por la nieve que lo cubre todo, y las puertas y ventanas por el viento que corta; contenía más de cien salas, todas ellas de nieve, la cual caía como una cortina blanca, pero sin consolidarse nunca.

La más grandiosa de estas salas media por sí sola más de tres millas, y todas estaban iluminadas por la blanca luz del Norte; todas eran tan grandes, tan solitarias, tan blancas y glaciales, que parecían mortalmente tristes. Jamás había en aquel palacio placer alguno ni la menor animación, ni tampoco esos bailes donde las mujeres de los osos blancos pudieran balancearse, ostentando sus gracias naturales, mientras que la tempestad hubiera servido de orquesta. Jamás se veía allí reunión alguna, ni se hacían invitaciones, para tomar el té ó el café, á las hijas de los zorros azules y de las martas. No: las salas de la Reina de las Nieves estaban eternamente desiertas y tranquilas. En la más grande de aquellas salas interminables había un lago helado, en medio del cual elevábase un trono de hielo, que la Reina de las Nieves ocupaba cuando permanecía en casa, pretendiendo entonces estar sentada sobre el espejo del espíritu, el más grande y mejor que pudiese haber en el mundo.

Pedrito estaba completamente amoratado por el frío; pero no lo echaba de ver, porque la Reina de las Nieves había desviado de él todo temor al hielo, á fuerza de besos, y porque, gracias al pedacito de espejo que penetró en su corazón, se asemejaba á un témpano. Pasaba la vida reuniendo fragmentos de aquél, en los cuales había letras, como las que se hacen en un juego que conocéis bien, es decir, en un rompecabezas chino, á fin de formar una figura ó una palabra; mas el muchacho no conseguía nunca formar la que deseaba, que era la de un sol, ni tampoco podía

escribir la palabra *eternidad*, que era la que buscaba, pues la Reina de las Nieves le había dicho:

—Cuando de todos esos hielos que tienen cada cual una forma diferente, y que llevan cada uno su letra, hayas formado un sol en cuyo centro se lea la palabra *eternidad*, volverás á ser dueño de ti, y te daré el mundo entero con un par de patines nuevos.

Pero Pedrito no conseguía formar su sol, ni escribir la palabra *eternidad*.

Entretanto, formaba las figuras más extravagantes é incoherentes, que le parecían magníficas, y que le distraían, sin echar de ver que el tiempo pasaba.

Cierta día, la Reina de las Nieves le dijo:

—Voy á marchar á los países cálidos, pues quiero ver lo que sucede en el fondo de las ollas negras que el fuego eterno hace hervir (así era como la Reina de las Nieves llamaba al Etna, al Vesubio, el Strómboli y los demás volcanes); voy á blanquearlas un poco, y esto será bueno para los limones y las uvas.

La Reina de las Nieves remontó el vuelo, y Pedrito quedó solo, reuniendo sus fragmentos de hielo en la gran sala desierta y helada. De repente, alguna cosa crujió dentro de él, y permaneció rígido é inmóvil, de tal modo que se le hubiera podido creer helado.

Precisamente en aquel momento, Gerda entraba en el castillo. La puerta grande estaba cerrada por la fuerza del viento; pero la niña rezó un *Avemaría*, y el viento cesó de pronto. Entonces, cruzando el patio, donde quedaron

los restos de sus míseros zapatitos rojos, penetró en las grandes salas desiertas y frías, llegando, al fin, á la del lago helado, donde Pedrito se hallaba.

Desde la puerta le reconoció, y, corriendo hacia él, estrechóle entre sus brazos, exclamando:

—¡Pedrito, mi querido Pedrito! ¡Al fin, te encontré!

Pero el muchacho continuó impasible, rígido y frío.

La niña Gerda comenzó á llorar, y así como una vez ya, hallándose en casa de la hada de las flores, sus lágrimas penetraron en la tierra é hicieron brotar rosales, así ahora llegaron hasta el fondo del pecho de Pedrito y derritieron su corazón.

Aun no hablaba; pero miraba ya á la niña con ojos que se animaban cada vez más.

Entonces Gerda entonó la canción que ellos cantaban en otro tiempo junto á la ventana cuando se acercaba Navidad.

Las rosas se marchitan
y caen al suelo:
al niño Jesús
pronto veremos.

Entonces Pedrito recobró del todo la sensibilidad. Se deshizo en lágrimas y lloró tanto, tanto, tanto que la bolita de vidrio que tenía en el corazón le salió por el ojo con una lágrima más gruesa que las otras.

Al punto reconoció á Gerda, y, en un arranque

de alegría que no sentía hacía mucho tiempo, exclamó:

—Gerda, mi buena Gerda: ¿dónde has estado tanto tiempo?

Olvidaba que era él *quien había estado* y no Gerda.

Y miraba á todos lados con asombro.

—¡Qué frío hace aquí! siguió diciendo. ¡Qué grande es esto y que vacío está!

Y se agarraba á Gerda, que lloraba de alegría, sonriendo: tanto era el miedo que tenía de que al niña se fuese, dejándole abandonado en el palacio de la Reina de las Nieves.

Y su satisfacción, mezclada con su temor, era tan dulce y tan conmovedora, que los témpanos se pusieron á bailar de contento y las paredes de nieve á llorar de alegría.

Mientras tanto, los fragmentos de hielo, con los que Pedro había jugado tanto tiempo, se agitaban, por su parte, y al agitarse acabaron por formar un sol, en medio del cual estaba escrita la palabra *eternidad*.

En el mismo instante se abrieron todas las puertas del palacio. Cada puerta, por la cual debían pasar Gerda y Pedro, estaba guardada por dos ángeles.

Gerda besó las mejillas del muchacho, las cuales, de azules que eran, se volvieron encarnadas.

Ella bajó los ojos, los cuales se pusieron tan brillantes como los de él.

Luego la niña le besó las manos y los pies, y desapareció la inmovilidad que los tenía encadenados.

Ahora la Reina de las Nieves podía regresar si quería: el sol de hielo brillaba en tierra, y en medio del sol la palabra *eternidad*.

Entonces los niños se cogieron de la mano, salieron del castillo escoltados por los ángeles y hablando de la abuela y de las rosas que florecían en la ventana, y, por dondequiera que pasaban, los vientos callaban y el sol brillaba.

Cuando llegaron al arbusto de frutos encarnados, vieron al reno que los aguardaba.

Iba acompañado de su hembra, cuyas mamas estaban llenas de leche. Los dos niños bebiéron de ella y se sintieron muy reanimados.

Entonces, como Gerda y el pequeño Pedro no necesitaban ya á los ángeles, éstos se despidieron de los dos niños diciéndoles que algún día se volverían á ver en el cielo; y desaparecieron dejando el aire tibio y perfumado.

Gerda montó en un reno y Pedrito en el otro, y los dos animales se pusieron á galopar hasta que llegaron á la cabaña de la finlandesa, donde se calentaron y donde Gerda, que iba descalza por haber destrozado sus zapatos rojos yendo en busca de Pedro, encontró sus botinas y sus guantes de pelo.

Allí se había quedado el pequeño trineo de Pedrito.

Los renos se engancharon á él, y los dos niños tomaron asiento, muy juntitos para calentarse el uno al otro. La finlandesa los arropó con una piel de oso blanco, y los dos renos echaron á correr en dirección á la choza de la lapona.

Durante su ausencia, la buena mujer les

había hecho pellizas de piel de zorro azul, de las que tenían gran necesidad, porque las ropas de ambos niños estaban tan destrozadas como los zapatos rojos de la pequeña Gerda.

Sólo se detuvieron el tiempo necesario para tomar un bocado y ponerse sus pellizas, y partieron dando gracias de todo corazón á la buena mujer.

A los tres días estaban en la frontera de las Nieves; allí empezaban á brotar del suelo los primeros musgos y los primeros líquenes.

Entonces se alejaron de ellos los rengíferos.

La separación fué triste, y se lloró mucho por una y otra parte; pero los renos no se atrevían á aventurarse por un país que no fuera el suyo. El que tenía leche habría ido más lejos; pero el que había estado preso retuvo á su compañera diciéndole cuánto había sufrido durante su cautiverio.

Los dos niños se vieron obligados á abandonar el trineo del pequeño Pedro y prosiguieron el viaje cogidos de la mano. Poco á poco, á los musgos y á los líquenes sucedieron los brezos y rododendros; luego á los brezos y rododendros, zarzas y espinos; á las zarzas y espinos, abetos achaparrados, después otros más hermosos, luego verdes robles, y, por fin, oyeron cantar á los pajarillos; encontraron las primeras flores y divisaron, por último, un gran bosque de hayas y castaños.

De aquel bosque salió, montada en un magnífico caballo, que Gerda reconoció al punto por uno de los dos que habían sido enganchados á su carroza dorada, una linda joven que llevaba

en la cabeza un gorro de color de escarlata y en la cintura dos pistolas.

Era la hija de los ladrones.

Gerda la conoció, y ella conoció á Gerda. Ambas corrieron á encontrarse y se abrazaron tiernamente.

La arrogante amazona se había cansado de la vida que llevaba en el castillo del bosque, y, apoderándose de una gruesa suma de oro en la guarida de los ladrones, se llenó de él los bolsillos, sacó uno de los dos caballos dados por la princesa á Gerda, montó en él y partió.

Los dos jóvenes tuvieron una gran alegría.

—¿Quién es ese niño? preguntó la hija de los ladrones designando á Pedro.

Gerda le contestó que era el compañero que buscaba con tanta ansiedad cuando la detuvieron los ladrones.

Entonces, volviéndose á Pedro, le dijo:

—Eres un viajero animoso, y desearía saber si en realidad mereces que se te vaya á buscar al fin del mundo.

Gerda le dió un golpecito en la mejilla, y le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Están viajando por el extranjero, contestó la hija de los ladrones.

—¿Y las cornejas? preguntó Gerda.

—La corneja silvestre ha muerto de indigestión; de suerte que la corneja domesticada se ha quedado viuda. Lleva una gasa en la pata izquierda y se lamenta horriblemente. Esto es todo lo que sé. Ahora cuéntame á tu vez lo que ha sucedido y cómo has encontrado á tu fugitivo.

Gerda y Pedrito se lo contaron todo.

—Corriente, contestó, todo va bien. Regresad á la ciudad, y si alguna vez paso por ella iré á haceros una visita.

Y, después de abrazarlos sin apearse, echó su caballo á galope y desapareció.

Pedro y Gerda prosiguieron su marcha, cogidos como siempre de la mano, y después de cruzar por países cubiertos de verdor y de flores que les hicieron olvidar aquella horrible Laponia, tan encomiada por los rusos, oyeron el sonido de las campanas y, al fin, divisaron en el horizonte la gran ciudad en que habían nacido.

El pequeño Pedro conoció aún la puerta por donde había salido, las calles por que había pasado, y, por último, llegaron al umbral de sus dos casas.

Subieron la escalera de la de Gerda y entraron en el cuarto de la abuela. Todo estaba allí en el mismo sitio. El reloj hacía tic, tac, y señalaba la hora; pero al ponerse enfrente del espejo advirtieron que Pedrito se había vuelto un gallardo mancebo y Gerda una hermosa doncella. Las rosas seguían floreciendo en sus cajones, y junto á la ventana se veían aún sus sillitas de niños.

Pedro y Gerda se sentaron en ellas. Habían olvidado el pasado como se olvida un mal sueño, y les parecía que jamás habían salido de aquella casa.

En aquel momento, la anciana abuela volvía de misa, llevando en la mano su libro de oraciones. Saludó al apuesto joven y á la linda muchacha; y como no los conoció á causa de lo cambiados que estaban, les preguntó quiénes eran.

Entonces ellos entonaron un cántico que la vieja les había enseñado en otro tiempo.

Las rosas se marchitan
y caen al suelo:
al niño Jesús
pronto veremos.

La abuela dió un grito de alegría: en el apuesto joven y en la linda muchacha había conocido á Pedrito y Gerda.

Un mes después, las campanas, cuyos tañidos pudieron reconocer antes de ver la ciudad, anunciaban su boda.

Diez meses después, las mismas campanas tocaban por el bautizo de dos preciosos gemelos, uno de los cuales se llamó Pedro, como su padre, y la otra Gerda, como su madre.



LOS DOS HERMANOS



I

Éranse una vez dos hermanos, uno rico y otro pobre.

El rico era platero y tenía el corazón tan duro como la piedra con que tocaba el oro.

El pobre se ganaba la vida haciendo escobas, y era bueno y honrado.

El pobre tenía dos hijos varones; el rico no tenía ninguno.

Estos dos hijos eran gemelos y se parecían tanto que, en su infancia, sus padres hubieron de hacerles una señal para conocerlos.

Iban y venían á menudo á la casa del rico, y á veces recogían algunas sobras de su mesa.

Aconteció, pues, que, yendo el pobre un día al bosque á cortar leña, divisó un ave de oro tan

hermosa que jamás había visto nada parecido. Cogió una piedra, se la tiró y dió en el ave.

Pero como sólo tocó la punta del ala, en el momento en que el ave la extendía para remon-
tarse, no cayó sino una pluma; pero esta pluma
era de oro.

El pobre fabricante de escobas la cogió y se la
llevó á su hermano, que la examinó, la ensayó
con la piedra de toque y dijo:

—Es de oro puro, sin ninguna mezcla.

Y le dió mucho dinero por su pluma.

Al otro día, el pobre trepó á un abedul para
cortar algunas ramas. Pero de pronto la misma
ave que había visto la vispera echó á volar por
segunda vez.

Entonces reconoció cuidadosamente el árbol,
y encontró su nido, en el cual había un huevo,
que era de oro, como el ave.

Llevóse este huevo á casa y se lo enseñó á su
hermano, que le dijo de nuevo:

—Es de oro puro, sin ninguna mezcla.

Y le dió escrupulosamente su valor, pero aña-
diendo:

—Quisiera tener el ave: te la pagaré muy bien.

El pobre volvió al otro día al bosque y vió el
ave posada en un árbol.

Cogió una piedra, la apuntó cuidadosamente,
la alcanzó, y aquella vez la mató.

El ave cayó al suelo.

El pobre fabricante de escobas la cogió y se la
llevó á su hermano.

—Toma, le dijo; aquí tienes el ave que me
has pedido.

El platero le dió veinte monedas de oro.

El pobre escobero se marchó muy contento á su casa, pues tenía con que vivir por espacio de un año. Así fué que durante este tiempo no hizo una escoba.

El platero era hombre instruído y astuto, y conocía la leyenda del ave de oro.

Llamó á su mujer y le dijo:

—Asa el ave de oro y ten mucho cuidado de que no se pierda nada de ella. Tengo muchas ganas de comerla yo solo toda entera.

Como podréis suponer, queridos niños, el ave no era un pájaro ordinario, y el que se comiera su hígado y su corazón podía tener la seguridad de encontrar todas las mañanas, al despertarse, dos monedas de oro debajo de la almohada.

La mujer arregló el ave convenientemente, la ensartó en el asador y la puso á asar.

Pero sucedió que, mientras el ave se asaba, la mujer tuvo que salir para una diligencia precisa, y los dos hijos del pobre escobero llegaron á casa de su tío, entraron en la cocina, y, temiendo que el ave se quemara, dieron unas cuantas vueltas al asador.

Durante una de ellas cayeron dos pedazos del ave en la cazuela de la grasa.

—Bueno, dijo el mayor al menor; todo lo que cae en el foso es para el soldado.

Entonces cada uno de los dos niños cogió un pedazo y se lo comió.

En esto la mujer volvió y los vió comer alguna cosa.

—¿Qué habéis comido? les preguntó.

—Dos pedazos que han caído de dentro del pájaro, le contestaron.

—¡Es el corazón y el hígado! exclamó la mujer, muy asustada.

Y, para que su marido no adivinara nada, mató en seguida una paloma, y, sacándole el corazón y el hígado, los metió en el ave de oro.

Tan luego como estuvo asada, se la sirvió al platero, que se la comió toda, sin dejar un pedazo; pero cuando á la mañana siguiente miró debajo de la almohada para encontrar las dos monedas de oro, se quedó sorprendido al ver que no había nada.

Los dos niños ignoraban la fortuna que les había cabido en suerte. Pero á la mañana siguiente del día en que comieron, el uno el hígado, y el otro el corazón del ave de oro, al levantarse hicieron caer algo que produjo ruido.

Recogieron lo que había caído y vieron que eran dos monedas de oro.

Se las llevaron á su padre, que se admiró mucho y dijo:

—¿Cómo ha sucedido esto?

Y cuando al otro día encontraron dos monedas, y al otro, y al otro, y lo mismo todas las mañanas, el escobero fué á ver á su hermano el platero y le contó tan extraño suceso.

El platero adivinó al punto cómo había sucedido aquello y que los niños habían comido, el uno el corazón y el otro el hígado del ave de oro.

Y para vengarse, y porque era envidioso y cruel, dijo á su padre:

—Tus hijos tienen tratos con el demonio: ese oro causará tu desgracia. Por consiguiente no los tengas más tiempo en tu casa: después de haberlos endemoniado, Satanás te endemoniará á ti.

—Pero, hermano, ¿qué quieres que haga de esos dos pobres inocentes?

—Extravíalos en el bosque. Si el diablo no tiene intervención en lo que les sucede, Dios los protegerá. Si, por el contrario, están entregados á Satanás, ya se cuidarán de desembrollar el asunto con él.

Por grande que fuera el dolor que le causara, el pobre escobero siguió el consejo de su hermano.

Llevó á sus hijos al bosque y los abandonó en el sitio en que la espesura era más enmarañada.

Al poco rato los dos niños notaron que su padre no estaba allí, y cuando trataron de volver á su casa comprendieron que se habían extraviado.

Cuanto más andaban, más se introducían en el bosque.

Así anduvieron toda la noche, llamando y gritando; pero nadie les contestó más que los lobos con sus aullidos, los zorros con sus gritos y los buhos con sus chillidos.

Por fin, á la mañana siguiente encontraron á un cazador, que les preguntó:

—¿De quién sois, hijos míos?

—¡Ah, señor! contestaron. Somos hijos de un pobre escobero que no ha querido tenernos en su casa porque todas las mañanas encontrábamos mi hermano y yo una moneda de oro debajo de la almohada.

—Creo que no hay gran mal en ello si continuáis siendo buenos y si esa moneda de oro no es causa de que cada uno de vosotros se oculte bajo la capa de un perezoso.

—Señor, dijeron los dos niños, somos buenos, y lo único que deseamos es trabajar.

—Pues bien, venid conmigo, dijo el buen hombre; yo haré para vosotros las veces de padre y os educaré.

Y como no tenía hijos, los recogió en su casa y cumplió la promesa que les hizo.

Entonces aprendieron á cazar, y llegaron á ser los mejores tiradores de la comarca.

Además, como todas las mañanas cada uno de los jóvenes encontraba una moneda de oro debajo de la almohada, el cazador ponía aparte cuidadosamente esta moneda, para que algún día cada uno encontrara en caso de necesidad su pequeño tesoro.

Cuando fueron grandes y tenían ya adquirida fama de cazadores, su padre adoptivo los llevó un día al bosque.

—Hoy, les dijo, cada uno de vosotros va á disparar su tiro de honor, para que yo pueda reconocer por cazadores y daros la libertad.

Y en seguida se fueron al acecho.

Pero aguardaron largo tiempo, porque no aparecía pieza alguna.

El viejo cazador miró al aire y vió una gran bandada de patos silvestres que volaban formando un triángulo.

—¡Ea! dijo al mayor, que se llamaba Wilfrido. Mata el pato que vuela en cada extremo.

Wilfrido apuntó, hizo fuego y mató los dos patos indicados por el padre adoptivo.

De este modo disparó su tiro de honor.

Al poco rato apareció otra bandada de patos, pero volaban en una sola línea.

—Ahora te toca á ti, dijo el padre adoptivo al hermano menor, que se llamaba Gottlieb; mata el primero y el último de esos patos.

Y Gottlieb hizo fuego dos veces, y á cada tiro mató el pato designado.

También él había disparado su tiro de honor.

El padre adoptivo dijo á los dos hermanos:

—Habéis concluido vuestro aprendizaje de cazadores: sois libres.

Entonces los dos jóvenes se separaron de su padre adoptivo y hablaron unas cuantas palabras en voz baja.

Luego regresaron con él á la casa.

Pero cuando llegó la noche y se los llamó á cenar, Wilfrido, tomando la palabra en su nombre y en el de su hermano, dijo al viejo cazador:

—Padre, no tocaremos ningún alimento antes que hayáis accedido á una petición.

—¿Qué petición es ésa? preguntó el viejo cazador.

Wilfrido respondió:

—Según habéis confesado, hemos concluido nuestro aprendizaje de cazadores. Ahora queremos ver mundo. Permitidnos, pues, á mi hermano y á mí, que partamos y viajemos.

El anciano, apenas hubo oído estas palabras, contestó alegremente:

—Habláis como verdaderos cazadores, y lo que queréis es mi propio deseo. Marchad, pues, y os predigo que tendréis buena suerte.

Entonces comieron y bebieron, muy contentos.

Cuando llegó el día designado para la marcha, el anciano cazador dió á cada uno de sus hijos

adoptivos una buena escopeta de dos cañones, y les dijo que tomaran del tesoro común tantas monedas de oro como quisieran.

Luego los acompañó un buen trecho de camino, y, al llegar al punto en que se había propuesto separarse de ellos, les dió, antes de despedirse, un hermoso cuchillo de hoja brillante y sin mancha alguna, y les dijo:

—Si algún día tenéis que separaros, hijos míos, clavad este cuchillo en un árbol, en el sitio en que se dividan los caminos; y cuando uno de vosotros vuelva por este camino podrá conocer lo que le ha sucedido á su hermano, porque, si uno de los dos ha muerto, el lado de la hoja vuelto hacia el camino que haya tomado estará enmohecido, mientras que, si vivis los dos, la hoja se conservará pura y brillante.

Wilfrido tomó el cuchillo; luego los dos abrazaron á su padre adoptivo y emprendieron la marcha.

Por la noche llegaron á una selva tan grande que ni siquiera se les ocurrió la idea de atravesarla en el mismo día. Sentáronse, pues, al pie de un árbol, comieron de lo que llevaban en su zurrón y durmieron al aire libre.

Al otro día siguieron andando; pero, por más que no se detuvieron, á eso de las cinco de la tarde aun no habían salido de la selva.

Como tuvieran ya los zurrónes vacíos, un hermano dijo al otro:

—O hemos de matar un animal cualquiera para comerlo, ó vamos á pasar muy mala noche.

Cargó entonces su escopeta, y, registrando las malezas con el pie, hizo salir una liebre.

La apuntó, é iba ya á disparar, cuando la liebre le gritó:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos lebratos.

Era dejar lo cierto por lo dudoso; pero el joven confió en la palabra de la liebre que se metió en la espesura, y al poco rato le llevó, en efecto, dos liebres pequeñas.

Pero eran tan bonitas y jugaban una con otra con tanta gracia, que los cazadores no pudieron resolverse á matarlas. Las conservaron, pues, y los lebratos, agradecidos, los siguieron como dos perros.

Pero era preciso comer, y, aunque ambos jóvenes mitigaron un poco su hambre con bellotas dulces, uno de ellos, que levantó una zorra, la apuntó.

Pero la zorra le dijo:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos zorrillos.

El cazador pensó que mejor sería comer dos zorrillos tiernos que una zorra vieja, y, bajando su escopeta, le indicó con un ademán que accedía al cambio, y al poco rato la zorra le llevó dos hijuelos.

Pero, al ir á matarlos, no tuvieron corazón para hacerlo, y los dieron por compañeros á los dos lebratos, contentándose con cenar un puñado de castañas que derribaron de un árbol.

Además, estaban resueltos á matar el primer animal que se presentase.

Este primer animal fué un lobo.

Uno de los jóvenes iba á matarle, cuando el lobo le gritó:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos lobeznos.

Los jóvenes aceptaron el cambio y juntaron los dos lobeznos á los dos lebratos, que los seguían ya.

Apareció en seguida un oso, que, al verse amenazado, se apresuró á gritar, como los otros:

—Buen cazador, perdóname la vida y te daré dos oseznos.

Trajo, en efecto, los dos oseznos, que juntaron á los otros animales; y como no tan sólo eran los más fuertes, sino también los más formales y razonables, los jóvenes les encargaron de cuidarlos y vigilarlos.

Apenas acababan de hacer esta recomendación y entraban en funciones, cuando un león se acercó á ellos rugiendo y sacudiendo su melena; pero, sin asustarse por aquellas amenazas, los dos cazadores les apuntaron sus escopetas, é iban ya á dispararlas simultáneamente, cuando el león, viendo con quién tenía que habérselas, les gritó:

—Buenos cazadores, perdonadme la vida y os daré dos leoncillos.

Y fué á buscarlos; de suerte que los cazadores reunieron dos leones, dos osos, dos lobos, dos zorros y dos liebres, que los seguían y los servían.

Pero como no encontraran casi nada que comer en aquella selva y el hambre apretaba, dijeron á los dos zorros:

—Vamos á ver: vosotros que sois astutos, ¿podéis proporcionarnos algo que comer?

Los zorros entraron en consulta, y después dijeron:

—Cerca de aquí hay una aldea de donde nuestros padres nos traían gallinas: os enseñaremos el camino.

Los zorros enseñaron el camino de la aldea á los dos hermanos, los cuales compraron allí algo que comer, y pudieron también dar alimento á sus bestias y en seguida se pusieron en marcha.

Los zorros conocían en las cercanías una porción de buenos gallineros y podían indicárselos á los jóvenes cazadores, que desde aquel momento, y gracias á los zorros, no padecieron ya hambre.

Así viajaron algún tiempo ofreciendo sus servicios á los grandes señores cuyos castillos, encontraban al paso; pero en todas partes les decían:

—Necesitamos un cazador; pero no dos.

Por esto resolvieron separarse.

Repartiéronse los animales, de modo que cada cual se quedó con un león, un oso, un lobo, un zorro y una liebre, y en seguida se despidieron, jurándose amistad fraternal hasta la muerte.

Pero antes de separarse hincaron en un árbol el cuchillo que les había dado su padre adoptivo, y Wilfrido se encaminó al oriente y Gottlieb al occidente.

Sigamos á Gottlieb, el más joven de los dos, cuyo nombre significa *amado de Dios*.

II

Gottlieb llegó en breve, con su león, su oso, su lobo, su zorro y su liebre, á una gran ciudad que estaba toda colgada de negro.

Rogó al primero que encontró que le indicara una posada, y se le dirigió á la del *Cuerno de ciervo*, título mal expresado, porque no se dice cuerno, sino asta de ciervo.

Fué, pues, á la posada del *Cuerno de ciervo*, alquiló un cuarto para él y una cuadra para sus animales, que habían adquirido la costumbre de vivir juntos y en buena armonía, y sabían dormir en la misma paja, como si todos fuesen de igual especie.

El posadero le dió un buen cuarto para él; pero para sus animales no le quedaba más que una cuadra que tenía un agujero abierto en la pared.

La liebre fué la primera que pasó por él. Como tenía las patas más ágiles, por lo general se la enviaba á explorar el terreno. Verdad es que, por ser de un carácter muy tímido, á lo mejor la sobrecogían terrores pánicos, y volvía con las noticias más absurdas. En este caso, se enviaba al zorro, que era sumamente astuto y solapado, siendo raro que á su regreso no se supiera á punto fijo lo que en realidad había que temer ó que esperar.

Aquella vez la liebre fué sencillamente á buscar provisiones, y volvió con una col.

El zorro pasó á su vez por el agujero y salió con una gallina.

El lobo, encogiéndose cuanto pudo, siguió al zorro y cazó un cordero.

Pero el oso y el león no pudieron pasar, y el posadero les dió una vaca vieja, con la cual pudieron saciarse tres días.

Cuando Gottlieb hubo atendido á la manutención de sus animales, lo que era siempre su primer cuidado, preguntó al posadero por qué estaba enlutada la ciudad.

—Porque mañana morirá la hija de nuestro rey, le contestó.

—¿Tan enferma está? preguntó el joven.

—No, respondió el posadero; al contrario, es joven, lozana y robusta; pero debe morir y de una muerte bien cruel.

Y, al decir esto, exhaló un gran suspiro.

—Pero ¿cómo es eso? preguntó Gottlieb.

—Allá arriba, en la montaña, contestó el posadero, hay un gran dragón de siete cabezas que todos los años devora una doncella: de lo contrario, devastaría el país. Como se las ha comido ya todas, sólo queda la hija del rey, y, no pudiéndose esperar que el dragón la perdone, mañana llevarán á la hija del rey á la montaña, y pasado mañana estará muerta.

—Y ¿por qué no matan al dragón? preguntó el hijo del cazador.

—¡Ay! Gran número de caballeros lo han intentado, pero han pagado con la vida esta tentativa.

—Está bien, respondió Gottlieb; dejadme reflexionar un momento sobre lo que acabáis de decirme.

Gottlieb bajó á la cuadra, reunió sus anima-

les en consejo, y, como presidente, se sentó en un escabel.

Cuando hubo expuesto la situación, el león rugió, el oso gruñó, el lobo aulló, el zorro meditó y la liebre tembló.

El león dijo:

—Hay que atacarle y hacerle pedazos.

El oso dijo:

—Hay que atacarle y ahogarle.

El lobo dijo:

—Yo haré lo que hagan los demás.

El zorro dijo:

—Con todo, debe haber algún modo de vencerle sin exponer el pellejo.

La liebre dijo:

—Lo mejor será huir y cuanto antes mejor.

El cazador dijo al zorro:

—Soy de tu parecer: sal é infórmate.

El zorro salió y volvió á las dos horas.

Había hablado del asunto con el zorro más viejo de las cercanías.

El zorro viejo le había dicho:

—No podré indicar á tu amo ningún modo de vencer al dragón; pero á la mitad del camino de la montaña hay una ermita consagrada á san Huberto, patrono de los cazadores. Di á tu amo que vaya á rezar esta tarde y que pase allí la noche: puede ser que san Huberto, al ver su devoción, le inspire alguna buena idea.

Gottlieb dió las gracias al zorro y se decidió á seguir el consejo de su viejo amigo.

Cuando se hizo de noche, sin hablar de lo que se proponía, sacó á sus animales de la cuadra y se encaminó con ellos á la capilla.

Llegado allí se arrodilló y rezó al santo, mientras que los animales se mantenían respetuosamente sobre sus patas traseras.

Después de rezar se tendió en un rincón y se durmió.

Entonces se le apareció san Huberto.

Estaba resplandeciente de luz.

—Mañana, cuando te despiertes, le dijo el santo, verás en mi altar tres copas de cristal: una llena de vino encarnado como el rubí, otra de vino amarillo como el topacio, y la tercera de vino blanco límpido como el diamante. El que apure el contenido de esas tres copas será el hombre más fuerte de la tierra, y entonces podrá levantar la piedra que hay debajo del pórtico de la capilla y coger la espada de Goliat, que está allí enterrada. Esta espada es la única que puede cortar las siete cabezas del dragón.

Gottlieb se despertó al amanecer, acordándose tanto de su sueño, que al abrir los ojos volvió la cabeza hacia el altar.

En el altar, donde no había nada la víspera, vió las tres copas.

Se acercó al altar, cogió las tres copas una tras otra y las vació.

A medida que las vaciaba le pareció que entraba en él la fuerza de todos los hombres de la creación y que, como Hércules, podría luchar con el león de Nemea, y, como Sansón, matar mil filisteos con una quijada de burro.

En seguida pasó al pórtico y vió la piedra debajo de la cual estaba enterrada la espada.

Llamó al oso y al león.

—Levantad esa piedra, les dijo.

El oso y el león lo intentaron, pero ni siquiera consiguieron moverla.

Entonces Gottlieb dijo:

—Pues lo probaré yo.

Y, pasando los dedos por debajo de la piedra, la levantó.

Debajo de ella había un sable de cuatro codos de largo, sin contar el puño, y que pesaba más de quinientas libras.

Gottlieb lo cogió é hizo con él un molinete tan fácilmente como si hubiera sido la espada de madera de un arlequín.

Entonces ya no dudó de que alcanzaría la victoria, puesto que tenía en su favor á san Huberto, el patrón de los cazadores, y subió animosamente á la cumbre de la montaña.

Entretanto había llegado la hora de entregar á la princesa; y el rey, con el mariscal y los cortesanos, la acompañó hasta el pie de la montaña.

La princesa continuó su camino con el mariscal hasta la capilla, donde debía permanecer este último para presenciar el sacrificio é ir luego á dar cuenta al rey.

La princesa continuó su camino hasta la cumbre, muy á pesar suyo y llorando copiosamente.

Al llegar á lo alto de la montaña se asustó mucho, porque creyó que el cazador y sus cinco animales eran el dragón que la iba á devorar.

Mas, por el contrario, el cazador, acercándose respetuosamente á ella, seguido de su león, de su oso, de su lobo, de su zorro y de su liebre, á la que había recomendado que mostrara la mayor tranquilidad posible, la saludó y le dijo:

—Bella princesa, no temáis nada de mí ni de los animales que me siguen; al contrario, muy lejos de querer haceros daño, hemos venido para pelear con el dragón y libertaros.

—Gallardo cazador, contestó la princesa, así Dios os proteja, pero no tengo mucha esperanza, no son pocos los que han probado lo que vais á intentar, y todos han perdido la vida.

—Pues bien, dijo el cazador, estimulado por la maravillosa belleza de la princesa, ú os liberraré ó perderé la vida como ellos, y de este modo no tendré el dolor de ver morir á la más hermosa princesa del mundo.

En aquel momento se oyó en el aire algo así como una tempestad: era el aleteo del dragón; luego se oscureció el espacio bajo una nube de humo que no era otra cosa sino el aliento del monstruo.

—Poneos al pie de ese roble, princesa, dijo Gottlieb, y rogad á Dios desde allí por vuestro fiel servidor.

La princesa, temblando con todo su cuerpo, fué á cobijarse bajo el roble, y la liebre la siguió. Los otros cuatro animales, es decir, el león, el oso, el lobo y el zorro, se quedaron junto á su amo.

Mientras tanto el dragón de siete cabezas había bajado poco á poco y ya no estaba más que á veinticinco ó treinta codos del suelo.

El cazador le aguardaba con la espada de Goliat en la mano.

Cuando el dragón vió á Gottlieb, le dijo:

—¿Qué vienes á hacer en esta montaña? No te quiero mal: vete.

Gottlieb le contestó:

—Si tú no me quieres mal, yo he jurado matarte y vengo á luchar contigo. Conque defiéndete.

—Yo no me defiendo nunca, sino que ataco, respondió el dragón.

Y así diciendo se remontó á las nubes, en términos que pareció tan pequeño como una golondrina, y arrojando llamas por sus siete bocas, se dejó caer rápido como el rayo sobre el cazador, creyendo asirle entre sus garras y llevárselo por los aires como un milano se lleva un gorrión.

Pero Gottlieb hurtó el cuerpo, y de una estocada le cortó una pata.

El dragón lanzó un grito de dolor, se remontó y bajó de nuevo, aunque sin mejor resultado, porque, de otro tajo, Gottlieb le dejó sin otra pata.

Por tres veces más el dragón ensayó la misma maniobra, y cada vez perdió dos cabezas.

Debilitóse, por fin, hasta el punto de que, no pudiendo ya volar, se arrastró; pero, privado de sus patas, no pudo esquivar las arremetidas de Gottlieb, que de dos estocadas, le cortó la cola y la cabeza que le quedaba.

Luego llamó á sus animales y les entregó el cadáver del dragón para que se lo comieran.

Estos despedazaron al dragón; pero la liebre no se atrevió á acercarse al animal muerto, como no se había atrevido á acercarse á él cuando vivo.

Terminado el combate, el cazador fué en busca de la hermosa princesa, á la que encontró tendida al pie del roble, sin sentido.

Se había desmayado de miedo.

La liebre estaba á su lado, con los ojos cerrados, y, á no ser por el temblor convulsivo que agitaba todo su cuerpo, cualquiera la hubiera tenido por muerta.

Gottlieb se encaminó á un arroyo que corría allí cerca, cogió agua en una ancha hoja de ninfea y volvió á rociar con ella el rostro de la princesa.

La frescura de la aspersión la hizo volver en sí.

El cazador le enseñó el dragón muerto y le dijo:

—Princesa, ya no tenéis nada que temer: sois libre.

La princesa empezó por dar gracias á Dios, que había concedido fuerza y valor á su libertador, y luego, volviéndose á Gottlieb, le dijo:

—Ahora, gallardo cazador, vas á ser mi esposo, porque mi padre ha prometido casarme con el que matara al dragón.

Y para recompensar á los animales se quitó el collar de esmeraldas, con el que rodeó el cuello del león; sus pendientes de diamantes, que puso en las orejas del oso; su brazaletes de perlas, con el que adornó la pata del lobo, y dos sortijas de mucho valor, una de zafiros y otra de rubíes, que regaló al zorro y á la liebre.

Al cazador le dió su pañuelo mojado aún con sus lágrimas, y en las cuatro puntas del cual estaban bordadas sus iniciales en oro.

El cazador cortó las siete lenguas del dragón y las puso en el pañuelo.

Terminada esta operación, como quiera que estaba cansado del combate, dijo á la joven prin-

cesa, no menos rendida de temor que lo estaba él de cansancio:

—Princesa, estamos los dos tan postrados que para recobrar las fuerzas necesarias para bajar á la ciudad, deberíamos dormir un rato.

Ella contestó:

—Sí, querido cazador.

Y ambos se tendieron en el suelo uno junto á otro.

Pero antes de dormirse, el cazador dijo al león:

—León: tendrás cuidado de que nadie nos ataque mientras dormimos. ¿Lo oyes?

—Sí, contestó el león.

La princesa dormía ya.

El cazador se durmió á su vez.

El león se echó junto á ellos; pero como también estaba muy cansado, dijo al oso:

—Oso, hazme el favor de velar en mi lugar. Estoy tan cansado que necesito dormir un poco. A la menor señal de peligro, despiértame.

El oso se tendió junto al león; pero, á su vez, estaba tan postrado por el combate, que llamó al lobo y le dijo:

—Lobo: ya ves que no tengo fuerzas para tener los ojos abiertos. Si sucede algo, despiértame.

El lobo se tendió junto al oso, pero se le cerraban los ojos á pesar suyo; por lo cual hizo al zorro seña de que se acercase.

—Zorro, le dijo; me muero de sueño: ponte de centinela en mi lugar y despiértame al menor ruido.

Pero el zorro conoció que no podía estar de centinela como se le había recomendado: tan

grande era su cansancio. Así fué que llamó á la liebre y le dijo:

—Liebre: tú que no duermes nunca más que con un ojo, vela en mi lugar, y, si ves algo que te alarme, llámame.

Pero la pobre liebre había experimentado tales angustias, que en realidad era la más fatigada de todos. Así fué que apenas se le había recomendado la vigilancia, cuando dormía tan profundamente como todos los demás.

Así, pues, el cazador, la hija del rey, el león, el oso, el lobo, el zorro y la liebre estaban profundamente dormidos sin que nadie velara por ellos.

En esto, el mariscal, que se había quedado en la capilla para observar, no viendo que el dragón arrebatara por los aires á la hija del rey, y notando que todo estaba tranquilo en la montaña, se animó y avanzó paso á paso, ojo avizor, aguzando el oído y dispuesto á echar á correr al menor asomo de peligro.

Lo primero que vió al llegar á la cumbre fué al dragón hecho pedazos.

Entonces dirigió más lejos sus miradas, y vió á la hija del rey, al cazador y á sus animales, todos sumidos en el más profundo sueño; y como era hombre lleno de envidia y de ambición, se le ocurrió al punto la idea de hacerse pasar por vencedor del dragón y casarse con la hija del rey.

Mas para conseguirlo era preciso desembarazarse del verdadero vencedor.

Sacó, pues, su sable, y acercóse tan quedito á Gottlieb que no despertó á ninguno de los ani-

males; ni siquiera á la liebre, y, esgrimiendo su sable, de un solo tajo cortó la cabeza á Gottlieb.

En seguida despertó á la princesa, que se asustó mucho, pero el mariscal le dijo:

—Estás en mi poder, y voy á cortarte la cabeza como se la he cortado al cazador si no me juras que dirás que he sido yo quien ha muerto al dragón.

—No puedo decir tan gran mentira, contestó la princesa, porque en realidad es el cazador el que ha dado muerte al monstruo, y sus animales los que lo han rematado.

—Pues, á pesar de eso, harás mi voluntad, dijo el mariscal blandiendo sobre la cabeza de la princesa su sable ensangrentado, ó te hago pedazos y digo que es el dragón el que te ha destrozado.

La princesa se asustó tanto que juró cuanto quiso el mariscal.

Una vez arrancado este juramento, la llevó al rey, que creyó morir de alegría al ver á su querida hija, á la que daba ya por perdida.

El mariscal dijo al rey:

—Yo he dado muerte al dragón, con lo cual no sólo he libertado á la princesa, sino también al imperio: pido, pues, que sea mi esposa, según habéis prometido bajo vuestra palabra sagrada.

El rey se volvió á su hija, y como el mariscal no pasaba por hombre valeroso, le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice el mariscal?

—¡Ah! Sí, contestó; preciso es que sea cierto; pero tengo empeño en que la boda no se celebre hasta de aquí á un año y un día.

El mariscal insistía en que el casamiento se

efectuase en seguida, pero la princesa se mostró firme en su deseo; y como el mariscal temía que si la violentaba la obligara á decirlo todo en un momento de desesperación, tuvo que acceder á tal demora.

En cuanto á la princesa, aunque vió la cabeza de su gallardo cazador separada del cuerpo, confiaba en que Dios, que había hecho ya un milagro en favor suyo, se dignaría quizás hacer otro.

III

Mientras tanto, los animales seguían durmiendo en la montaña del Dragón, alrededor de su amo, el cual dormía, sí, pero el sueño de la muerte.

Pero, cosa de una hora después que el mariscal hubiera cometido el crimen y llevádose á la princesa, un gran abejorro se posó en el hocico de la liebre.

La liebre, sin despertarse, se pasó la pata por el hocico y espantó al importuno.

Pero el abejorro acudió otra vez á posarse en el mismo sitio.

La liebre, dormida aún, le espantó de nuevo con la pata.

El abejorro volvió por tercera vez, y entonces no se contentó con hacer cosquillas á la liebre con sus patas, sino que le clavó el aguijón.

—¡Ay! exclamó la liebre despertándose.

Una vez despierta, la liebre despertó al zorro, éste al lobo, éste al oso y éste al león.

Pero cuando el león vió que la princesa se

había marchado y que su amo tenía la cabeza separada del cuerpo, se puso á rugir terriblemente gritando:

—Oso: ¿quién ha hecho esto? ¿Por qué no me has despertado?

—Lobo: ¿quién ha hecho esto? preguntó el oso. ¿Por qué no me has despertado?

—Zorro: ¿quién ha hecho esto? preguntó el lobo. ¿Por qué no me has despertado?

—Liebre: ¿quién ha hecho esto? preguntó el zorro: ¿Por qué no me has despertado?

Y como la liebre no tenía nadie á quien preguntar, los otros cuatro animales desahogaron en ella su cólera.

Todos querían matarla; pero ella tomó una actitud suplicante y les dijo:

—No me matéis. Sé de un bosquecillo, en lo alto de una colina, donde crece la raíz de la vida. Aquel á quien se mete esta raíz en la boca queda curado de toda enfermedad y aun de toda herida, y, aunque su cuerpo esté dividido en dos trozos, basta ponerle esa raíz en la boca y acercarlos para que vuelvan á juntarse.

—¿Dónde está ese bosque? preguntó el león.

—A doscientas leguas de aquí, contestó la liebre.

—Te doy veinticuatro horas de tiempo para ir y volver, dijo el león; echa á andar y trae un buen pedazo de raíz.

La liebre echó á correr con todas sus fuerzas, y á las veinticuatro horas estaba de vuelta con una raíz del tamaño y de la forma de un nabo.

El león dijo al oso:

—Tú, que eres diestro, ajusta la cabeza de

nuestro amo, mientras yo le sostengo de pie, y la liebre, subida en los hombros del lobo, le introducirá la raíz en la boca.

Los cuatro animales emprendieron la tarea con gran emoción, porque querían á su amo con todo su corazón; de suerte que se pusieron muy alegres cuando, después que la liebre hubo introducido la raíz de vida en la boca de Gottlieb, se juntaron la cabeza y el cuerpo, latió el corazón y volvió la vida.

Solamente les quedaba un temor: que la cabeza no hubiera quedado bien adherida. El zorro hizo cosquillas en la nariz de Gottlieb con su cola, Gottlieb estornudó y la cabeza no se movió.

Así, pues, la operación había salido bien.

Entonces el cazador preguntó á sus animales qué había sido de la princesa y qué había sucedido para que todos estuvieran tan preocupados.

Los animales se lo contaron todo sin ocultar su falta, que, á la verdad, habían redimido con su abnegación.

De pronto la liebre dió un grito de terror.

—¡Grandísimo torpe! dijo al oso. ¿Qué has hecho?

El oso miró á Gottlieb y por poco cae de espaldas.

Le había pegado la cabeza; pero en su emoción se la pegó al revés, es decir, que el pobre cazador tenía la cara en la espalda y la nuca hacia el pecho.

Afortunadamente el león había recomendado á la liebre que trajera un buen pedazo de raíz, y, según hemos visto, la liebre había seguido la recomendación.

El oso colocó el sable de Goliat, que cortaba como una navaja de afeitar, con el filo hacia arriba. El zorro, que era listo como un mono, puso el cuello de Gottlieb sobre la hoja precisamente en el sitio en que había sido ya cortado. El león hizo fuerza sobre la cabeza, que se desprendió casi sin dolor, y aquella vez, con más precaución que la primera, la cabeza quedó de nuevo ajustada, pero en su verdadero sitio, y, gracias á la raíz de vida, se pegó inmediatamente.

Pero Gottlieb estaba triste y á cada paso decía al león, suspirando:

—¿Por qué no me has dejado la cabeza y el cuerpo separados?

Y era que se figuraba que la princesa, por no casarse con él, le había hecho cortar la cabeza mientras dormía.

Se puso, pues, á recorrer el mundo enseñando sus animales, y todos corrían á ver á aquel león que llevaba un collar de esmeraldas, á aquel oso que tenía en las orejas pendientes de diamantes, á aquel lobo engalanado con un brazalete de perlas, y á aquel zorro y aquella liebre que tenían, el uno una sortija de rubíes, y la otra una de zafiros.

Aconteció, pues, que precisamente al cabo de un año estaba de vuelta en la misma ciudad, en la que había libertado del dragón de siete cabezas á la hija del rey.

Sólo que entonces en toda la ciudad había colgaduras encarnadas.

Gottlieb preguntó á su posadero:

—¿Qué significa esto? Hace un año la ciudad

estaba enlutada, y hoy la veo con colgaduras encarnadas.

El posadero respondió:

—¿Recordáis que hace un año la hija del rey debía ser entregada á un dragón?

—Sí, contestó Gottlieb.

—Pues bien: el mariscal luchó con el monstruo y lo venció, y mañana se celebrará su boda con la hija del rey: por esto la ciudad estaba enlutada hace un año, y hoy está de fiesta.

Al otro día, que era el de la boda, el cazador dijo al posadero:

—¿Apostáis algo á que hoy comeré pan de la mesa del rey?

—Apuesto cien monedas de oro á que no será así, contestó el posadero.

El cazador aceptó la apuesta y depositó un saquito que contenía la cantidad apostada; luego llamó á la liebre y le dijo:

—Ve corriendo á buscarme pan del que come el rey.

Como la liebre era la más pequeña y la menos importante de la manada, no pudo confiar á nadie el encargo y tuvo que desempeñarlo por sí misma.

—¡Ay, ay! pensó. Al correr sola por las calles de la ciudad, todos los perros de los barrios por donde pase me perseguirán.

Y así sucedió: á los cinco minutos de carrera llevaba detrás una verdadera jauría de perros de toda especie, con la visible intención de hincarle los dientes.

Pero la liebre corrió y salvó, de modo que apenas si se la veía pasar. En fin, reducida al

mayor extremo, acabó por deslizarse con tanta destreza en una garita que el centinela ni siquiera lo notó.

Los perros quisieron perseguirla allí también.

Pero el centinela, no sabiendo con quién se las había aquella jauría y creyendo que iba contra él, distribuyó á los perros gran número de culatazos, así como algunos bayonetazos.

Los perros se dispersaron aullando.

Tan luego como la liebre vió el paso libre, se lanzó fuera de la garita con gran sorpresa del soldado, y de un salto llegó á palacio, fué adonde estaba la princesa, se metió debajo de su silla y se puso á rascarle suavemente el pie.

La princesa creyó que era su perro favorito; pero como estaba en una de esas disposiciones de ánimo en que todo importuna, dijo:

—¡Vete, *Fénix*; déjame en paz!

Pero la liebre siguió rascando, y entonces la princesa se bajó y miró lo que era.

La liebre sacó entonces la pata en que llevaba el anillo.

La princesa conoció el rubí que había dado á la liebre de su libertador; estrechó al animal contra su pecho y se lo llevó á su cuarto.

—Querida liebre, le preguntó, ¿qué me quieres?

—Mi amo, que mató al dragón, contestó, está aquí, y me envía á buscar uno de los panes que come el rey.

La princesa, muy alegre, mandó llamar al panadero y le dijo que le trajera uno de los panes de la mesa del rey.

—Pero también será preciso, dijo la liebre,

que el panadero me lleve á casa de mi amo para que los perros no se coman el pan y á mí también.

El panadero cogió la liebre y uno de los panes en su mandil y los llevó á la puerta de la posada.

Allí la liebre cogió el pan entre sus patas delanteras, se empinó sobre las traseras, y saltando llevó el pan á su amo.

—Ya lo estáis viendo, dijo el cazador al posadero; las cien monedas de oro son mías. Este es el pan que el rey come, y la prueba es que lleva sus armas.

El posadero se quedó atónito; pero aumentó su asombro al oír que el cazador añadía:

—Ya tengo el pan del rey. Pues bien: ahora quiero tener parte de su asado.

—Quisiera verlo, contestó el posadero; pero esta vez no apuesto nada.

Gottlieb llamó á su zorro y le dijo:

—Querido zorro, ve á buscarme un poco de asado del que come el rey.

El zorro, á fuer de más solapado que su amiga la liebre, echó á correr por una callejuela, tomó por caminos extraviados, y se arregló de modo que ni un perro le vió.

Penetró como la liebre en el palacio, y, como la liebre, se metió debajo de la silla de la hija del rey y le rascó el pie.

Ella se bajó y miró. El zorro pasó entre los palos de la silla la pata en que llevaba el anillo de zafiros que la princesa le había dado.

Al punto se lo llevó la princesa á su cámara, donde tan luego como entró le preguntó:

—Querido zorro, ¿qué quieres?

—Mi amo, respondió el zorro, el que mató al dragón, me envía á pedirnos un poco de asado del que come el rey.

La joven mandó llamar al cocinero, y le ordenó que pusiera en un cesto el zorro y un pedazo de asado del rey, y llevara uno y otro hasta la puerta de la posada, lo que ejecutó el cocinero puntualmente.

Allí el zorro tomó el plato de manos del cocinero, espantó las moscas con su cola y se lo presentó á Gottlieb.

—Aquí tenéis el pan y el asado, dijo el cazador al posadero. Ahora voy á enviar á buscar verdura de la mesa del rey.

Llamando entonces al lobo, le dijo:

—Querido lobo, ve pronto á palacio y tráeme verdura de la que come el rey.

El lobo corrió en derechura al palacio, porque no tenía miedo de que le atacaran; entró hasta la cámara de la princesa, y tirándola del vestido hizo que se volviera. Le conoció por su brazaletes de perlas, le acarició y, como estaba sola, le dijo:

—Querido lobo, ¿qué quieres?

—Mi amo, respondió el lobo, el que mató al dragón, me envía á pedirnos alguna verdura de la que come el rey.

La princesa llamó otra vez al cocinero, y le mandó que llevara verdura de la que comía el rey hasta la puerta de la posada.

El cocinero echó á andar, seguido del lobo como de un perro. A la puerta de la posada entregó el plato al lobo, que se lo llevó á su amo.

—Ya lo veis, dijo Gottlieb al posadero; aquí tengo pan, asado y verdura de la mesa del rey;

pero no estaría completa mi comida si no tuviera golosinas de las que come el rey.

Y llamando al oso le dijo:

—Querido oso, tú que conoces tan bien la miel, los confites y los pasteles, ve á palacio, y tráeme alguna golosina de las que come el rey.

El oso partió al trote corto, ocultándose aún menos que el lobo, porque, lejos de que le molestaran al paso, hacía huir á la gente. Al llegar á la puerta de palacio, el centinela le amenazó con la bayoneta, resistiéndose á dejarle entrar; y como el oso insistiera gruñendo, el centinela llamó á la guardia.

Pero el oso se enderezó sobre sus patas traseras y distribuyó á derecha é izquierda tantos y tan vigorosos manotazos, que los soldados de la guardia rodaron amontonados por el suelo; en seguida el oso entró tranquilamente, vió á la princesa, se puso detrás de ella y gruñó de un modo amistoso.

La princesa volvió la cabeza al oír el gruñido, que recordaba haber oído ya en alguna parte, y conoció al oso por sus pendientes de diamantes.

Entonces le llevó á su cámara y le dijo:

—Querido oso, ¿qué quieres?

—Mi amo, dijo el oso, el que mató al dragón, me envía á rogaros que le deis algunos dulces de los que come el rey.

La princesa mandó llamar al confitero, y le ordenó que llevara hasta la puerta de la posada una bandeja de dulces de la mesa del rey.

Al llegar allí, el oso se puso á recoger con la punta de la lengua todos los bombones que habían caído al suelo, y, poniéndose luego de

pie, tomó la bandeja y se la entregó á su amo.

—¡Ah, señor posadero! dijo Gottlieb. Ya llegan mis golosinas. Ahora tengo pan, asado, verdura y postres de la mesa del rey; sólo me falta vino del que bebe el rey, porque no puedo comer todas estas cosas tan buenas sin beber.

Llamó, pues, al león y le dijo:

—Querido león: ve á palacio y tráeme vino del que el rey bebe en su mesa.

El león se puso al punto en marcha para ir á palacio. Al verlo, todo el mundo echó á correr como alma que lleva el diablo; los tenderos cerraron sus tiendas y los vecinos sus puertas. Cuando el león llegó delante de palacio, toda la guardia tomó las armas y quiso impedir la entrada; pero el león dió un solo rugido y los soldados huyeron llenos de miedo.

Entró, pues, en palacio sin obstáculo, llegó á la puerta de la cámara de la hija del rey y llamó con la cola; la princesa corrió á abrir y al pronto se asustó; mas le conoció en seguida por el collar de esmeraldas que llevaba al cuello y que procedía de ella, y le hizo entrar, diciéndole:

—Querido león, ¿qué quieres?

—Mi amo, respondió el león, el que mató al dragón, me envía para rogaros que le deis vino del que bebe el rey.

La princesa mandó llamar al sumiller, y le dijo que fuese á la bodega á sacar vino del rey, y lo llevara á la posada.

El sumiller bajó á la bodega, pero el león le dijo:

—Aguarda un momento, amigo sumiller; conozco á la gente de tu ralea, y voy á bajar á la

bodega contigo para ver lo que me vas á dar.

Siguió, pues, al sumiller á la bodega; y como aquél, creyendo engañarle fácilmente, quisiera sacar vino del que los criados bebían en la cocina, el león le dijo:

—¡Alto ahí, camarada! Necesito mostrarme digno de la confianza que mi amo ha depositado en mí, y probar el vino antes de llevárselo.

Sacó, pues, medio jarro y lo apuró de un trago; pero, meneando la cabeza, dijo:

—¡Ah, ah! ¿Esto es lo que querías darme, tunante? Saca otro vino, y pronto. Ese es bueno á lo sumo para los criados.

El sumiller miró al león de soslayo, pero no se atrevió á decir nada, y lo llevó adonde había otra cuba reservada para el mariscal del rey.

Pero el león le dijo:

—¡Alto ahí! Necesito probarlo.

Y sacó otro medio jarro, lo apuró de un trago, y, castañeteando la lengua, dijo, un poco más satisfecho:

—Es mejor que el otro; pero todavía no es el verdadero.

El sumiller se enfadó ya y repuso:

—¿Qué puede entender en vino un animal tan estúpido como tú?

Aun no había acabado de pronunciar esta frase, cuando el león le dió un coletazo que le echó á rodar hasta la otra parte de la bodega.

El sumiller se levantó y, sin decir una palabra, le llevó á otra bodega más pequeña donde estaba el vino reservado para Su Majestad y del que jamás bebía ninguna otra persona.

El león, después de beber medio jarro para

U. A. M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

probarlo, meneó la cabeza de arriba abajo en ademán de satisfacción y dijo:

—Este, éste debe ser bueno.

Hizo, pues, que llenaran seis botellas, después de lo cual subió, seguido del sumiller; pero cuando estuvo en el patio, el aire libre produjo en él su efecto, y empezó á dar tantos traspiés, que el sumiller tuvo que llevar la cesta de las botellas hasta la posada, por temor de que el león las rompiera ó se las dejase robar.

Allí, el sumiller le puso el cesto en la boca, y el león se lo llevó á su amo.

Entonces el cazador dijo:

—Ya lo veis, señor posadero: tengo pan, vino, asado, verdura y postres de la mesa del rey. Ahora voy á comer como un príncipe con mis animales.

Y, así diciendo, se sentó á la mesa, dando al león, al oso, al lobo, al zorro y á la liebre su parte de pitanza, y comió y bebió bien, estando de buen humor, porque, dada la prontitud con que la princesa había atendido sus deseos, conoció que seguía amándole.

Concluída la comida, dijo al posadero:

—Ahora que he comido y bebido de lo que el rey come y bebe, voy á ir á palacio á casarme con la hija del rey.

—¿Cómo puede ser eso? preguntó el posadero. La princesa está ya prometida, y hoy mismo debe celebrarse la boda.

Entonces el cazador se sacó del bolsillo el pañuelo de la princesa que contenía las siete lenguas del dragón.

—Lo que hay aquí dentro, dijo al posadero,

me ayudará en mi proyecto, por insensato que os parezca.

El posadero abrió mucho los ojos y contestó:

—Creo todo cuanto me digáis; pero, por lo que hace á casaros con la hija del rey, apostaríá mi casa y mi jardín á que no ha de ser.

El cazador cogió un saco que contenía mil monedas de oro, y replicó:

—Apuesto todo esto contra vuestra propiedad.

Mientras que ocurría en la posada lo que acabamos de contar, el rey, estando á la mesa, dijo á su hija:

—¿Qué querían todos esos animales que han venido á buscarte y han entrado en mi palacio y han salido de él?

—No puedo decirlo, contestó la princesa; pero enviad á buscar á su amo y haréis bien.

El rey envió al punto uno de sus criados á decir al cazador que fuera á palacio.

El criado llegó á la posada precisamente en el momento en que el cazador acababa de hacer la apuesta con su huésped.

Entonces el cazador le dijo:

—Ya lo veis, querido pasadero: el rey me envía á uno de sus servidores para invitarme á ir á verle; pero yo no voy tan fácilmente á ver al rey.

Y volviéndose al mensajero le dijo:

—Vuelve y di al rey que se sirva enviarme un traje de gala, un carruaje tirado por seis caballos y una escolta de honor.

Cuando el mensajero transmitió esta respuesta al rey, éste preguntó á su hija:

—¿Qué debo hacer?

—Haced lo que os pide y haréis bien, contestó la princesa.

Entonces el rey envió al cazador un traje de gala, un carruaje tirado por seis caballos y una escolta.

Cuando Gottlieb vió el coche real, dijo al posadero:

—¿Ved como vienen á buscarme tal como yo deseaba?

Y se puso el traje de gala, subió al carruaje y fué á palacio.

Cuando el rey le vió llegar, preguntó á su hija:

—¿Cómo debo recibirle?

—Salid á su encuentro y haréis bien, le contestó.

El rey salió al encuentro del cazador y le introdujo en palacio, así como á sus animales.

Como había gran recepción, el rey le hizo colocarse entre él y su hija, enfrente del mariscal: pero éste no le conoció, aunque le había cortado la cabeza.

Entonces se expusieron á las miradas de los concurrentes las siete cabezas del dragón.

El rey dijo:

—Estas siete cabezas son las del dragón que mató el mariscal: por esta razón le doy hoy mi hija en matrimonio.

Entonces el cazador se levantó, abrió las siete bocas y dijo:

—Estas son, en efecto, las siete cabezas del dragón; pero ¿dónde están las siete lenguas?

El mariscal, que no había notado la falta de las lenguas, porque no se había atrevido nunca

á abrir las bocas del dragón, se puso pálido y contestó balbuceando:

—Los dragones no tienen lengua.

El cazador miró fijamente al mariscal y le dijo:

—Los embusteros son los que no deberían tener lengua; pero los dragones la tienen, y las siete lenguas del dragón son el testimonio del triunfo del vencedor.

Y, desatando el pañuelo que le había dado la princesa, enseñó las siete lenguas, y, cogiéndolas luego una tras otra, metió cada una en la boca á que pertenecía, y todas las lenguas ajustaron perfectamente.

Luego, sacudiendo el pañuelo, preguntó á la princesa si recordaba habérselo dado á alguien.

—Se lo dí al que mató al dragón, contestó la princesa.

Entonces el cazador llamó al león y le quitó su collar de esmeraldas; al oso, y le quitó sus pendientes de diamantes; al lobo, y le quitó su brazaletes de perlas; al zorro y á la liebre, y les quitó sus anillos.

Enseñando luego todas estas alhajas á la princesa, le preguntó:

—¿Conocéis estas alhajas?

—Sí, respondió la princesa, puesto que las repartí entre esos animales, que ayudaron en su lucha al que mató al dragón.

—Y ¿quién mató al dragón? preguntó Gottlieb.

—Vos, contestó la princesa.

—Pero ¿cómo es que no os envanecisteis de la victoria ni reclamasteis la mano de mi hija? preguntó el rey.

—Como estaba cansado, me tendí y me dormí, y entonces el mariscal vino y me cortó la cabeza. Luego se llevó á la princesa y se hizo pasar por vencedor del dragón. Pero el verdadero vencedor soy yo, y lo pruebo con las lenguas, con las alhajas y con el pañuelo.

Como quiera que algunos incrédulos se maravillaron de que, habiéndole cortado la cabeza el mariscal, estuviera sano y bueno, contó de qué modo le habían resucitado sus animales, como había corrido el mundo un año con ellos, y por fin, como había vuelto á la capital del reino, donde supo por el posadero la superchería del mariscal.

Entonces el rey preguntó á su hija:

—¿Es cierto que ese joven mató al dragón?

—Es cierto, contestó ésta; entonces juré callar, y he tenido que cumplir el juramento; pero hoy, conocida ya la infamia del mariscal sin mi participación, puedo hablar. Sí, añadió, designando á Gottlieb, sí, ése es el vencedor del dragón; á él le di mi pañuelo y á sus animales mis alhajas. Por esto pedí el plazo de un año y un día para casarme con el mariscal, esperando que durante ese tiempo se averiguaría lo sucedido.

Entonces el rey reunió un consejo compuesto de doce individuos para juzgar al mariscal, el cual fué condenado á que le descuartizaran cuatro bueyes.

La sentencia se ejecutó con gran satisfacción de los súbditos del rey, que detestaban al mariscal.

El rey dió á su hija en matrimonio al cazador, y le nombró gobernador de todo el reino.

Celebróse la boda con gran pompa, y el joven gobernador hizo ir á vivir con él á su padre legítimo y á su padre adoptivo.

Tampoco olvidó al posadero y, llamándole á la corte, le dijo:

—Como me he casado con la hija del rey, vuestro jardín y vuestra casa me pertenecen.

—Es muy justo, contestó el posadero.

—No, dijo el joven; será justo, pero no clemente. Guarda tu casa y tu jardín, y por añadidura quédate con las mil monedas de oro.

Tal vez creáis, queridos niños, que mi historia termina aquí; pero estáis en un error. Más adelante sabréis una verdad bien triste, y es que cuando se cree haber conseguido la mayor dicha, se está con frecuencia expuesto á caer en el más cruel infortunio.

IV

El joven príncipe y su esposa vivían muy felices, y como Gottlieb, á pesar de ser príncipe también, no había olvidado su antiguo oficio, iba á menudo de caza, recreándose grandemente en este ejercicio.

No hay para qué decir que cada vez que salía á cazar le acompañaban sus animales.

A unas cuantas leguas de la ciudad había una selva que pasaba por abundante en caza, pero que tenía muy mala fama; se había visto entrar en ella á muchos cazadores, pero ni uno solo había salido, sin que nadie pudiera decir lo que había sido de ellos.

Cada vez que el príncipe pasaba por delante de aquella selva, meneaba la cabeza diciendo:

—No estaré contento hasta haber penetrado en esa selva, y averigüe por mí mismo lo que en ella pasa.

Creció tanto este deseo, que Gottlieb no dejó tranquilo al anciano rey hasta que le concedió el permiso que solicitaba.

Así, pues, una mañana partió á caballo acompañado de numerosa escolta, y al llegar al lindero del bosque vió una cierva blanca como la nieve.

—Aguardadme aquí, dijo á los hombres de su escolta; quiero dar caza á esa magnífica pieza.

Y entró en el bosque, seguido solamente de sus fieles animales.

Sus gentes le aguardaron hasta la noche; pero como no le vieran volver, fueron á palacio y contaron á la joven reina lo que había pasado.

La pobre princesa, que adoraba á su Gottlieb, quedó sumida en horrible tristeza.

Entretanto, el joven príncipe había perseguido á la cierva blanca sin perderla de vista, pero sin poderla alcanzar. Hacía cinco horas que duraba la persecución, cuando de pronto el animal se dispó como el humo.

Entonces notó que se había introducido demasiado en el bosque. Cogió su trompa y la hizo resonar con todas sus fuerzas; pero, por más que escuchó, sólo oyó el eco que le respondía. En tal situación, y viendo que cerraba la noche, resolvió quedarse en la selva hasta la mañana siguiente, pensando que le sería impo-

sible dar con el camino de vuelta. Apeóse, pues, del caballo, encendió fuego al pie de un árbol y se preparó á vivaquear.

Se había tendido ya junto al fuego, así como sus animales, y ya no veía más que donde alcanzaba la claridad proyectada por la hoguera, cuando le pareció oír una voz humana que se quejaba. Miró á su alrededor, pero no vió alma viviente.

Resonó otro gemido, el cual procedía de arriba.

Gottlieb levantó la cabeza, miró al aire y vió una vieja encaramada en un árbol.

—¡Uy, uy! decía la vieja. ¡Qué frío tengo!

El joven príncipe la miró con extrañeza y se compadeció de ella, aunque tenía todo el aspecto de una lechuza más bien que el de mujer.

—Si tenéis tanto frío, bajad y os calentaréis, la dijo.

—No, porque me morderían vuestros animales, contestó la vieja.

Y en seguida repitió:

—¡Uy, uy! Me estoy helando.

—Mis animales no hacen daño á nadie, respondió Gottlieb; no hay que tenerles miedo. Venid, pues, á sentaros al fuego.

—No: tengo mucho miedo. No bajaré, á no ser que queráis tocar el lomo de vuestros animales con la rama que voy á echaros: entonces bajaré.

Gottlieb se echó á reír; y como no veía ningún inconveniente en hacer lo que le pedía la vieja, á la que tenía por loca, le contestó:

—Bueno; pues arrancad la rama, echádmela

y tocaré con ella el lomo de mis animales.

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando la rama caía á sus pies.

La cogió sin desconfianza y tocó con ella á sus animales, que, á su contacto, se quedaron enteramente inmóviles: estaban convertidos en piedra.

Mientras Gottlieb consideraba con estupefacción el prodigio que se acababa de operar, la vieja se deslizó á lo largo del tronco del árbol, y tocó por la espalda con su varita al joven, que al instante quedó petrificado como sus animales.

En seguida los arrastró, á él y á sus cinco animales, hasta una caverna, donde había ya otras muchas personas convertidas en piedras por sus maleficios.

Transcurrieron muchos días, y la joven princesa, viendo que no volvía su marido, estaba cada vez más triste.

Acontecía esto, por fortuna, en el momento en que el hermano del príncipe, el que había marchado hacia Oriente, regresaba al reino. Había buscado modo de vivir, y, no habiéndolo encontrado, se dedicó á hacer bailar sus animales en ferias y mercados.

Mas, como obedeciendo á una inspiración del cielo, se le ocurrió ir á ver el cuchillo que habían clavado en un árbol; y cuando llegó adonde estaba este árbol, vió que la hoja del cuchillo estaba reluciente por el lado por donde él llegaba y enmohecida por la parte hacia donde se había encaminado su hermano.

Pero sólo estaba enmohecida á medias.

Se asustó y dijo para sí:

—Alguna desgracia debe haberle sucedido á mi hermano; pero quizás le podré salvar, puesto que la mitad de la hoja está limpia.

Marchó, pues, sin pérdida de momento por el camino de Occidente; y cuando llegó á la puerta de la capital, el oficial que allí estaba de guardia le preguntó si quería que se avisase á su esposa su llegada, porque la princesa estaba hacía días llena de inmortal inquietud, persuadida de que había perecido en la selva encantada.

Y era que el oficial le tomó por el príncipe mismo, porque los dos hermanos se parecían extraordinariamente, á lo cual debe agregarse que también le acompañaban un león, un oso, un lobo, un zorro y una liebre.

El recién llegado comprendió que, según toda probabilidad, se trataba de su hermano, pensó que convenía hacerse pasar por él y que este error contribuiría probablemente á salvar á Gottlieb.

Hízose, pues, llevar á palacio, donde se le recibió con gran alegría.

La joven princesa creyó firmemente que era su marido y le preguntó por qué había estado tanto tiempo ausente.

—Me perdí en el bosque, y hasta hoy no he podido encontrar el camino, contestó.

Por la noche se le condujo á la alcoba de su hermano y se le invitó á acostarse en el lecho real; pero al acostarse puso entre él y la princesa una espada de dos filos: ella no sabía lo que esto significaba; pero no se atrevió á preguntárselo.

Wilfrido pasó dos días enterándose de todo lo

que se contaba acerca del bosque encantado, y al tercer día dijo:

—Decididamente, es preciso que yo vuelva á cazar á la selva.

El anciano rey y la princesa hicieron todo lo posible por disuadirle de ello; pero insistió y á la mañana siguiente partió con la misma escolta que había acompañado á su hermano.

Por el camino fué hablando astutamente con el oficial que la mandaba; de suerte que, como éste creía hablar con el joven príncipe, dijo á Wilfrido todo cuanto quería saber.

Al llegar al bosque, divisó la cierva blanca que había visto su hermano, y, como él, dijo á su escolta:

—Quedaos aquí, que yo voy á cazar solo á ese hermoso animal.

Y entró en la selva seguido únicamente de sus animales; persiguió á la cierva sin poder alcanzarla, vió que se desvanecía en el momento en que creía acorralarla, y al llegar la noche se creyó obligado, como su hermano, á vivaquear en el bosque.

Había encendido una hoguera como su hermano, cuando oyó gemidos sobre su cabeza.

—¡Ay, ay! decía una voz. ¡Qué frío hace aquí!

Levantó la cabeza y vió á la vieja bruja de ojos de lechuza.

—Si tienes frío ahí arriba, le dijo, baja y ven á calentarte.

—No bajo, contestó la bruja, porque tus animales me comerían.

—Mis animales no son malos; no te harán nada: baja.

—Voy á echarte una varita, y, si los tocas con ella, no me harán nada, en efecto.

Al oír estas palabras, el cazador demostró alguna sorpresa y dijo:

—Debe bastarte que yo te responda de mis animales: baja; pues, de lo contrario, iré á buscarte.

—¡Venir á buscarme! contestó la vieja. Aunque quisieras no podrías.

—Eso lo veremos, dijo el cazador; y para empezar voy á dispararte un balazo.

—No me dan cuidado tus balas: pruébalo y verás.

El cazador la apuntó y le disparó un tiro.

Pero como era bruja, estaba á prueba de las balas de plomo.

—¡Qué torpe eres! exclamó la vieja con risa sardónica.

Y le tiró su bala de plomo.

Al ver este mal resultado, el cazador, que rara vez erraba el golpe, no dudó ya de lo que era aquella vieja.

Por esto probó otro medio y, cargando de nuevo su escopeta, metió en el cañón uno de los botones de plata de su casaca; y como la bruja no estaba á prueba de las balas de plata, le rompió una pierna haciéndola caer del árbol al suelo.

El cazador le puso el pie en el pecho y le dijo:

—Vieja tunante, si no me dices al instante lo que has hecho de mi hermano, te echo á lá hoguera.

La bruja tuvo miedo y pidió perdón.

—¿Dónde está mi hermano? preguntó el cazador, más imperiosamente que la primera vez.

—Tu hermano está en una caverna convertido en piedra, así como sus animales, contestó la vieja.

El joven la obligó á que le condujera á la caverna, lo que hizo andando á saltos, y cuando llegaron le dijo:

—Ahora, mala bruja, no solamente vas á devolver la vida á mi hermano y á sus animales, sino también á todas las personas que están aquí petrificadas.

Viendo la hechicera que era preciso obedecer, cogió una varita y tocó cada piedra, y el joven príncipe y sus animales se levantaron, así como una porción de personas, viajeros, mercaderes, artesanos y soldados, que dieron calurosas gracias á su libertador y se marcharon cada cual por su camino.

Cuando los dos gemelos se vieron, se abrazaron con gran efusión, regocijándose de todo corazón de haberse encontrado tan milagrosamente.

En seguida se apoderaron de la bruja, y, para que no hiciera á nadie lo que á ellos les había hecho, la arrojaron al fuego, donde se quemó viva.

Apenas hubo muerto, la selva encantada desapareció como un vapor, y desde el sitio en que estaban los dos hermanos pudieron ver no tan sólo la ciudad, sino también el palacio del rey.

Al instante tomaron el camino del regio alcázar, y de paso se contaron sus aventuras. Gottlieb dijo á su hermano cómo había llegado á ser yerno del rey y gobernador general de todo el reino.

Cuando hubo terminado su relato, el hermano tomó la palabra á su vez:

—He notado, dijo, que cuando entré en la ciudad todo el mundo me tomó por ti y me tributó honores reales: hasta tu mujer ha incurrido en esta equivocación; de suerte que he tenido que sentarme á la mesa á su lado y dormir con ella.

Al oír esto el joven príncipe, sintió unos celos furiosos que le cegaron hasta el punto de sacar su sable y cortar de un tajo la cabeza á su hermano.

Mas apenas había cometido este homicidio, se arrojó sobre el cuerpo decapitado, mesándose los cabellos, y demostrando la mayor desesperación.

Entonces el oso, que en las circunstancias más graves no perdía su presencia de ánimo, se acercó á él y le dijo:

—No te desesperes, amo mío: todo puede remediarse. La cabeza está cortada con limpieza y puede unirse al cuerpo. La liebre conoce la raíz de vida con que pegamos la tuya, y tendrá una satisfacción en prestarte el servicio de ir á buscarla.

—¡Oh mi querida liebre! exclamó Gottlieb juntando las manos.

Pero la liebre estaba ya lejos; corría tan de prisa que apenas se la podía seguir con la vista.

Tanto corrió que á las veinte horas estaba ya de regreso.

Pusieron el cuerpo de pie, la cabeza sobre el cuello, la raíz de vida entre los dientes, y la cabeza se adhirió tan perfectamente que el hermano mayor ignoró siempre lo que había pasado y creyó que le había sorprendido un profundo

sueño, atribuyéndolo á lo muy cansado que estaba.

Pero como ya se hallaba descansado y dispuesto, echó á andar inmediatamente, y á las dos horas llegaban á las inmediaciones de la ciudad.

Entonces Gottlieb dijo á su hermano:

—Te pareces tanto á mí que es fácil confundirte conmigo; tienes como yo vestiduras reales, y como á mí, tus animales te siguen. Entremos en la ciudad cada cual por una puerta opuesta, y lleguemos al mismo tiempo á palacio.

Al hermano mayor le pareció bien la proposición, y ambos se separaron.

Llegados á la ciudad, cada uno se presentó, como habian convenido, en la puerta opuesta.

El oficial de guardia se puso al punto en marcha; y como había uno en la puerta en que se presentaba el joven príncipe, y otro en aquella á donde había llegado su hermano, ambos entraron en palacio á la vez, anunciando los dos la llegada de príncipe con sus animales.

—Eso no es posible, dijo el rey. ¿Cómo puede estar mi yerno al mismo tiempo en la puerta del Norte y en la del Mediodía? Las dos puertas distan entre sí una legua.

En aquel momento llegaron los dos hermanos por lados opuestos. Se apearon del caballo en el patio, cada cual á un lado de la escalinata, y subieron juntos á la sala de recepción.

—Hija mía, dijo el rey á la princesa, mira cuál de los dos es tu marido, porque yo no acierto á conocerlo.

La princesa se quedó muy perpleja, cuando

de pronto se acordó de los regalos que había hecho á los animales.

Detrás de Gottlieb estaba el león con su collar de esmeraldas, el oso con sus pendientes de diamantes, el lobo con su brazaletes de perlas, el zorro y la liebre con sus anillos, uno de zafiros y otra de rubíes.

La princesa extendió la mano hacia Gottlieb y dijo:

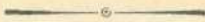
—Este es mi marido.

—Es verdad, contestó el príncipe riendo.

Todos se sentaron en seguida á la mesa. La comida fué alegre, y cuando por la noche Gottlieb acompañó á su mujer á su alcoba, ella le preguntó:

—¿Por qué pusiste la noche pasada entre tu y yo una espada de dos filos? Al pronto me asusté mucho, creyendo que querías matarme.

Entonces el joven príncipe conoció cuán fiel le había sido su hermano.



VI

EL SASTRECILLO VALIENTE

I

En una hermosa mañana de verano hallábase sentado ante su ventana un sastre de Biberich. Estaba de buen humor, y mientras tiraba de la aguja cantaba á voz en cuello una antigua balada en la que se trataba de un pobre pastor que se había casado con la hija de un emperador.

Entonaba la última estrofa de su canción cuando pasó por la calle una aldeana gritando:

—¡Á la buena mermelada! ¿Quién compra?
¡Á la buena mermelada!

No le pareció mal aquel grito al sastrecillo, quien abrió la vidriera, sacó la cabeza y dijo:

—¡Eh, buena mujer! Aquí, aquí; ven y te compraré algo.

La vendedora subió de cuatro en cuatro los escalones del cuarto piso de la casa del sastre, creyendo que, en efecto, iban á comprarle gran cantidad de su mercancía.

Confirmóse esta creencia cuando aquél le hizo destapar todos sus tarros uno tras otro, mermelada de ciruelas, de albaricoques, de manzanas, de peras, etc.

El sastre, escogiendo la mermelada de albaricoques, se cortó una buena rebanada de pan, y dijo á la aldeana:

—Ponme aquí una buena capa de esta mermelada, y, aun cuando sea una onza, no importa, porque hoy el trabajo no ha ido mal.

La pobre mujer, que había tomado por lo serio las palabras del sastrecillo y que creyó que le iba á comprar lo menos la mitad de su mercancía, revolvió el puchero de su mermelada de albaricoques con la cuchara de madera, y, conforme se lo había pedido el sastre, le extendió en el pan una buena capa de este dulce.

—Aquí tenéis por valor de un kreutzer, le dijo.

El sastre regateó algo, pero, por fin, se decidió y pagó lo pedido.

La aldeana se marchó refunfuñando, pero el sastre no le hizo caso.

—¡Cómo voy á regalarme! pensó. Pero antes de hincarle el diente voy á concluir esta casaca.

Y, tomada esta resolución, dejó á un lado la rebanada de pan y siguió cosiendo; pero como el dulce le atraía, hacía los puntos cada vez más grandes.

Mientras tanto, el olor de la mermelada se

difundió por el cuarto y atrajo las moscas, que volaban á centenares, en términos de que, con riesgo de lo que pudiera sucederles, las golosas se posaron en masa sobre la rebanada.

—¡Ah, pícaras! ¿Quién os ha convidado? dijo el sastre.

Y procuró espantarlas con la mano.

Pero las moscas, momentáneamente espantadas, volvieron cada vez en mayor número.

El sastrecillo temió que, si acababa la casaca, por grandes que hiciera las puntadas, y si dejaba tranquilas á las moscas, por poco que cada una de ellas comiera de la mermelada, no encontraría más que el pan mondo y lirondo cuando concluyera la casaca.

—Aguardad, aguardad, dijo sacando el pañuelo; yo voy ahora á daros mermelada.

Y golpeó á las golosas sin misericordia.

Cuando se cansó de golpear, todas las moscas que sobrevivieron á la batalla volaron al techo; contó las muertas, y vió que había siete tendidas, cuatro de las cuales se movían aún.

Está visto que soy todo un valiente, exclamó el sastrecillo, entusiasmado de su denuedo. Es preciso que toda la ciudad sepa lo que acabo de hacer.

Y en seguida se cortó un cinturón de una pieza de paño de la que debía hacer un traje para el cura, y en este cinturón respunteó en grandes letras con hilo encarnado: *¡Siete de un golpe!*

Hecho el cinturón se lo ciñó, y parecióle que le comunicaba un aire tan valiente y arrojado que exclamó:

—¡No tan sólo debe saber la ciudad lo que soy, sino también el mundo entero!

Entonces, dejando la casaca á medio concluir y la pieza de paño sin cortar, excepto el cinturón que había sacado de ella, se comió el pan que había sido causa de toda aquella exaltación y registró la casa para ver si podía llevarse algo.

No encontró más que un pedazo de queso rancio, del tamaño de un huevo, poco más ó menos, y tan duro que parecía una piedra, á pesar de lo cual se lo metió en el bolsillo.

Al salir de la ciudad, vió una alondra que aleteaba en un matorral. Corrió á ella, vió que estaba cogida en un lazo, la sacó de él á tiempo para salvarle la vida, y se la guardó viva aún en el otro bolsillo, cerrándolo con un botón.

Entonces se lanzó animosamente por el camino, y como era listo y estaba alegre, no sintió ningún cansancio.

Andando, andando, llegó á lo alto de una montaña, en cuya cumbre estaba sentado un gigante.

Este gigante era tan alto que parecía una estatua viviente, á la que la montaña servía de pedestal.

Cualquiera que no fuese el valiente sastrecillo habría echado á correr; pero él, al contrario, se acercó en derechura al gigante.

—¡Buenos días, camarada! le dijo echando atrás la cabeza para procurar ver su rostro. Apuesto á que has subido á esta montaña para ver el vasto mundo. Yo he emprendido un viaje para visitarlo. ¿Quieres venir conmigo?

El gigante bajó la cabeza, buscó con la vista

al sastrecillo, acabó por encontrarlo, y mirándole con desprecio le dijo:

—¡Ah, estúpido! ¡Yo ir con un ser tan insignificante como tú!

—¡Hola, hola! ¿Esas tenemos? contestó el sastre.

Y, desabrochándose el jubón, enseñó arrogante-mente al coloso su cinturón, en el cual estaban escritas las palabras: *¡Siete de un golpe!*

El gigante las leyó, creyó que se referían á siete hombres muertos por el sastre de un solo golpe, y empezó á sentir por él cierta consideración.

Con todo, quiso ponerle á prueba, y cogiendo una piedra le dijo:

—Toma: haz esto.

Y la estrujó de tal modo que brotaron de ella algunas gotas de agua.

—¡Bah! exclamó el sastre. ¿No es más que eso? En mi país eso es un juego de niños.

Y, sacándose del bolsillo el queso, lo aplastó tan bien, que le escurrió agua por todos los dedos.

El gigante, engañado por el color, tomó el queso por una piedra.

No sabía qué decir, pues no creía capaz de semejante proeza á un hombrecillo como aquél.

Entonces el gigante se bajó, cogió un guijarro y lo lanzó á tal altura que casi se le perdió de vista.

—¡Ea, arrapiezo: haz otro tanto! dijo.

—Bien tirado, replicó el enano. Pero, por alta que haya subido la piedra, ha vuelto á caer. Yo voy á tirar una que no caerá.

Y fingiendo bajarse y coger un guijarro, se metió la mano en el bolsillo, sacó la alondra, la lanzó al aire, y el ave, contenta de verse libre, subió, subió tanto que no volvió á bajar.

—¿Qué tal? dijo el sastre. ¿Qué te parece, camarada?

—Muy bien, contestó el gigante; pero ahora vamos á ver si eres capaz de llevar cierto peso.

—Ponme el mundo en un hombro, replicó el sastrecillo, y me lo pasaré al otro al cabo de una hora.

El gigante llevó al sastrecillo adonde había un roble desarraigado y tendido en el suelo.

—Ayúdame á sacar este árbol del bosque, si te atreves, le dijo.

—¡Ya lo creo! Cárgate el tronco en un hombro, y yo llevaré la copa con todas sus ramas. Supongo que no negarás que yo cargo con lo más pesado.

El gigante no lo negó; se echó el tronco áuestas, mientras el sastre se sentó tranquilamente en una rama; y como el gigante no podía volverse para mirar detrás de sí, debió llevar él solo el tronco y además al sastre, sudando la gota gorda, mientras éste iba silbando alegremente, como si llevar aquel enorme roble fuese para él una bagatela.

Después de haber andado así algún tiempo, arrastrando tan pesada carga, el gigante se detuvo sofocado.

—Voy á soltar el árbol, dijo, porque no puedo ya ir más lejos.

El sastre se apresuró á saltar al suelo, cogió entre sus brazos el extremo de la última rama,

como si la hubiese llevado siempre y la siguiera llevando aún, y dijo al gigante:

—¿Tan robusto mocetón como pareces, y no puedes llevar la parte que te toca de este árbol? Vamos, vamos, amiguito: no eres muy fuerte.

Continuaron su camino, el gigante, avergonzado de su flaqueza, callado y cabizbajo; mientras que el sastre, alegre y avispado, iba con la cabeza muy levantada y orgulloso de su superioridad sobre el gigante.

Al poco rato pasaron por delante de un cerezo.

El gigante cogió el árbol por la copa, donde pendían los frutos más maduros, la encorvó y se la puso en la mano al sastrecillo, diciéndole:

—Sostén esta rama y comamos las cerezas.

Pero el sastrecillo era demasiado débil para sujetar la copa doblada; de suerte que cuando al enderezarse dió una fuerte sacudida, levantó al sastre, que pasó por encima de la copa del árbol, y por suerte suya fué á parar al otro lado cayendo en tierra blanda, por lo cual no se hizo ningún daño.

—¿Qué significa esto? preguntó el gigante. ¿No tienes fuerza para sujetar este débil arbusto?

—¡Bah! Cuando uno ha aplastado una piedra hasta el punto de sacar agua de ella, lanzado un guijarro á tanta altura que no ha vuelto á caer al suelo, llevado á cuestras un roble tan pesado que ha estado á punto de aplastarte, ¿no podría doblar un triste cerezo? Lo que he querido demostrarte es que he podido saltar por encima de él: á ver si haces tú lo mismo.

El gigante probó á hacerlo; pero, habiéndosele

enredado los pies en las ramas, fué á caer pesadamente, y cuan largo era, en el campo, donde el sastrecillo había caído de pie.

—¡Pardiez! dijo. Puesto que eres tan bravo camarada, ven á pasar la noche en nuestra caverna.

—De buen grado, contestó el sastrecillo sin vacilar.

Y siguió al gigante.

Al entrar en la caverna vió allí una docena de gigantes que estaban cenando. Cada uno tenía un gamo ó un corzo asado cogido por las patas traseras, y le hincaba el diente que era un primor.

El sastre miró en torno suyo, y viendo la inmensa caverna, dijo para sí:

—Vaya, que esto es un poco más grande que mi taller.

Luego, cogiendo un pedazo de pan y una tajada de carne, cenó á su vez, fué á beber agua al manantial, y entró tranquilamente en la caverna preguntando al gigante:

—¿Dónde me acuesto?

El gigante le designó una cama que vendría á ser como doce ó quince mesas de billar puestas una á continuación de otra.

El sastre empezó por meterse en ella; pero, pareciéndole demasiado grande, bajó al otro lado y se acostó entre la cama y la pared.

A la media noche, el gigante que allí le había llevado se levantó sin hacer ruido y, creyéndole profundamente dormido, cogió una barra de hierro y de un solo golpe partió la cama por la mitad.

—¡Bravo! exclamó después de esta proeza. Lo que es por esta vez creo haber acabado con ese saltamontes.

Al rayar el día, los gigantes se marcharon á la selva, y se habían olvidado ya totalmente del sastrecillo, cuando vieron que se acercaba á ellos gozoso y cantando.

—*¡Siete de un golpe!* exclamaron al verle. Como no somos más que doce, ni siquiera tendria para dos golpes.

Y echaron á correr como alma que lleva el diablo.

II

El valiente sastrecillo no se entretuvo en correr detrás de los gigantes, cuya compañía no le interesaba en modo alguno, y continuó solo su camino andando en línea recta, porque le importaba poco la dirección que podía seguir.

Después de caminar desde el amanecer hasta el mediodía, llegó al jardín de un hermoso palacio que le pareció ser el del rey del país; y como estaba cansado se tendió en la hierba y se durmió.

Durante su sueño, algunas personas que pasaban se fijaron en él, conociendo que era forastero, y leyeron en su cinturón: *¡Siete de un golpe!*

—¡Dios del cielo! exclamaron. ¿Qué viene á hacer aquí, hallándonos en paz, semejante matachín? Debe ser algún héroe de gran renombre.

Fueron á anunciárselo al rey, diciéndole que,

si estallaba alguna guerra, sería un hombre muy útil y que importaba, por consiguiente, no dejarle marchar.

Aprobó el monarca este consejo, y envió en busca del durmiente á uno de sus cortesanos con el encargo de que le hiciera proposiciones para entrar en su servicio.

El mensajero no se atrevió á despertar á un hombre que parecía tan terrible, por miedo de que se despertara de mal humor, y se quedó de pie delante de él, aguardando que quisiera abrir los ojos.

El sastre, después de hacer esperar al enviado del rey una hora larga, empezó, por fin, á estirarse, á rascarse la oreja y á guiñar los ojos.

El cortesano desempeñó entonces su comisión, ofreciéndole en nombre del rey toda clase de ventajas si accedía á aceptar un grado en el ejército.

—¡Pardiez! contestó el sastrecillo. Para eso he venido; pero os advierto que no aceptaré ningún grado que no sea el de general en jefe.

—Creo que es el que el rey se propone ofrecer á vuestra excelencia. Por lo demás, si queréis seguirme á palacio donde Su Majestad os espera, pronto sabréis á qué ateneros.

Con esta promesa, el sastre siguió al cortesano á palacio.

El rey, que le estaba aguardando, le recibió con los mayores honores, concediéndole el título de general en jefe interino, le fijó el sueldo de veinte mil florines y le dió por morada uno de sus palacios.

Pero todos los militares de alta graduación le miraban de reojo; envidiaban su rápido encum-

bramamiento, y lo habrían enviado á todos los diablos.

—¿Qué va á ser de nosotros? decían. Si alguna vez tenemos una cuestión con semejante mozo, será capaz de matar de cada golpe siete de nosotros, y eso nadie lo puede permitir.

Entonces decidieron ir todos á ver al rey y presentarle sus dimisiones.

—No estamos hechos, le dijeron, para alternar con un hombre cuya divisa es: *¡Siete de un golpe!*

El rey se disgustó mucho al ver que por un hombre de tan gran valor, sin duda, pero de tan pobre apariencia, iba á perder á sus más fieles servidores; maldijo la facilidad con que se había entusiasmado por el recién llegado, y confesó sin rebozo que quisiera verse libre de él; pero no se atrevió á despedirle, porque temía que derrotara á su ejército, venciera á su pueblo y le destronara.

Después de muchas vacilaciones se le ocurrió una idea.

Mandó á decir al sastre que, puesto que era tan gran héroe, debía serle enojoso el estado de paz en que se encontraban, y que, siendo así, tenía que hacerle una proposición.

—A fe mía que ya empezaba á estar aburrido de pereza y avergonzado de mi ociosidad, contestó el sastre. Decid al rey que en cuanto almuerce iré á saber cuál es la proposición que quiere hacerme.

Pero el rey no creyó conveniente verse delante de un hombre tan terrible, y le envió á decir que no se molestara y que se le comunicaría la proposición en su casa.

En efecto, el mismo cortesano que había ido la primera vez á buscar al sastre se le presentó de nuevo.

Estaba encargado de la proposición del rey.

El monarca hacía saber á su general en jefe que en una selva de su reino cuyo plano le enviaba, había dos enormes gigantes que sólo vivían de sangre y de rapiña, de incendio y de saqueo, y que causaban los mayores daños en el país.

Se los temía tanto que nadie se atrevía á atravesar aquella selva, ó si por casualidad la atravesaba alguien, consideraba su vida en peligro mientras no había salido de ella.

Si mataba á los dos gigantes, le casaría con su hija única, la cual le llevaría en dote la mitad de su reino.

Además, el rey ofrecía al valiente sastrecillo cien jinetes para ayuda y escolta.

—¡Oh! exclamó el sastre, me conviene la proposición. Conozco los gigantes, he tenido ya que habérmelas con ellos y se me importan un bledo. Y la prueba es que para nada necesito los cien jinetes que el rey me ofrece. Iré solo en busca de los gigantes, lucharé con ellos solo y los venceré. Aquel que mata siete de un golpe no se asusta de dos gigantes.

Partió, pues, el sastrecillo, y como el rey había insistido en que le acompañaran los cien jinetes, los dejó á la entrada de la selva, diciendo:

—Quedaos aquí: voy á despachar á esos pícaros, y cuando haya acabado vendré á decíroslo.

Los cien jinetes, que no deseaban otra cosa sino que su general en jefe desempeñara aquella

tarea por sí solo, se quedaron en el lindero de la selva, mientras que el sastre penetraba animosamente en lo más intrincado de la espesura.

Mas, conforme iba avanzando, acertaba el paso mirando con atención alrededor; de suerte que acabó por divisar á los dos gigantes que estaban dormidos al pie de un árbol y roncaban á más y mejor.

El sastre, que no tenía nada de perezoso, no perdió momento: se llenó los bolsillos de piedras y subió al árbol á cuyo pie estaban tendidos sus enemigos, árbol que por casualidad tenía tanto ramaje que era casi imposible descubrir su tronco entre las hojas.

Al llegar á la mitad de la altura del árbol, el sastre se montó en una rama precisamente encima de la cara de los gigantes, y desde allí dejó caer una piedra, después dos, y luego tres sobre el ojo de uno de ellos.

Este, á la primera piedra, no sintió nada; á la segunda, casi nada; pero á la tercera, que era un poco más gorda, abrió el ojo y dió un empujón á su vecino diciéndole:

—¿Por qué te entretienes en hacerme cosquillas en la nariz mientras duermo? No me fastidies.

—Estás soñando, contestó el otro. Duermo á pierna suelta y no me ocupo en hacerte cosquillas.

Y los dos gigantes se volvieron á dormir.

Entonces el sastre lanzó al pecho del segundo gigante una piedra, y después dos y luego tres.

—¿Qué me estás haciendo en el pecho? preguntó éste.

—Nada. Lo mismo me ocupo en ti que en el Gran Turco.

Y se dirigieron algunas palabras acerbas; pero como ambos estaban cansados, se durmieron otra vez.

El sastrecillo cogió entonces la piedra más grande que tenía, y la tiró con toda su fuerza á la nariz del primer gigante.

—¡Esto es ya demasiado! gritó éste poniéndose en pie furioso; lo que es ahora no dirás que no has sido tú.

Y se agarró á brazo partido con su compañero, que, estando también de mal humor, le devolvió golpe por golpe sin más explicación; de suerte que, á fuerza de pegarse mutuamente, se pusieron tan rabiosos, que, arrancando árboles para servirse de ellos como mazas, se hirieron uno á otro hasta que los dos cayeron muertos.

Entonces el sastrecillo, bajando con presteza del árbol, dijo para sí:

—He tenido gran suerte en que nó se les haya ocurrido arrancar el árbol al que me había encaramado. Habría tenido que saltar como una ardilla al árbol vecino; pero ¡bah! ¡Soy tan listo!

Sacó el sable, dió á cada gigante un par de tremendas estocadas en el pecho, y en seguida fué en busca de su escolta.

—Es cosa hecha, dijo á los jinetes. He despachado á esos dos tunantes. Por cierto que me ha costado trabajo; pero ¿qué podían con un hombre como yo, que mata siete de un golpe?

—General, ¿no estáis herido? le preguntaron los soldados.

—¡Herido yo! contestó. ¡Pues no faltaría más!

A Dios gracias, no me han tocado ni un cabello.

Los jinetes no podían dar crédito á lo que oían; pero, á instancias del sastrecillo, que iba á su cabeza, entraron en la selva, en la que encontraron á los dos gigantes bañados en su sangre, y alrededor de ellos los árboles arrancados y la tierra removida.

Los jinetes se miraron unos á otros como diciéndose:

—¡Cáspita! La cosa ha sido seria. ¡Qué arrojado es nuestro general en jefe!

El sastrecillo cortó las cabezas á los dos gigantes, las colgó del arzón de su silla y entró triunfante en la ciudad seguido de sus cien jinetes.

El rey, al saber su regreso por un mensajero que el sastre le envió para saludarle y anunciarle su victoria, salió á su encuentro hasta el lindero del bosque.

Allí el sastre le exigió el cumplimiento de su promesa, es decir, la mano de su hija y la entrega de la mitad del reino; pero como el rey se arrepentía de haber hecho tal promesa, le dijo:

—Antes de darte mi hija y la mitad de mi reino, es preciso que llesves á cabo otro hecho brillante.

—¿Cuál? preguntó el sastre.

—En otra de mis selvas hay un unicornio que causa grandes estragos: es forzoso que me lo traigas vivo para mi caza de fieras.

—Lo mismo se me da del unicornio que de los dos gigantes, respondió el sastre: mi divisa es: *¡Siete de un golpe!*

Cogió dos cuerdas de igual longitud y una carreta tirada por dos bueyes para poner en ella

el unicornio cuando lo hubiera cogido, y se hizo acompañar de los cien jinetes, no para que le auxiliaran, sino tan sólo para que le guiaran hasta la entrada del bosque donde esperaba encontrarlo.

Una vez en el bosque, no tuvo necesidad de buscar mucho tiempo.

El unicornio, al verle, corrió hacia él para traspasarle.

—¡Poco á poco, amiguito! le dijo el sastre. No hay que ir tan de prisa.

Y se detuvo junto á un árbol, aguardó á que el unicornio estuviera á diez pasos de él y pasó con presteza al otro lado del árbol.

El unicornio, que le arremetía para traspasarle, metió su cuerno tan profundamente en el árbol que antes que tuviera tiempo de sacarlo, el sastre le ató las cuatro patas con las dos cuerdas.

—¡Ya ha caído el pájaro! exclamó saliendo de detrás del árbol.

Y con la punta de su sable desprendió el cuerno del tronco.

El unicornio, al sentir libre su cuerno, quiso huir; pero como tenía las cuatro patas sólidamente atadas, cayó al suelo sin poder levantarse.

Entonces el sastrecillo volvió adonde estaban sus soldados y les dijo:

—Traed la carreta, porque el animal está cogido.

Pusieron el unicornio en la carreta y el sastre se lo llevó al rey.

Pero éste no quiso todavía dar al vencedor la recompensa doblemente ganada y puso una tercera condición.

Antes de celebrar su casamiento, el sastre debía apoderarse de un enorme jabalí que en nada cedía al de Calidón.

Aquel jabalí hacía grandes destrozos en otro bosque perteneciente también al rey.

El monarca vacilaba en hacer esta proposición al sastrecillo, porque conocía demasiado que éste, por poca que fuese su mala voluntad, estaba en el derecho de rechazarla; pero el sastre, siempre valiente, contestó:

—Señor, lo haré de buen grado: para mí es un juego de niños coger un jabalí.

El rey le dió los cien jinetes; pero, lo mismo que hizo con el unicornio y con los dos gigantes, el sastre no permitió que entrasen en el bosque. Penetró, pues, solo con gran satisfacción de los soldados, que sabían lo que era el jabalí, pues en otra ocasión habían querido cogerlo y los recibió de modo que se les quitaron las ganas de volver.

El valiente sastrecillo, que pensaba que el valor no está reñido con la prudencia, empezó por reconocer los lugares.

A unos cien pasos del cubil del jabalí había una pequeña capilla gótica cuyas ventanas eran tan estrechas que era preciso ser muy delgado para pasar por ellas.

Enfrente de las ventanas había una entrada cerrada por una buena puerta de roble.

—¡Magnífico! exclamó el sastre. Aquí tengo preparada una buena ratonera.

Y desde el umbral de la capilla se puso á tirar piedras con toda su fuerza al matorral donde estaba el jabalí.

Una de las piedras alcanzó al monstruo.

Se levantó sobre sus patas traseras, y entonces le pareció al sastre que su enemigo tendría lo menos cuatro pies de alto.

En cuanto á su grueso, estaba en proporción.

Pero nada de ello asustó al sastrecillo, que siguió atacando al animal y provocándole con sus gritos.

El jabalí miró á todos lados con sus ojillos cubiertos de largos pelos, pero que brillaban bajo ellos como carbunclos.

Al ver luego al sastre, le arremetió castañeando los dientes.

Pero en el momento en que el jabalí entraba por la puerta, el sastre salía por la ventana.

El jabalí quiso hacer lo mismo, pero la ventana era demasiado estrecha.

Mientras se obstinaba inútilmente en pasar por la abertura, el sastre dió rápidamente la vuelta á la capilla y fué á cerrar la puerta con llave; de suerte que el animal, conforme aquél lo había dicho, quedó efectivamente cogido como en una ratonera.

Entonces el sastre condujo á sus cien soldados á la capilla, para que viesan á su prisionero.

Luego pasó con ellos á ver al rey, á quien dijo que ya no debía preocuparse del jabalí, y que de allí á ocho días el monstruo habría muerto de hambre, á no ser que él mismo prefiriese ir á fusilarle por gusto, disparándole á través de las ventanas de la capilla.

Entonces forzoso le fué al rey ceder, y por fin entregó su hija al valiente sastrecillo juntamente con la mitad de su reino.

Es inútil decir que no lo hizo sin disgusto; pero si hubiera sabido que su yerno, en lugar de un gran guerrero, era un triste sastre, su disgusto habría sido mayor.

Hízose la boda con gran magnificencia, pero con poca alegría, al menos por parte de la novia y del suegro, pues, en cuanto al pueblo, estaba muy satisfecho de verse protegido por tan valiente defensor.

Algún tiempo después la joven reina oyó una noche que su esposo decía soñando en alta voz:

—Muchacho, acábame esa casaca y remienda ese calzón: si no, te pegaré con la vara de medir en las orejas.

Por esto comprendió lo que era su marido, y al otro día se lo fué á contar todo á su padre, rogándole que la librara de un esposo tan indigno de ella.

El rey la consoló.

—Esta noche, le dijo, dejarás abierta la puerta de tu alcoba; mis criados estarán en el corredor, y cuando tu marido se haya dormido le agarrarán y le embarcaremos en un buque que le llevará al otro extremo del mundo.

Este plan puso muy contenta á la joven, porque se había casado con el sastre obligada y á la fuerza.

Pero el escudero del rey, que lo había oído todo y se había hecho muy amigo del sastre á causa de su valor, contó á éste todo el complot.

—Está bien, se limitó á decir el sastrecillo.

Y por la noche se acostó, como de costumbre, al lado de su esposa.

Cuando ésta le creyó dormido, se levantó, abrió muy despacio la puerta y volvió á acostarse sin hacer ruido.

El sastre, que se fingía dormido, dijo entonces en voz alta:

—Muchacho, acábame pronto esa casaca y remienda ese chaleco: de lo contrario, te pegaré con la vara de medir en las orejas. Yo, mientras tanto, voy á sacudir una paliza á los que vienen á prenderme. ¡Voto á bríos! He matado siete de un golpe, he exterminado dos gigantes, he agarrado al unicornio y he cogido al jabalí, y ¿habría de asustarme esa cuadrilla de truhanes que está á la puerta? ¡Ea, siete de un golpe: siete de un golpe!

Al oír estas palabras terribles que les anunciaban una muerte pronta é inevitable, sobre todo después de lo que sabían, ó más bien de lo que creían saber acerca de la fuerza y del arrojo del sastre, los que habían ido á prenderle huyeron como si los persiguiera todo un ejército; de suerte que en lo sucesivo nadie se atrevió á indisponerse con el rey *Siete de un golpe*, que así le llamaba el pueblo.

Un año después, el viejo rey murió, y, con gran contento del pueblo, el rey *Siete de un golpe* heredó la otra mitad del reino.

Yo sé dónde reina ese excelente rey, queridos niños; pero no quiero decirlo porque allí viven tan felices bajo sus leyes que, si se conociera su residencia, todos los demás pueblos se marcharían de su país para establecerse en el suyo.

VII

LAS MANOS GIGANTESCAS

Un pobre niño volvía del bosque cargado con tanta leña como podía llevar un muchacho de su edad.

Se llamaba Willie y tenía once años.

Estaba cansado, tenía hambre y por las mejillas le corrían gruesas lágrimas.

Pero lo que le hacía llorar no era el hambre ni el cansacio, sino el recuerdo de su padre, fallecido en la primavera anterior; la idea de que iba á volver á su casa y á encontrarla vacía, pues su madre debía estar dedicada, por su parte, á un trabajo tan rudo como el suyo.

En efecto, la casa estaba vacía, pero al mismo tiempo tan pobre que á su madre ni siquiera se le había ocurrido, al salir, cerrar la puerta con llave, pues en tan miserable vivienda no había nada que pudiera tentar la codicia de los ladrones.

Entró en la pieza, que hubiera servido de cocina en toda casa donde se comiera, y echó uno ó dos puñados de leña en las cenizas del hogar. Pronto brotó una llama brillante, á la que se calentó los pies descalzos é hinchados. Entonces, mientras miraba el humo que trazaba figuras fantásticas en la ancha chimenea y que ocultaba con sus nubes las vigas del techo, dió un gran suspiro, porque no veía puesta al fuego la marmita que á aquella hora debía estar en él.

Un gato negro, sentado junto al hogar, parecía entregado á las mismas reflexiones que el niño.

—Esto no puede durar mucho tiempo, pensaba el muchacho; porque ya empiezo á ser grande y fuerte, y el Señor me ha concedido en su bondad brazos bastante robustos para no tenerlos ociosos. En cambio, mi pobre madre está cada día más débil. Hata ahora, ella es la que ha trabajado para mí: de hoy en adelante yo debo trabajar para ella. Cuando yo sea un hombre hecho y derecho, no trabajaré nada, sino que se quedará en casa haciendo la comida, que hoy nos falta á menudo, pero que entonces no faltará, gracias á mi trabajo.

Willie tenía razón en hablar así, porque era naturalmente laborioso y no se quedaba mano sobre mano cuando podía utilizar sus escasas fuerzas.

Más tranquilo y con la resolución tomada, aguardó el regreso de su madre. Estaba seguro de que volvería rendida de cansancio para compartir con él su cena, por pobre que fuese.

No tuvo que esperar mucho tiempo; levantóse

el picaporte, y la buena mujer entró. Abrazó á Willie y en seguida se dejó caer, llorando, en una silla.

Estaba cansada, casi aniquilada, y sólo traía un pedazo de pan.

El niño la abrazó á su vez, y le dijo en voz baja:

—Madre, he tomado la firme resolución de irme á recorrer el mundo para buscar trabajo, á fin de no ser una carga para ti.

La buena mujer prorumpió en sollozos.

—Sé que esto es muy duro, prosiguió el pequeño Willie; pero convendrás, buena madre, en que no hay otro medio de evitar el hambre. Cuando te quedes sola, ganarás lo bastante para ti, y cuando yo esté solo á mi vez, fuerza será que salga adelante; luego creceré, seré fuerte, haré fortuna y me volverás á ver rico para cuidar de tu vejez y mantenerte á mi vez sin que necesites hacer nada.

La madre de Willie tenía el corazón destrozado; pero comprendía, lo mismo que el inteligente muchacho, que era el único medio de salir de apuros.

Amaneció el día brillante y alegre, como si hubiera querido estimular la animosa resolución del niño. La madre abrió el viejo armario de nogal; sacó de él los únicos zapatos del muchacho, cuidadosamente conservados para los días de fiesta, y los limpió, así como la ropa de los domingos, que, á decir verdad, no valía más que la de diario, porque estaba remendada con obstinación por la pobre madre. Sin embargo, Willie se vió muy elegante, y quedó con-

vencido de que semejante traje hablaría muy en su favor.

Madre é hijo comieron tristemente las sobras del pan de la víspera, procurando no mirarse el uno al otro para ocultar las lágrimas que corrían de sus ojos.

¡Oh! Creedlo, queridos niños que amáis á vuestras madres y sois adorados por ellas: el pobre Willie necesitó mucho valor para despedirse de la suya.

—¡Ea, querida madre, balbuceó, por fin; es preciso que me vaya. Mira, hace un tiempo magnífico, el sol me sonríe, y el camino parece extenderse ante mí como una inmensa pradera.

Su madre le contempló con mirada inquieta, como si oyese hablar de aquel proyecto por vez primera; estalló su dolor con violencia sin igual y echó los brazos al cuello de su hijo, sollozando como sólo puede hacerlo una madre cariñosa.

El niño procuró consolarla y sonreír en medio de su llanto, y, poniéndose, por fin, el sombrero con ademán resuelto, cogió su palo y sus alforjas, abrazó á su madre por última vez, y, alejándose animosamente de ella, dió su primer paso por este mundo, que le era enteramente desconocido.

Pero su madre lanzó un grito de dolor; Willie se volvió, y la buena mujer se cogió de su brazo para atravesar con él el jardinillo, que era su único goce y que se encontraba en el camino del niño.

Allí acortaron un poco el paso. Cada flor era una amiga que, inclinándose á su paso, parecía pedir á su vez que se despidiera de ella. En fin,

abrióse de par en par la pequeña verja de madera, y Willie traspuso, sin titubear, el umbral.

Allí se renovaron las lágrimas y los besos, hasta que, por último, conociendo la buena mujer que aquella situación no podía durar, pues era muy dolorosa para los dos, se tapó la cara y lloró silenciosamente. El niño se volvió, porque sentía cuán difícil le era desprenderse de un cariño tan grato y sincero; pero su deber estaba trazado por su voluntad, y su corazón debía obedecer. Así fué que, dando el postrer adiós á su madre, se alejó llorando.

La alondra se lanzaba á los aires cantando su alegre canción matinal; el aire suave y perfumado de las primeras horas del día refrescaba la ardorosa cabeza de Willie; poco á poco cesaron de correr sus lágrimas; pero su pecho, henchido de sollozos, se dilataba de vez en cuando, porque, en el fondo, su dolor era siempre el mismo, sólo que, cuanto más se alejaba de la casa, andaba con mayor ánimo. Tenía ante sí la tierra prometida, y su imaginación infantil llena de ensueños de ventura. Pensaba en la alegría que inundaría su corazón cuando al regresar hollara con su pie los mismos prados que pisaba al partir y volviera cargado de riquezas que ofrecería á su madre.

A medida que estas ideas acudían á su imaginación, le consolaban, y se puso á tararear una canción para probarse á sí mismo que estaba lleno de ánimo y voluntad.

De pronto, al atravesar un valle sembrado de flores silvestres que exhalaban deliciosos perfu-

mes, vió por el sendero que seguía una nube vaporosa y diáfana, de la que salían dos manos gigantescas. No era cosa de asustarse, porque se presentaban abiertas ante él en el césped, y en su actitud no se adivinaba la menor intención de amenaza.

Se había parado mirándolas con sorpresa, cuando una voz que parecía salir de la nube, le dijo:

—Willie, no temas nada; conozco tus proyectos y he venido á protegerte. Persevera en tu intención de ser laborioso, y estaremos siempre prontas á ayudarte. Seremos invisibles para todos los ojos menos para los tuyos, y nos encontrarás siempre que nos necesites. Sigue, pues, adelante sin temor: tienes abierto el camino de la buena suerte, como lo está siempre para los que son sinceramente industriosos.

—Os doy las gracias, manos gigantescas, respondió Willie descubriéndose. Estoy seguro de que me queréis bien. Soy demasiado pequeño para que me queráis mal ó para que me lo hagáis; y siempre he visto, aun entre los animales, á los grandes y á los fuertes proteger á los débiles.

Las dos manos desaparecieron, y Willie continuó su camino.

El buen muchacho se sentía tan tranquilizado por aquella aventura extraordinaria, y que prometía tanto en favor de sus propósitos, que, mientras andaba, saltaba y bailaba con una alegría que jamás había sentido, ni aun en sus juegos. En virtud de aquella promesa, le parecía que ningún obstáculo podía oponerse á su ca-

rrera, y se regocijaba por ello mientras proseguía su camino.

Entretanto, avanzaba el día, y Willie acortaba el paso porque empezaba á sentirse cansado. Se tendió en el césped, miró el cielo, siguió con la vista la marcha de las nubes, que huían unas ante otras por la inmensidad del firmamento; pero, mientras estaba tendido así, descansando un rato, le pareció oír algo semejante al fragor del trueno; prestó más atención, y conoció que el ruido procedía de muy lejos, pero no del cielo. Levantóse y echó á andar en dirección del ruido, que iba siendo cada vez más fuerte. Llegó, por fin, al borde de un precipicio y vió una grande é imponente cascada espumosa que se despeñaba desde cincuenta pies de altura con atronador estruendo.

Willie miró á derecha é izquierda; pero el formidable obstáculo le interceptaba por completo el paso. Le sería preciso remontar el río, porque era un verdadero río, hasta encontrar un puente; pero ¿lo encontraría? ¿Lo había acaso? Era dudoso.

El pobre niño se quedó desalentado; sentóse junto á la catarata, sin fuerzas ya, y se echó á llorar.

Hacía apenas un minuto que se dejaba llevar de su aflicción, cuando de pronto se sintió levantado suavemente del suelo por una mano gigantesca que le elevó por encima de las aguas amenazadoras y le puso sano y salvo en la orilla opuesta.

Tan luego como la mano hubo dejado al niño en pie, se hizo impalpable y luego indistinta;

pero antes que se hubiera disipado por completo, Willie, que era un niño bien criado, tuvo tiempo de quitarse el sombrero y decir:

—Os doy las gracias de todo corazón, buena manaza: habéis cumplido vuestra promesa y os estoy agradecido.

Seguro ya de que la aparición de las manos gigantescas no era un sueño, puesto que, con su ayuda, se encontraba transportado de un lado á otro de la catarata, aumentó el valor de Willie con la certidumbre de la protección que velaba por él y del inmenso poder de esta última.

Poco después llegó á un bosque espeso, donde había árboles prodigiosamente altos, de troncos nudosos, muy juntos y cuyas enormes ramas se entrelazaban del modo más fantástico, sin contar los matorrales y las raíces parecidos á serpientes que anduvieran por el sendero, como para impedir al viajero la entrada de aquellas verdes profundidades.

Pero Willie no hizo caso de aquellos obstáculos, acordándose del que le había estorbado el paso y tan fácilmente allanado gracias á las manos gigantescas. En su consecuencia, se metió resueltamente en la espesura dando golpes á derecha é izquierda para abrirse paso con un buen palo que había cortado al entrar en el bosque. Iba avanzando, cuando de pronto oyó un aullido feroz á pocos pasos de él.

Paróse de repente, temblando de miedo.

Miró á todas partes y con verdadera consternación vió un lobo enorme que se había lanzado fuera de la espesura y se aprestaba á cortarle el camino.

Redobló su terror cuando vió las patas blancas y los ojos sangrientos de la fiera, y dióse ya por perdido, porque todas sus fuerzas y todo su valor no podían luchar con semejante adversario. Se puso, pues, á encomendar su alma á Dios, cuando con gran alegría vió que una de las dos grandes manos, saliendo del espeso follaje de un árbol vecino, se situó entre él y su enemigo, mientras que la otra mano, cogiendo al lobo por los costados, le hizo crujir las costillas y lo ahogó.

Willie cayó de rodillas, y dirigió á Dios, que indudablemente estaba oculto detrás de aquellas grandes manos, fervientes acciones de gracias por haberle sacado de aquel terrible trance. En seguida buscó las manos, pero ya no las encontró: se habían desvanecido como la nube de que salían.

Extenuado de fatiga, se sentó al pie de un árbol, decidido á pasar allí la noche; y abrió las pequeñas alforjas, donde su madre había puesto todo el alimento que pudo reunir. Le tenían tan preocupado las extraordinarias aventuras que le habían sucedido á causa de la aparición de las manos gigantescas, que ni siquiera se acordó de comer en todo el día.

Terminada su cena, pensó en lo que debería hacer para arreglarse una cama en aquella inmensa alcoba; porque, desde que el lobo había sido estrangulado, le parecía tener todo el bosque por suyo.

Empezó por reunir una cantidad suficiente de hojas secas para hacer más blanda su cama; y se preparaba á acostarse al aire libre, cuando con

grande asombro y mayor contento vió que las manos gigantescas se extendían sobre él con sus dedos entrelazados, de modo que formaron una pequeña tienda, lo más perfecta que pudiera verse. El corazón le saltaba en el pecho de gratitud á las grandes manos, porque comprendía que, con semejante protección, podía dormir tranquilo.

—Os doy de nuevo las gracias, buenas manazas, dijo, por todos los cuidados que os tomáis por mí y por los servicios que me habéis prestado; pero, antes de ponerme á recitar mis oraciones, ¿no podríais decirme algo de mi buena madre, vosotras que sois tan poderosas? ¿Se ha consolado algo de mi ausencia? ¿Tiene que comer?

—Querido Willie, respondió una voz, tu madre no se ha consolado, porque un corazón maternal no se consuela fácilmente; pero ya no está intranquila, porque sabe que estás bajo la protección de Dios, como todos los niños buenos. Tiene y tendrá siempre que comer, porque es laboriosa. Se le han enviado sus manos desde nuestro reino, donde jamás se han hecho manos ociosas. Duerme, pues, en paz, para que te despiertes descansado y dispuesto para el trabajo de mañana.

Willie rezó sus oraciones, y luego se acostó y se quedó dormido.

Como pasó bien la noche, se levantó muy temprano; pues, según el aviso de las manos, el día debía ser de trabajo para él, y daría su resultado.

Emprendió la marcha, salió del bosque, y al

poco rato se encontró ante un gran castillo.

—Seguramente habrá algo que ganar aquí, pensó.

Aunque los escalones fuesen muy altos para él, subió la escalinata y procuró llamar, pero el aldabón estaba á mucha altura y era muy pesado.

Se puso de puntillas para alcanzarlo; mas, por fortuna, en aquel momento aparecieron las manos y dieron dos golpes tan fuertes que el ruido resonó en el valle como un trueno y retumbó á lo lejos de eco en eco.

Casi en seguida se abrió la puerta con violencia y se presentó en el umbral la dueña de la casa. Al verla, Willie quiso echar á correr, porque era una ógresa horrible y de diez pies de altura. Ella miró estupefacta al muchacho que había descargado tan vigoroso golpe; y luego, con voz tan ronca como el graznido de un cuervo, dijo:

—¿Cómo te has atrevido, miserable, á llamar de ese modo á mi puerta? ¿Eres hijo de rey, de príncipe ó siquiera de conde, para meter tanto ruido anunciando tu llegada?

Willie se detuvo temblando al oír los acentos de aquella voz terrible, porque comprendió que sería inútil que tratase de huir, y, quitándose el sombrero, contestó:

—No, princesa, no soy nada de eso, sino un pobre aldeanito que desearía saber si necesitáis un criado para servirlos en vuestro magnífico castillo.

—¡Tú criado! Y ¿qué puedes hacer con semejantes manos?

—Todo cuanto plazca á Vuestra Alteza, porque tengo muchas ganas de trabajar.

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

—Pues entra, porque precisamente se han marchado mis criados por no tener bastante trabajo.

Willie jamás había oído decir que los criados se marcharan de una casa porque no tuvieran trabajo: habría, pues, vacilado si hubiera tenido tiempo para ello; pero á la ogresa le bastó alargar la mano para cogerle y hacerle entrar á la fuerza.

En efecto: bien pronto echó de ver que, muy lejos de no tener nada que hacer en aquel castillo, había trabajo para diez criados. Su primera ocupación fué preparar la comida, y ¡qué comida! Lo menos para veinte personas, aunque la ogresa vivía sola.

Agréguese á esto que, como en casa de su madre, el pobre Willie no hacía grandes guisos, pues no tenía siquiera las primeras nociones de cocina.

Por lo demás, nada faltaba en el castillo: la despensa estaba provista de caza y de viandas frescas; la bodega, de vinos, y las huertas de verduras y frutas. Luego, en una repostería especial había grandes mesas de mármol con toda clase de pescados.

Aquella abundancia arrancaba suspiros al pobre Willie, porque habría bastado para la manutención de toda su aldea.

Añadamos que estaba bastante apurado para saber por dónde debía empezar.

En aquel momento aparecieron las manos gigantescas poniéndose á trabajar.

Una empezó por raspar las zanahorias y limpiar las cebollas de la olla, mientras que la otra

desollaba liebres y conejos y desplumaba faisanes y perdices. Luego, cuando quedó terminada esta tarea preparatoria, se pusieron á rellenar esto ó á hervir lo otro, á condimentar salsas, á amasar pastas, á cortar pan, á espumar el puchero, á poner al fuego las cacerolas, en términos que daba gusto ver marchar toda una cocina con tal conjunto.

Willie ayudaba con sus manecitas á las grandes en cuanto podía.

Puso la mesa como jamás se había puesto: la ogresa comió, sonrió con complacencia al llegar á los postres, y le pareció que su criado era un tesoro.

Los egoístas son siempre ingratos: ésta es una verdad que conoceréis más adelante, queridos niños. La ogresa no dejó de serlo: cada vez se mostraba más exigente con el pobre Willie, que, á pesar de la ayuda de las grandes manos, no tenía un minuto de reposo.

Un día, que había sido más exigente que de costumbre, el niño le dijo:

—Princesa, yo trabajo tanto como puedo, y os aseguro que otro cualquiera se habría rendido ya. Apenas me queda tiempo para dormir, y gracias si consigo satisfacer vuestro terrible apetito.

Queridos niños, si hubieseis podido ver la cara que puso la ogresa al oír esta sencilla observación, os habríais asustado tanto como se asustó el pobre Willie.

—¡Miserable! aulló. Ganas me dan de hacerte trizas con mis uñas y mis dientes; mas por esta vez te perdono. Ten presente desde este momento

que, si llega á faltar un rábano siquiera, te como en lugar de él.

—Entonces, princesa, contestó Willie, tened la bondad de ajustarme la cuenta.

La ogresa se puso encendida de cólera, porque comprendió que, si el pequeño Willie se marchaba, no podría sustituirle con nadie. Se levantó furiosa de su sillón para llevar á cabo su amenaza; pero el niño, asustado, se puso á correr por la habitación dando vueltas alrededor de los muebles, y luego se lanzó al corredor.

La ogresa salió persiguiéndole, chocando sus mandíbulas una contra otra, y ya iba á alcanzarle, cuando de pronto apareció una enorme mano, la cogió por la cintura, y, á pesar de sus alaridos, pasó con ella por una ventana que daba al mar.

El pequeño Willie siguió á la mano muy alegre, dándole mil gracias por haber acudido en su socorro tan oportunamente.

Entretanto la mano tenía á la ogresa suspendida sobre las mugientes olas.

—¡Piedad! ¡Perdón! gritaba la ogresa al ver el abismo abierto á sus pies.

Pero como era una mujer mala, la mano gigante no le tuvo compasión; la fué soltando poco á poco, y la ogresa, dando un grito de desesperación, cayó al mar con tal estruendo que las salpicaduras saltaron hasta la torre más alta, y los peces asustados huyeron hasta dos leguas más allá.

No hay para qué decir que la ogresa se hundió hasta lo más profundo del mar y no volvió á salir á la superficie.

Willie se apresuró á salir del castillo, y cuando se halló en la playa miró las olas con cierto temor, creyendo á cada momento que iba á asomar la cabeza de la abominable ogresa; pero, como hemos dicho, no reapareció.

No vió más que las buenas manos que le seguían, comprendiendo la necesidad que de ellas tenía. Penetraron en el mar precisamente á sus pies. El niño saltó á la palma de una de ellas y se sentó entre el índice y el pulgar. Cada mano tenía, á guisa de mástil, un enorme trinchante al cual estaban atados á modo de velas los dos pañuelos más hermosos de la ogresa. Estos pañuelos se inflaron al soplo del viento, y, como éste era favorable, empujó al otro lado del mar.

Al salir la luna, se encontró desembarcado con toda seguridad y cómodamente instalado en la granja de un buen labrador al cual se había dirigido y que le prometió darle tanto trabajo cuanto pudiera hacer. Pero cuando el labrador le hizo esta promesa, no sabía qué buen trabajador le deparaba la Providencia.

A la mañana siguiente, Willie se fué al campo; era la época de comenzar la siega, y el labrador le designó un gran campo de trigo por segar. Willie se puso en mangas de camisa, cogió su hoz y dió principio á su tarea.

Al punto salieron á sus lados las grandes manos y empezaron á ayudarle, segando el trigo con dos hoces enormes y no deteniéndose sino para atar las gavillas.

Por la noche, Willie había segado y engavillado tanto como podían haber hecho diez hombres.

Al otro día el labrador fué á su campo y se quedó lleno de asombro.

Miraba alternativamente al muchacho y el resultado de sus trabajos, prometiéndose hacer todos los sacrificios posibles para tener siempre á su servicio á un criado tan útil.

—Puesto que tan bien sabe segar y engavillar, dijo para sí, también sabrá labrar.

En consecuencia, cuando concluyó la siega, que el pequeño Willie acabó solo del mismo modo que la había empezado (por supuesto, ayudándole las grandes manos), el muchacho quedó convertido en labrador.

Se le quiso dar caballos ó bueyes; pero él dijo que procuraría pasar sin ellos; y como el labrador tenía gran confianza en su aptitud, dijo que se arreglara como quisiera.

Ya comprenderéis, queridos niños, que Willie había contado con las manos gigantescas, y no anduvo descaminado, porque las dos se engancharon al arado, y por la noche estaban abiertos en diez fanegas de tierra unos surcos tan derechos como lo es la línea seguida por una flecha disparada por un brazo vigoroso.

El labrador hacía su recorrida á caballo sin comprender nada, porque las grandes manos, visibles para Willie, eran invisibles para él. Lo único que veía era un arado que avanzaba solo y hacía tanto trabajo como jamás lo había visto hacer á arado alguno. Semejante prodigio daba al traste con toda su experiencia; pero como era hombre religioso, bendecía á la Providencia, que le había enviado un labradorcillo tan sorprendente.

Willie fué admitido á la mesa del buen labrador que pensó que nunca haría demasiado por él. Estaba viudo y tenía una hija de quince años, que era la que cuidaba de la casa; era muy bonita, y tan aficionada al trabajo como Willie.

Nancy, que así se llamaba la joven, quería mucho á Willie, el cual tenía dos años más que ella, del mismo modo que Willie habría querido mucho á Nancy si hubiera creído que le era permitido alzar los ojos hasta la hija de su amo.

Trascurría así el tiempo apaciblemente, Willie enviando todo lo que ganaba á su madre por conducto de las grandes manos, que eran los mensajeros más seguros y rápidos que pudiera encontrar. Por la noche, entregaba su dinero á la mano derecha ó á la izquierda indistintamente, y, aunque había cien leguas desde la granja hasta la casa de Willie, la mano partía al punto cerrada, y no se abría sino para dejar el dinero sobre la mesa de la buena madre, donde ésta lo encontraba al levantarse.

Mientras tanto, Willie llegaba á ser mayordomo del labrador. Era ya un gallardo mancebo de veintiún años y Nancy una hermosa doncella de diez y nueve.

Cierto día que había ido á las montañas para reunir los ganados que permanecían en ellas durante el verano y llevarlos á pasar, como de costumbre, el invierno en la granja, donde debían esquilarlos, operación que era una de las ganancias del buen labrador, estalló una furiosa tormenta, y copiosos torrentes de agua inundaron el valle, arrastrando rebaños y pastores.

Willie, en lugar de exponerse como los otros,

había tenido la precaución de retener en la ladera de la montaña los animales que se le habían confiado; pero no dejó de asustarse al ver á qué altura subían las aguas, convertidas en un verdadero río.

Buscaba un camino por el cual pudiera llegar á la granja dando un gran rodeo, cuando, en el momento en que menos lo esperaba, vió que las dos manos gigantescas se extendían sobre las aguas y formaban el puente más perfecto que se pueda imaginar.

Como no tenía miedo, pasó el primero; sus carneros le siguieron, y con gran júbilo de todos, y en especial de Nancy, que estaba más inquieta aún por el pastor que su padre por los carneros, entró en la granja de su amo sin haber perdido un corderillo.

Willie recibió aquella vez doble recompensa.

Se había acostado lleno de alegría, pensando que en poco tiempo sería bastante rico para ir á reunirse con su buena madre, y se había dormido plácidamente dando gracias al Señor, cuando de pronto le despertaron unos gritos de terror y de desesperación.

Saltó de la cama y, vistiéndose apresuradamente, salió al patio de la granja.

Con extraordinario terror, encontró á su amo retorciéndose las manos, presa de la más terrible angustia, porque el incendio que devoraba la granja acababa de llegar al cuarto de su hija. Nancy se había refugiado en el palomar con las palomas, sus amigas; pero las llamas la habían seguido y quemaban la escalera; de suerte que se encontraba en una especie de torre aislada,

de la que no podía bajar, á menos de tener alas como las palomas, que revoloteaban alrededor de su cabeza, y de la cual no era posible sacarla, pues ninguna escalera era bastante alta.

Willie, que se había encaramado al tejado más próximo, estaba desesperado, porque no veía medio de salvar á su querida Nancy, cuando de repente aparecieron las manos gigantescas, y, poniéndose á lo largo de la pared de la casa, formaron una escalera, cada uno de cuyos escalones era un dedo. Willie subió por ellas sin vacilar, llegó hasta la ventana, desde la que Nancy pedía socorro, la cogió en brazos, bajó por la misma gigantesca escalera por donde había subido, y dejó á la joven sana y salva en brazos de su padre.

*
* *

A los seis meses del suceso que acabamos de referir, se oían rechinar en el camino que iba á casa de la madre de Willie las ruedas de una carreta muy cargada y cubierta con un toldo tan blanco como la nieve.

—¿Qué había en esa carreta? preguntaréis, queridos niños.

Echadle una ojeada, y veréis á Willie sentado junto á una hermosa joven, que era su esposa.

Aquella joven era Nancy, la hija del labrador.

Ambos iban, tirados por las manos gigantes, á la casa de la madre de Willie, con objeto de llevarle un mueblaje magnífico, si quería continuar viviendo allí, ó con el de decirle:

—Madre: aquí tenéis un sitio á nuestro lado, si queréis venir á la granja.

Por fin, llegaron al sendero que iba á parar á la cabaña. La madre de Willie estaba á la puerta, inquieta y, aunque no estuviera advertida, esperaba algo extraordinario.

Las madres, queridos niños, tienen siempre estos presentimientos.

Willie fué el primero en verla y saltó del carro.

Su madre lanzó un grito y ambos corrieron á abrazarse, mientras Nancy juntaba las manos y daba gracias á Dios por presenciar el grato espectáculo de la reunión de un hijo con su madre.

Aquella noche se acostaron tarde en la casa, junto á un fuego agradable y una mesa bien servida.

Durante la velada, Nancy, que estaba cansada, se durmió, y entonces Willie se lo refirió todo á su madre. Creía que iba á maravillarse mucho al oír el relato sobre el auxilio que le habían prestado las manos gigantescas; pero no fué así: la madre se sonrió y, abrazando á su hijo, le dijo:

—Hijo mío, has tenido, en efecto, mucha suerte, pero la has merecido por tu constancia, tu voluntad y tu trabajo. Lo que te parece milagroso es para mí muy natural. Muchas gentes han conocido antes que nosotros esas manos gigantescas, y otras las conocerán después que nosotros; su poder es inmenso y están siempre prontas á acudir en auxilio de los que son buenos y animosos. Se pueden esperar de ellas recompensas positivas y una fortuna se-

gura; porque son las poderosas manos de la industria.



La madre de Willie prefirió irse á vivir con su hijo y su nuera; regaló su casa á una mujer más pobre que ella y se encaminó con ellos á la granja, donde, después de vivir muchos años contenta y satisfecha, se durmió con el sueño de los justos, rodeada de sus hijos y sus nietos.



VIII

LA CABRA, EL SASTRE Y SUS TRES HIJOS

I

LA BESTIA MALICIOSA

Érase una vez un anciano sastre que tenía tres hijos y una cabra.

Como el pobre sastre había ido perdiendo la vista y apenas podía trabajar, la cabra era la providencia de los tres jóvenes y del anciano, á los que mantenía con su leche.

Pero el pícaro animal se cansó de que le ordeñaran dos veces al día, y resolvió librarse de aquella esclavitud y recobrar su libertad.

Como cuanto mejor alimentada estaba producía más leche, el viejo sastre recomendaba á sus tres hijos, encargados por turno de apacentarla, que la llevaran á los mejores prados que pudieran encontrar.

Cierto día el mayor la llevó á pacer al cementerio, donde había hierbas tan altas como ella, y allí la dejó correr y saltar á su gusto, lo que la cabra no dejó de hacer.

Cuando llegó la hora, el joven preguntó al animal:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra respondió:

—¡Ya lo creo! Jamás he comido tan bien. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—Pues ¡ea, vámonos!

Y, cogiéndola de la cuerda, la llevó al establo y la ató al pesebre.

—¿Ha comido bastante la cabra? preguntó el sastre á su hijo al verle entrar.

—¡Ya lo creo! contestó el joven. Y tanto que me ha dicho que nunca había comido tan bien.

El anciano quiso cerciorarse por sí mismo de esta afirmación; fué al establo, acarició á la cabra y le preguntó:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra respondió con tono de mal humor:

—¿Cómo he de estarlo si no he hecho otra cosa sino saltar sobre tumbas y no he encontrado la menor brizna de hierba? ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—¡Hola, hola! exclamó el sastre, furioso. ¿Qué significa esto?

Y, volviendo á la casa, dijo á su hijo mayor:

—¡Embustero! Acabas de decirme que la cabra ha tenido cuanta hierba ha querido, y ella misma me ha confesado que la has dejado ayunar. ¡Aguarda, guarda!

Y, en su enojo, cogió la vara de medir, y dió con ella una paliza á su hijo.

Al día siguiente le tocó al menor.

Sabedor de lo que había sucedido á su hermano, resolvió tomar sus precauciones para que no le sucediera lo mismo.

Escogió, pues, en el extremo del huerto un sitio abundante en hierba y soltó en él la cabra.

Ésta se despachó á su gusto y comió la hierba al ras del suelo.

Llegada la noche, el hijo menor se acercó al animal y le preguntó:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra contestó:

—¡Ya lo creo! Jamás he comido tan bien. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—Pues volvamos á casa, dijo el joven.

Y ató la cabra en el establo, como lo había hecho su hermano.

—¿Qué tal? preguntóle el anciano sastre cuando le vió volver.

—¡Oh! contestó el joven. Ha comido hasta más no poder.

Pero el sastre, no fiándose en lo dicho por su segundo hijo, como no se había fiado en las palabras del primero, fué al establo y preguntó al animal:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra contestó refunfuñando:

—¿Satisfecha de qué? No he hecho otra cosa más que saltar sobre las toperas, donde no he encontrado la menor brizna de hierba. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—¡Ah, tunante! exclamó el sastre. ¡Dejar sin comer á un animal tan bueno!

Y, volviendo furioso á la casa, cogió la vara de

medir, y, golpeando á su segundo hijo como había golpeado al primero, le echó también de su casa.

Al otro día le tocó el turno al tercero.

Éste no quiso tener nada que echarse en cara; escogió un sitio donde crecían los más tiernos arbustos y la hierba más olorosa, y allí apacentó á la cabra.

Al llegar la noche le preguntó:

—Cabra: ¿estás satisfecha?

La cabra respondió:

—¡Ya lo creo! Nunca he comido tan bien. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

Y, fiado en esta respuesta, el tercer hijo volvió á la casa con el animal, lo ató al pesebre, y fué á decir á su padre:

—Lo que es hoy podéis preguntar á la cabra: os aseguro que no tendrá motivo de queja.

El padre se fió tan poco de la palabra de su tercer hijo como se había fiado de la de los otros dos.

Fué él mismo al establo y preguntó á la cabra:

—Cabra: ¿es verdad que esta vez estás satisfecha?

—¿Cómo he de estarlo, Dios mío? respondió el animal. No he hecho más que saltar por las peñas, y no he encontrado una brizna de hierba que comer. ¡Be!, ¡be!, ¡be!

—¡Ah, trapalón! exclamó el sastre. Conque ¿también tú has olvidado tu deber como los otros? No te has de burlar más tiempo de mí.

Y, en un arrebato de cólera, dió tal paliza con la vara de medir al muchacho, que éste se escapó de la casa, como sus dos hermanos.

El anciano sastre se quedó solo en su vivienda.

Cuando se vió así, encontró la habitación demasiado grande y se vió muy abandonado.

Se puso á reflexionar que no era probable que sus tres hijos, uno tras otro, hubieran faltado á su deber y mentido del mismo modo.

Sospechó la falsedad de la cabra y quiso ver por sus propios ojos los sitios adonde la habían llevado sus hijos.

Empezó por el cementerio y vió que la hierba estaba enteramente rasa en un espacio de quince pies.

—¡Ah, ah! exclamó. Creo que he hecho mal en expulsar á mi hijo mayor y que la cabra ha mentido.

Y, cabizbajo, se fué á visitar el extremo del huerto, donde su segundo hijo había apacentado á la cabra; y vió que el sitio estaba tan limpio como el del cementerio.

—¡Ah, pícaro animal! exclamó. ¿A esto llamas no tener una brizna de hierba que comer? Pero sigamos observando antes de enfadarnos del todo.

Y fué al sitio donde su tercer hijo había llevado á la cabra. Un segador con su hoz recién afilada no lo hubiera dejado más limpio que la cabra con sus dientes.

—Está visto, dijo; la cabra es una pícara redomada, y voy á ajustarle las cuentas.

Y, así diciendo, fué á buscar jabón, una navaja de afeitar y un látigo.

Entró en seguida en el establo, y sin hacer caso de los *ibel, ibel, ibel* de la cabra, le enja-

bonó el hocico y la cabeza y la rasuró, de suerte que no le quedó un pelo de la barba de que se mostraba tan orgullosa.

Después le cortó las dos orejas tan al ras de la cabeza como ella había pastado la hierba al ras del suelo.

Finalmente, cogió el látigo y le dió tal paliza que el animal huyó balando de dolor.

Y el pobre sastre se metió en su casa, donde se encontró más solo que nunca, porque no tenía ni sus hijos ni su cabra, y quedaba privado del cariño de aquellos que eran el pan de su alma y de la leche de ésta, que era el alimento de su cuerpo.

Preguntó en todas partes si habían visto á sus hijos; pero nadie sabía el camino que habían tomado ni lo que había sido de ellos.

Pero como nosotros lo sabemos, queridos niños, os lo vamos á contar, empezando por el mayor, pasando de éste al segundo, y del segundo al tercero.

II

«MESA, PONTE»

El mayor anduvo cinco ó seis días, no deteniéndose sino para beber en las fuentes que encontraba al paso, y para comer el misero pedazo de pan que pedía por el camino cuando creía dar con un alma caritativa á la cual se atrevía á confesar que tenía hambre.

Al sexto día entró en casa de un carpintero, que accedió á tomarle por aprendiz. Allí trabajó sin descanso, y cuando terminó su compromiso, el maestro, en recompensa de sus servicios, le dió una mesita cuyo aspecto no tenía nada de particular, siendo la madera muy ordinaria.

Pero aquella mesita tenía una propiedad muy rara. Cuando se la dejaba en el suelo y se le decía: «¡Mesa, ponte!», entonces se encontraba de pronto cubierta de un blanco mantel y sobre éste un plato, un cubierto, una sopa y fuentes con asado y verdura, mientras quedaba sitio para ello.

Olvidamos decir que también había un vaso, y según el gusto del ó de los convidados, vino tinto ó blanco que daba gusto de ver.

El joven quedó encantado de semejante regalo y dijo para sí:

—Con esta mesa tienes tu vida asegurada.

Y con esta confianza en el porvenir, se puso alegremente en camino, sin preocuparse de si las posadas eran buenas ó malas, y estaban bien ó mal aprovisionadas.

Según su capricho, entraba ó no entraba en ellas, y á menudo, en los campos, en los prados, según lo que se presentaba en su camino, ó según que estaba cansado, que tenía apetito ó le parecía el sitio agradable, se descargaba de la mesita, la ponía en el suelo y decía:

—¡Mesa, ponte!

Y en seguida encontraba en la mesa todo cuanto apetecía.

Al fin, sintió deseos de volver á casa de su padre; supuso que ya debía haberse disipado

su enojo, y, gracias á su mesa mágica, estaba seguro de ser bien recibido.

Pero, al regresar á su país, llegó una noche á una posada llena de viajeros, todos los cuales comían con apetito.

Como nuestro joven parecía un compañero de buen humor, algunos le convidaron á cenar con ellos, diciéndole que si no aceptaba se exponía á no encontrar qué comer.

—Gracias, contestó el joven. No permita Dios que yo os quite de la boca lo poco que tenéis. Antes bien seré yo quien os convide.

Los otros se echaron á reír y creyeron que se burlaba de ellos.

Pero él, sin enfadarse por sus burlas, poniendo su mesita de madera en medio del comedor, dijo:

—¡Mesa, ponte!

Y en el mismo instante la mesa apareció cubierta de manjares mucho mejor condimentados de lo que se acostumbra en la cocina de una posada y exhalando un olorcillo que halagaba el olfato.

—¡Ea, amigos, á la mesa! dijo el joven.

Y los circunstantes, viendo que los convidaba formalmente, no se hicieron de rogar. Se acercaron, sacaron sus cuchillos y se pusieron animosamente á comer; pero lo que más les asombraba era ver que, conforme quedaba un plato vacío, era inmediatamente sustituido por otro lleno.

El posadero, retirado en un rincón, lo miraba todo sin acertar á comprenderlo; pero lo que sí comprendía era que semejante cocinero sería una gran adquisición para su posada.

El joven carpintero y todos los comensales se divirtieron con la mesa hasta hora avanzada de la noche, porque, si ellos no se cansaban de hacerla maniobrar, ella no se cansaba tampoco de cubrirse de nuevos platos. En fin, á eso de las dos de la mañana todos se retiraron. El carpintero arrimó la mesa á la pared y se fué á acostar.

Peró el posadero, aunque también se recogió, no podía dormir. Sentado en su cama, se acordaba de todo lo que había hecho la maravillosa mesa y repetía de continuo:

—¡Mesa, ponte! ¡Mesa, ponte!

Recordó, por fin, que tenía en el desván una mesa muy parecida á aquélla; se bajó de la cama andando de puntillas, con una vela en la mano, el oído atento, la lengua entre los dientes, subió al desván, cogió la mesa y la puso en lugar de la otra que escondió cuidadosamente.

Al otro día el joven carpintero pagó su cuarto, cogió la mesa arrimada á la pared sin notar el cambio y siguió su camino.

Al mediodía llegó á casa de su padre, que le recibió con gran alegría.

—¿Qué has aprendido, hijo mío? le preguntó el viejo sastre.

—Soy carpintero, padre, le contestó.

—Buen oficio. Y ¿qué has traído de tus viajes?

—Lo mejor que he traído es una mesita.

El sastre examinó la mesa por todas partes y, meneando la cabeza, dijo:

—No has hecho una gran adquisición: es una mesa vieja y coja.

—Es posible; pero se llama: ¡Mesa, ponte!

—Y ¿qué significa eso? preguntó el anciano.

—Eso significa que cuando la coloco en un sitio y le digo que se ponga, se ve al punto cubierta de los platos más delicados y además saca de sí misma y de una bodega desconocida un vino que alegra el corazón. Convidad, pues, á todos nuestros parientes y amigos para que se regalen y regocijen; porque, gracias á mi mesita, me comprometo á agasajarlos á todos.

El viejo sastre hizo las invitaciones, y los parientes acudieron á festejar el regreso de su hijo.

Cuando todos estuvieron reunidos, el joven carpintero colocó la mesa en medio de ellos, y con un tono lleno de confianza dijo:

—¡Mesa, ponte!

Pero la mesita no le obedeció, y por más que el pobre mozo, desalentado, le dijo otras cinco ó seis veces con acento más y más imperativo: «¡Mesa, ponte!», la mesa continuó tan vacía como cualquier mesa ordinaria que no hubiera comprendido aquel lenguaje.

Entonces el pobre joven comprendió que le habían cambiado la mesa y se quedó avergonzado de pasar por un embustero. Los parientes y los amigos se burlaron de él; y como el viejo sastre, que ni siquiera tenía su cabra, estaba más pobre que nunca, tuvieron que marcharse en ayunas después de haber sido convidados á comer opíparamente.

III

EL ASNO QUE HACE ORO

El padre volvió á sus remiendos continuando su oficio; el hijo entró como oficial en una carpintería de las inmediaciones.

El segundo hijo se había puesto al servicio de un molinero. Cuando hubo acabado su compromiso, el amo le dijo:

—Para recompensarte por tu buena conducta, voy á darte un asno de una especie particular, que no tira de la carreta ni lleva sacos.

—Pues ¿para qué sirve? preguntó el joven.

—Hace oro.

—¡Diantre! Y ¿cómo hay que arreglarse para que lo haga?

—Te bastará tender un trapo en el suelo, poner al burro en medio de aquél, y decirle: «¡Brick-le-brit!» Entonces el animal arrojará oro por delante y por detrás, todo cuanto quieras, y no tendrás más trabajo que recogerlo.

El joven molinero se puso en camino, y, por donde iba, las mejores cosas apenas le parecían bastante buenas para él; cuanto más caras costaban, más de su gusto eran, porque tenía siempre los bolsillos llenos de monedas de oro del país.

Después de haber andado algún tiempo por el mundo, empezó á sentirse cansado de viajar y pensó en volver á casa de su padre.

—Cuando me vea volver con un asno que

hace oro, decía, se calmará su enojo y seré bien recibido.

Pero la suerte quiso que entrara precisamente en la misma posada en que habían cambiado la mesa de su hermano. Como lo de más valor que tenía era su burro, le llevaba del ronzal. El posadero, que era muy oficioso, quiso evitarle aquella molestia y meter al animal en la cuadra, pero el joven le dijo:

—No os molestéis: mi asno no es un rucio como los otros, y me gusta saber dónde está para no perderle de vista.

Esto pareció algo extraño al posadero, quien pensó que un individuo que cuida por sí mismo de su asno no debe tener dinero para hacer un gran gasto; pero cuando el joven se sacó dos monedas de oro del bolsillo y se las dió, diciendo que le sirviera algo bueno, el posadero abrió los ojos y corrió á buscar lo mejor que tenía. Después de cenar, el joven preguntó cuánto debía; el posadero le contestó que estarían en paz si le daba otras dos monedas de oro. Aquél se metió la mano en el bolsillo; pero vió que ya no tenía dinero.

—Aguardad un momento, dijo al posadero; no tengo dinero, pero voy á buscarlo.

Y salió, llevándose el mantel.

El posadero estaba á la vez receloso y lleno de curiosidad; receloso por sus dos monedas de oro, y curioso por saber lo que el viajero iba á hacer con su mantel.

Le siguió, y, habiendo visto que cerraba con gran cuidado la puerta de la cuadra, miró por una pequeña claraboya, y vió que el joven ex-

tendía el mantel debajo del asno, y oyó que le gritaba: «¡Brick-le-brit!»

Al punto empezó el animal á echar monedas de oro por delante y por detrás, de modo que aquello parecía una lluvia de ducados.

—¡Cáspita! exclamó el posadero. ¡Y qué pronto se acuña esa moneda! No es de despreciar semejante fortuna.

El joven pagó su cuenta y fué á acostarse.

Pero el posadero, en vez de irse á la cama, pasó cautelosamente, á la una de la mañana, á la cuadra; sacó al gran acuñador de moneda, y ató en su lugar un burro cualquiera.

A la mañana siguiente, el joven molinero salió de la posada llevándose el asno que creía ser el suyo.

Al mediodía llegó á casa de su padre, que le recibió muy bien y se alegró mucho de volverle á ver.

—¿Qué ha sido de ti, hijo mío? le preguntó el padre.

—Me he hecho molinero.

—Y ¿qué has traído de tus viajes?

—Un asno.

—Entonces será él el que te ha traído y no tú á él.

—Es que mi asno no es un asno ordinario.

—¿Será un burro sabio?

—No: es un burro de oro.

—¡Bah! Expílicate.

—Es muy sencillo: cuando le digo: «¡Brick-le-brit!», en seguida el buen animal me echa una gran cantidad de monedas de oro por delante y por detrás.

—No creeré semejante prodigio si no lo veo, dijo el padre.

—Pues lo veréis.

—¿Cuándo?

—Convidad mañana á todos nuestros parientes y amigos, y en un momento los haré ricos, empezando, por supuesto, por vos, querido padre.

—Me convendrá mucho, contestó el anciano, porque cada día pierdo más la vista, me tiembla el pulso, y así podré soltar las agujas.

Salió en seguida y fué á convidar á sus parientes y á algunos amigos.

Cuando todos los convidados estuvieron reunidos, el molinero les dijo que hicieran sitio, extendió una sábana en el suelo, y entró al asno en la habitación, cuidando de colocarle en medio de la sábana.

—Ahora, dijo, ¡atención!

Y gritó:

—¡Brick-le-brit!

Pero lo que á este grito cayó en la sábana no fueron monedas de oro, y quedó probado que el asno no entendía absolutamente nada de la ciencia de la transmutación de las substancias, ciencia que no es dado tener á todos los asnos.

El pobre molinero quedó contristado y se disculpó como pudo con sus parientes, pues vió que había sido víctima de un engaño. Los convidados se marcharon tan pobres como habían venido; y como se habían frustrado sus esperanzas, el viejo tuvo que volver á coger sus agujas y trabajar como antes.

El joven encontró colocación en casa de un molinero de las cercanías.

IV

«GARROTE, SAL DEL SACO»

El tercer hermano había entrado de aprendiz en casa de un tornero; y como era un oficio que tenía algo de artístico, el aprendizaje fué más largo que los de sus otros dos hermanos.

Estaba, pues, en casa de su amo cuando recibió una carta de su padre, anunciándole el regreso de sus dos hijos y el mal resultado de su viaje, y como ambos habían reclamado inútilmente al posadero, el uno su *mesa, ponte*, y el otro su *asno que echa oro*.

Cuando el joven recibió la carta de su padre, terminaba precisamente su aprendizaje; comprendió que, estando su padre viejo, enfermizo y pobre, debía volver á su lado para ayudarle en lo posible á pasar tranquilo el resto de sus días, y se despidió de su amo.

Este, que estaba muy satisfecho de él, le entregó un saco y le dijo:

—Aquí tienes este saco.

—Me parece que hay algo dentro, dijo el aprendiz.

—Sí, hay un garrote.

—El saco puede serme útil, contestó el aprendiz; pero ¿qué queréis que haga del garrote, que ni siquiera es bastante largo para apoyarme en él?

—Oyeme bien, le dijo su amo: si alguien te falta, no tienes más que decir: «¡Garrote, sal del

saco!» y en seguida saldrá fuera y dará tan soberana paliza á aquel de quien tengas alguna queja, que por espacio de ocho días no podrá mover pie ni mano, sin contar que el garrote no dejará de golpear hasta que le digas: «¡Garrote métete en el saco!»

El joven dió las gracias á su amo, se echó el saco áuestas y, si por el camino le amenazaba alguien, se contentaba con decir:

—¡Garrote, sal del saco!

Y el garrote, cumpliendo al punto con su deber, saltaba del saco y sacudía la ropa, hasta que caía á pedazos, del cuerpo del que la llevaba.

A eso del anochecer llegó el joven á la posada donde habían engañado á sus hermanos. Se puso el saco en las rodillas y empezó á contar todo lo notable que había visto en el mundo.

El posadero le preguntó si conocía la *mesa, ponte y el asno que echa oro*.

—Sí, dijo el joven, he oído hablar de eso; pero no es nada en comparación de lo que tengo en mi saco.

El posadero no se atrevió á preguntarle qué era lo que en él llevaba.

—¿Qué puede haber en el saco de ese viajero? pensó. Quizás esté lleno de piedras preciosas. Será preciso que me apodere de él: porque todo lo bueno se completa por el número tres.

Cuando llegó la hora de acostarse, el tornero se tendió simplemente en un banco y se sirvió del saco como de almohada.

Así que el posadero le creyó profundamente dormido, se llegó á él muy quedito y se acercó al saco para ver si podía quitárselo y poner otro

en su lugar, como había hecho con la *mesa, ponte* y el *asno que echa oro*.

Pero el tornero aguardaba esta visita, y cuando vió que el posadero alargaba la mano, gritó:

—¡Garrote, sal del saco!

Y el garrote, obediente, salió, arremetió al ladrón y le sentó de tal modo las costuras que quedaron triturados los huesos cubiertos por ellas. El posadero pedía misericordia; pero cuanto más gritaba, más fuerte sacudía el garrote.

Finalmente, derregado no tan sólo por los golpes que recibía, sino también por los gritos que daba, el infeliz cayó como muerto en medio de la sala.

Entonces el tornero le dijo:

—Mandaré al garrote que cese de golpearte; pero, si no me devuelves ahora mismo la *mesa, ponte* y el *asno que echa oro*, volverá á empezar la danza á más y mejor.

—¡Lo devolveré todo! ¡Lo devolveré todo! exclamó el posadero. Pero, ¡por Dios, haced que se meta ese demonio en el saco!

—Corriente; pero anda derecho, y cuidadito con engañarme, porque te saldría mal la cuenta.

Entonces gritó:

—¡Garrote, vuelve al saco!

El garrote obedeció y dejó al posadero en paz.

Este, fiel á su promesa, devolvió al otro día al tornero la *mesa, ponte* y el *asno que echa oro*.

El joven se puso inmediatamente en marcha, llevando por delante el asno cargado con la mesa y el saco, y á cosa del mediodía llegó á casa de su padre.

Este se alegró mucho de verle, y le preguntó, como á sus otros dos hijos, lo que había aprendido durante su ausencia.

—Padre, he aprendido á ser tornero, contestó.

—Buen oficio; y ¿qué has traído de tus viajes?

—Una cosa preciosa.

—Enséñamela.

El joven abrió su saco.

—¿Qué es eso? ¡Un palo en un saco! ¡Valiente cosa! En el bosque puedes cortar tantos como quieras.

—No, padre, porque éste obedece mis órdenes. No tengo más que decirle: «¡Garrote, sal del saco!», y al punto sale como un furioso y empieza á sacudir las espaldas de aquellos á quienes quiero hacer ese obsequio; y mientras no le digo: «¡Garrote, vuelve al saco!», seguiría golpeando hasta que hubiera muerto mi enemigo. La prueba está en que, gracias á mi garrote, he recobrado la *mesa, ponte* y el *asno que echa oro*, que un posadero infiel había robado á mis hermanos. Ahora, convidad á todos nuestros parientes; quiero obsequiarlos como merecen y llenarles los bolsillos de dinero.

El viejo sastre no se fiaba en esta promesa. Sin embargo, consiguió reunir á los parientes, que no se mostraban menos desconfiados que él.

Los dos hermanos acudieron con los parientes.

Entonces el tornero extendió una sábana en el cuarto, trajo el *asno que echa oro* y dijo á su hermano:

—Aquí tienes tu asno: ya sabes lo que debes decirle.

El molinero pronunció esta palabra:
—¡Brick-le-brit!

Y en seguida empezó á caer una lluvia de monedas de oro, sin que cesara el burro de echarlas hasta que cada uno de los presentes tuvo cuantas podía llevar.

Luego el tornero fué á buscar la mesita y dijo á su otro hermano:

—Ahora te toca á ti: dile lo que quieras.

Y, apenas hubo dicho el carpintero: «Mesa, ponte», cuando la mesa apareció puesta y con la vajilla más preciosa.

Entonces dió principio un festín como en su vida lo había soñado el anciano sastre, y toda su parentela continuó reunida y divirtiéndose hasta la mañana siguiente.

Desde aquel día, el buen sastre guardó hilo y agujas en el armario, así como su vara de medir y sus trebejos, y vivió con sus tres hijos alegre y en la abundancia.

V

LO QUE HABÍA SIDO DE LA CABRA

Y ¿adónde había ido á parar la cabra, causa de todas aquellas peripecias?

Voy á deciroslo.

Se quedó tan corrida al ver su barba rasurada y sus orejas cortadas, que fué á esconderse en el fondo de un gran hoyo.

Aquel hoyo servía á la vez de madriguera á

un zorro, de refugio á un oso y de nido á una abeja.

Zorro, oso y abeja habían salido de su morada cuando entró en ella la cabra.

El zorro fué el primero en volver.

Pero como es un animal muy cauto, empezó por examinar su agujero antes de entrar, y vió en lo más profundo una especie de cabeza de serpiente con grandes ojos brillantes como carbunclos.

Asustóse tanto que echó á correr.

El oso encontró al zorro, y, al verle tan des-pavorido, le paró preguntándole:

—¿Qué te pasa, amigo zorro? ¿Qué ha sucedido? ¡Vaya una cara que tienes!

—¡Oh señor oso! contestó el zorro. En nuestra casa hay un animal espantable que me ha mirado con ojos de fuego.

—¡Hola, hola! replicó el oso. Hay que ver qué es eso. Ven conmigo.

El zorro, siempre prudente, siguió al oso hasta su madriguera.

Al llegar á la entrada, asomó la cabeza en la abertura y miró al interior.

Pero cuando vió los ojos inflamados de la cabra se asustó también, y, no queriendo tener que habérselas con un animal tan terrible, movió la cabeza y huyó.

Por el camino encontraron á la abeja que volvia á su colmena.

El inteligente insecto observó que ni el oso ni el zorro las tenían todas consigo.

—¡Qué mala cara tienes, amigo oso! dijo. ¿Qué ha sido de tu alegría?

—No te burles, pues no sabes lo que pasa, contestó el oso, mientras el zorro apoyaba con sus ademanes las palabras de su señor; en nuestra madriguera hay un animal que no pertenece á ninguna raza conocida; nos ha mirado con ojos centelleantes y no hemos podido echarle de allí.

—Me das lástima, querido oso, contestó la abeja. Yo no soy más que un pobre y débil insecto á quien nadie hace caso cuando pasa, porque, apenas se me ve, se me pierde de vista. No obstante, sin pecar de presuntuosa, creo poder ofreceros mis servicios en esta circunstancia.

Y echó á volar hacia la madriguera común, cuidando de arreglar su vuelo al paso del oso y del zorro.

Al llegar á la abertura, entró resueltamente, mientras los dos cuadrúpedos, más circunspectos, se quedaban fuera.

Luego, sin hacer caso de aquellos dos ojos centelleantes que tanto habían asustado al oso y al zorro, fué á posarse en la nariz recién rasurada de la cabra y la picó tan implacablemente que ésta, lanzándose fuera de la madriguera, echó á correr como una loca por llanos y montes.

Nadie la volvió á ver jamás ni se supo lo que fué de ella.

El zorro, el oso y la abeja entraron en su madriguera y vivieron en tan buena inteligencia como antes.

Pero el oso y el zorro manifestaron al insecto un respeto que hasta entonces no habían pensado en demostrarle.

Esto, queridos niños, es un buen ejemplo, porque resulta de ello el respeto que los animales y hasta los hombres, que son los más curiosos de todos los animales, están obligados á demostrar á una inteligencia superior.



IX

SAN JUAN NEPOMUCENO Y EL ZAPATERO

Queridos lectores, si por casualidad tenéis que viajar por Silesia, encontraréis en muchas ciudades antiguas, lo mismo en las iglesias que en los puentes, estatuas de piedra ó de madera de un santo muy venerado.

Este santo es san Juan Nepomuceno.

El verdadero santo, es decir, el de carne y hueso, nació en Nepomuck hacia 1330, fué canónigo de Praga y capellán del emperador Wenceslao; pero, habiéndose negado á revelarle la confesión de la emperatriz Juana, de cuya fidelidad tenía sospechas el monarca, sufrió heroicamente el tormento y fué arrojado al Moldau, donde se ahogó.

Ya veis que merecía la canonización, y, en efecto, Benedicto VIII le canonizó.

En un antiguo pueblo cuyo nombre no he podido saber, por más indagaciones que he prac-

ticado para averiguarlo, ocurrió un suceso milagroso que voy á contaros.

Había en él un zapatero por el estilo del que nos habla La Fontaine, sólo que aquél estaba mucho más disgustado que éste de su oficio.

Es cierto que cualquier otro le habría disgustado lo mismo, porque, á decir verdad, el trabajo era para él una cosa insoportable, y pensaba formalmente que Dios habría podido dar á un buen hombre como él la riqueza necesaria para vivir tranquilamente sin hacer nada hasta el fin de sus días.

Fácilmente comprenderéis, queridos lectores, que, con esta inclinación á la holganza, nuestro zapatero no debía tener en abundancia lo que consideraba como los condimentos necesarios de una existencia feliz, es decir, la buena comida y el buen vino. Al contrario, hay que confesar que estaba en la mayor miseria, y si en gran parte disponía de lo que Dios concede, es decir, aire y sol, en cambio le faltaba lo que no se gana sino con el sudor de la frente: la comida y la bebida.

Muchas veces resultaba de aquí que, no queriendo trabajar ni teniendo un pedazo de pan que llevarse á la boca, se tendía en la cama, ó más bien en su camastro, para poner en práctica el proverbio un tanto ilusorio: «Quien duerme, come.»

Cierto día, en vez de acostarse, lo que había hecho la víspera sin darle el resultado que esperaba, determinó pasear, y saliendo de su chiribitil á cosa de las once de la mañana, pasó por el puente de su pueblo.

En aquel puente había una estatua de piedra de san Juan Nepomuceno que le miró sonriente.

El zapatero tomó por una burla aquella sonrisa puramente benévola del santo.

—Sí, sí, dijo; puedes reírte y burlarte de mí. En ese alto sitio todo te va bien; no tienes hambre ni sed ni necesidad de trabajar para ganarte la vida. ¡Oh! ¡Si yo estuviera en tu lugar!

Apenas soltó estas palabras, la imagen de piedra le hizo una seña con la cabeza, y con voz clara y distinta pronunció estas palabras:

—Está bien: en breve quedará realizado tu deseo; vas á ocupar mi puesto, y veremos si este cambio te hará feliz.

Al oír esta respuesta, que no esperaba, el zapatero tuvo un miedo horroroso, y echó á correr á su casa, como si le persiguieran.

Su mujer estaba lavando ropa en la fuente.

—Corre, corre, le gritó, porque el sacristán te espera en casa.

Entró en su casa y encontró en ella al sacristán, que le aguardaba impaciente.

—¡Gracias á Dios que habéis llegado! le dijo éste al verle.

—¿Qué queréis? le preguntó el zapatero, sofocado.

—Tengo que haceros un encargo muy singular, á fe mía; pero como sé que sois buen muchacho y que mediante algún dinero y una buena comida no os negaréis á prestarme un servicio, sobre todo no costando gran trabajo, no he vacilado en dirigirme á vos. Voy á deciros de qué se trata:

»Hoy es la festividad de san Juan Nepomuceno, y por consiguiente tendrá lugar la peregrinación anual á nuestra capilla, donde se halla, como sabéis, un san Juan Nepomuceno esculpido y pintado. Figuraos cuál habrá sido mi susto cuando, al querer arreglar esa estatua para la fiesta, se ha caído de su pedestal y se ha hecho añicos. No hay medio de componerla; y, sin embargo, se ha de celebrar la fiesta; y ya comprenderéis que sin santo no hay fiesta.

»Pues bien: se me ha ocurrido una idea y es ésta: como la casualidad, ó más bien la Providencia, ha hecho que os parezcáis como una gota de agua á otra á san Juan Nepomuceno, no os negaréis, á fuer de hombre complaciente, y además por una regular recompensa, á ocupar hoy en la capilla el lugar del santo. Tal es en pocas palabras el objeto de mi visita. ¿Os conviene, compadre?

Pero el zapatero no contestaba: le tenían estupefacto las palabras que había oído en el puente y que tanto coincidían con las del sacristán.

Miró á éste con los ojos muy abiertos, y contestó balbuceando:

—Ciertamente que me conviene; pero ¿cómo lo haremos?

—No hay cosa más fácil. Seguidme ahora mismo á casa y os daré las explicaciones necesarias. Y si por casualidad no habéis comido todavía, os ofreceré una excelente sopa de cerveza y alguna de esas deliciosas tortillas que mi cocinera hace tan bien. Además no os faltará alguna buena botella de vino de Hungría,

pues ya sabéis que tengo algunas en la cueva.

Esto era más de lo que se necesitaba para seducir á nuestro zapatero, tanto más cuanto que estaba en ayunas. Siguió al sacristán, con la cabeza tan atontada por lo que le sucedía, que al pasar gritó á su mujer:

—Catalina, no tengas cuidado por mí, porque voy á comer á casa de san Juan Nepomuceno.

La mujer se le quedó mirando asombrada, temerosa de que el hambre hubiera debilitado el cerebro de su marido y le hubiese vuelto loco.

Conforme se lo anunciara el sacristán, nuestro héroe encontró la comida preparada y la sopa de cerveza humeando sobre la mesa. Se sirvió uno tras otro tres platos de ella y los dejó limpios en menos de diez minutos, demostrando que no le desagradaba; luego llegó el turno á la tortilla, amarilla como el oro, frita á punto, ni muy dura ni muy blanda, verdadera tortilla de gastrónomo, en la cual entraron quince huevos y la cantidad correspondiente de manteca, que el futuro san Juan Nepomuceno se comió casi toda él solo.

No hay para qué decir que nuestro hombre apuró dos botellas de vino durante tan copiosa comida.

Así fué que, echándose atrás en su silla, exhaló al terminar un suspiro de satisfacción como no lo había exhalado hacia mucho tiempo.

—¿Qué tal? le preguntó el sacristán. ¿Nos encontraremos mejor?

—A las mil maravillas, contestó el zapatero, y ahora estoy dispuesto en cuerpo y alma á hacer lo que queráis.

—Pues pronto, pronto, dijo el sacristán levantándose y haciendo que se levantara también su convidado. Hay que vestirse en seguida, porque ya empiezan á tocar las campanas y los peregrinos no tardarán en llegar.

Y pasaron los dos corriendo á la capilla. Allí el zapatero fué revestido con los magníficos ornamentos y la mitra de san Juan Nepomuceno, y luego el sacristán le pegó una larga barba que le cubrió la parte inferior de la cara. Vestido de este modo, nuestro hombre tenía tan gran parecido con el santo, que su misma mujer apenas habría podido conocerle.

—¡Ajajá! exclamó el sacristán cuando el disfraz quedó completo. Ahora subid á esa peana, debajo de esa gran araña. Ese es vuestro sitio. Tomad este libro en la mano derecha y extended el brazo izquierdo como yo lo hago. ¡Así! Ahora levantad un poco la cabeza y dirigid vuestras miradas al cielo para parecer convenientemente piadoso.

Después de instruir de este modo á su compadre y no teniendo nada que decirle sobre la actitud del cuerpo y la expresión del rostro, el sacristán se alejó diciendo:

—No está mal, no está mal: saldremos bien del paso.

Pero, no bien había dado unos cuantos pasos atrás con la mano puesta á modo de pantalla delante de los ojos y felicitando al zapatero, éste dió un grito terrible que resonó en toda la capilla.

—¡Jesús, María y José! exclamó, al mismo tiempo que se cogía la nariz con la mano iz-

quierda como si quisiera alargársela hasta la cintura.

—¿Qué os sucede, compadre? le preguntó el sacristán acercándose vivamente á él. ¿Os ha picado alguna tarántula para que gritéis de ese modo?

—No, respondió el zapatero con los ojos llenos de lágrimas; es que se corre esa maldita vela de la araña y me caen las gotas abrasadas de cera en la nariz. ¡Lléveme el diablo si de aquí á cinco minutos no tengo una ampolla tan grande como una peseta!

—Vamos á ver, dijo el sacristán procurando calmarle; volved un poco la cabeza hacia este lado, y no volverá á sucederos eso. Por lo demás, no repararé en daros unas cuantas monedas más en pago de vuestro dolor. Pero, ¡por amor de Dios!, no escandalicéis durante el oficio: nos podría costar caro á los dos, porque ya comprenderéis que es preciso estar mudo é inmóvil como si fueseis una verdadera estatua.

—Perded cuidado, contestó el zapatero, halagado por la promesa de darle unas cuantas monedas más y tomando mejor actitud. Procuraré representar á conciencia mi papel.

El sacristán se alejó tranquilo, y el nuevo santo se quedó solo en la capilla.

Nuestro san Juan Nepomuceno interino experimentó una verdadera sensación de bienestar al verse solo en la iglesia. Aquella soledad le permitía ponerse al abrigo de la cera que seguía goteando de la araña y que caía en el sitio donde poco antes tenía la nariz.

Pero al poco rato, y en virtud de un fenóme-

no causado por el movimiento de rotación de la tierra, resultó que los ardientes rayos de un sol de junio, penetrando por una ventana abierta, fueron invadiendo gradualmente su cara y acabaron por darle de lleno en los ojos.

Esto no era nada mientras el zapatero podía volver á uno y otro lado la cabeza y entornar los ojos; pero sería insoportable cuando la capilla estuviese llena de gente y tuviera que permanecer inmóvil recibiendo aquel rayo de sol que le quemaba los ojos y bajo aquella cascada de cera que le abrasaba la nariz.

Temblaba con todo su cuerpo al pensar en ello.

Pero ya era demasiado tarde para reflexionar, y, por crítica que fuese su posición, tenía que aceptarla, puesto que él se la había proporcionado, por su deseo inconsiderado.

Por lo demás, no se hizo esperar el suplicio que se le había anunciado. Acababa de abrirse la puerta de la capilla; empezaba á entrar la muchedumbre, y en breve fué tan crecida que, aunque se ahogaba literalmente allí dentro, todavía quedaba más gente fuera.

Como se comprenderá, tan considerable afluencia contribuyó á aumentar el calor. El pobre zapatero, que sudaba la gota gorda y á quien los rayos del sol continuaban abrasando la cara, decía en voz baja:

—¡Ah! ¡Qué felices son las personas indignas de la luz del sol!

Y no tan sólo padecía físicamente, sino que á este sufrimiento se unía el terror de que se viera el sudor que le corría por el rostro y aquel es-

tremecimiento involuntario que agitaba todo su cuerpo á cada gota de cera que le caía en la nariz.

Por fortuna, su terror era exagerado. Los piadosos campesinos y los sombríos mineros de Silesia no podían sospechar la sustitución, porque, gracias á la barba, el parecido con el santo era tan grande que creían tener delante una verdadera estatua; todos estaban arrodillados alrededor del fingido san Juan Nepomuceno, y rezaban fervorosamente su rosario; y si alguno de ellos levantaba la cabeza, no era por duda ó por curiosidad, sino por devoción.

Así, pues, entre todo el gentío que llenaba la capilla, solamente el sacristán sabía á qué atenerse. Sin duda san Juan Nepomuceno le había hecho la vista más penetrante para castigarle por su superchería, de suerte que contaba cada gota de sudor que corría por la frente del zapatero, y temblaba á cada gota de cera que le caía en la nariz.

De aquí resultaba que temblaba y se estremecía á cada temblor y á cada estremecimiento del desdichado zapatero.

Para proporcionar algún alivio á su compadre, subió al coro y abrió una ventana. «De este modo, decía para sí, mi pobre compadre podrá respirar, y el aire que llegue hasta él le refrescará.»

Desdichada idea fué la del sacristán.

Fuera de la ventana había una inmensa cantidad de moscas. Estos pobres insectos, sedientos á causa del calor, se precipitaron en la iglesia, y, más perspicaces que los fieles, vieron el

rió de sudor que corría por la cara de la falsa estatua. Además, el zapatero había tenido que ir tan de prisa, que, después de comer la sopa de cerveza, ya fuese por falta de tiempo, ó bien por sensualidad, se olvidó de limpiarse los labios; de suerte que en aquellos labios azucarados todavía fué donde se posó zumbando el enjambre de moscas.

En pocos segundos, la cabeza del fingido san Juan Nepomuceno pareció una colmena.

Supongo, queridos lectores, que habréis experimentado el cosquilleo que causa una mosca, que, aunque la espantéis, vuelve obstinadamente á posarse en vuestro rostro. Si una sola os ha causado tanta molestia, juzgad de la impaciencia que causaría al zapatero toda una nube de ellas.

El pobre diablo se creía en el purgatorio.

Fué tan grande el suplicio, que, á no ser por la influencia de san Juan Nepomuceno, influencia verdaderamente milagrosa, los continuos gestos y muecas del zapatero habrían ahuyentado á todo el mundo de la capilla.

Sus labios estaban especialmente en continuo movimiento á causa de aquella desdichada sopa de cerveza, cuyo olor habían conservado; al principio el labio superior fué el que se agitó convulsivamente, ya procurando llegar á la nariz ó ya tratando de bajar hasta la barba. Luego trató de hacer con el labio inferior lo que no podía con el superior; y como no lo conseguía con uno ni con otro, imprimió á toda su boca un movimiento de vaivén que parecía tener por objeto morderse tan pronto la oreja izquierda como la derecha.

Como si esta tortura no fuese aún bastante grande, el fingido san Juan Nepomuceno vió acercarse otra.

Se aproximaba en forma de un enorme abejorro, que le amenazaba zumbando y revoloteando á su alrededor. Al principio el animal pareció haber entrado por casualidad y porque había encontrado la ventana abierta. Volaba inocentemente á derecha é izquierda sin que, al parecer, le guiara ningún mal propósito; pero luego le llamó la atención el enjambre de moscas que rodeaba al zapatero.

El falso santo no lo había perdido de vista desde que entró en la iglesia; le seguía receloso con la vista, fijándose en todos los círculos que había trazado, y observaba con terror que cada círculo se acercaba más y más á él.

Por fin, percibió el zumbido en sus mismos oídos, y comprendió que, si el abejorro se detenía algo, era para buscar mejor un sitio en que posarse.

Pronto salió de dudas: el abejorro se le puso en la misma punta de la nariz.

El zapatero, medio loco, resolvió saltar de su peana en medio del coro, á pesar del escándalo que iba á causar. Hizo un violento esfuerzo, pero sus pies no se movieron de la peana: le era imposible moverse.

En aquel momento el cosquilleo del insecto se hizo tan insoportable que procuró aplastarlo con su libro, pero no pudo mover la mano.

Como si hubiera estado al corriente de las malas intenciones que el zapatero tenía con respecto á él, el abejorro le clavó el aguijón en la nariz.

Aquella vez el dolor le arrancó un grito terrible.

Por fortuna, sólo tuvo la intención de gritar, porque no sólo se había quedado inmóvil, sino también mudo.

Entonces comprendió que era mucho más desgraciado de lo que había sido hasta entonces sin presumirlo. Se había convertido en una verdadera estatua sin adquirir los privilegios del mármol y de la madera: es decir, que mudo, inmóvil, con la apariencia de un cuerpo de madera, tenía los tristes privilegios del hombre y seguía pensando y sufriendo.

—¡Dios mío! murmuró para sus adentros, recordando la maldición de Jesucristo á su cofrade el zapatero de Jerusalén. Heme aquí que soy lo contrario del judío errante: aquél, una vez en marcha, no pudo detenerse; yo, una vez parado, no puedo ponerme en marcha. ¡Qué desgraciado soy! ¡Me he de ver así hasta el día del Juicio final!

Como se comprenderá, esta idea añadió á sus padecimientos físicos otros padecimientos morales mucho más terribles.

En esto, el cura pronunció las palabras sacramentales: *Ite, missa est.*

Había terminado la misa.

Al cabo de un cuarto de hora, ya no quedaba en la iglesia nadie más que el sacristán y el falso san Juan Nepomuceno.

—¡Gracias á Dios! exclamó el sacristán. Todo ha acabado bien; pero á fe de hombre honrado no me volverá á suceder. ¡Si supierais lo que me han hecho padecer vuestras horribles mue-

cas! No sé cómo los demás no las han visto. Pero ya hemos salido de apuros: bajad de vuestra peana. Ya no necesito vuestros servicios, á Dios gracias. Pero ¿no bajáis? ¿Os habéis quedado sordo? añadió levantando la voz. ¡Os digo que bajéis!

Pero, por más que el sacristán gritaba, el pobre zapatero seguía inmóvil.

—Vamos á ver: basta ya de tonterías. Veo que eres hombre de buen carácter, puesto que todavía tienes ganas de reir después de lo que ha pasado. ¡Baja, baja!

Y, uniendo la acción á la palabra, le cogió por una pierna para hacerle bajar.

Mas, no bien lo hubo tocado, lanzó un grito de sorpresa.

Acababa de notar que la pierna del zapatero estaba tan dura como un palo.

—¡Milagro! ¡Sorprendente milagro! exclamó lleno de miedo. San Juan Nepomuceno me castiga por mi impostura. No solamente voy á perder el empleo y el pan, sino que se me acusará de haber dado muerte á mi compadre, á quien han visto á mi lado en los últimos momentos. ¡Oh gran san Juan Nepomuceno! añadió hincándose de rodillas medio muerto de terror. ¡No te he ofendido más que esta vez, pero te juro no volver á hacerlo! ¡Ayúdame, oh santo mio, á salir de este terrible trance!

Al mismo tiempo, á esta súplica del sacristán el zapatero unía otra, muda, es verdad, pero no menos ardiente.

—¡Oh gran san Juan Nepomuceno! decía en el fondo de su corazón. Toda mi vida he sido un

perezoso, un haragán; pero desde hoy te prometo ser otro hombre y no dar oídos á mis malos instintos; ayúdame á salir de esta situación. Si he padecido tanto por espacio de dos horas, ¿qué será si esto ha de durar toda una eternidad?

Apenas quedó terminada esta doble invocación, cuando se oyó un formidable estruendo, y, abriéndose la pared de la capilla, dió paso al verdadero san Juan Nepomuceno, el que estaba esculpido en piedra en el puente y cuya pereza había envidiado el zapatero.

—He oído vuestras promesas y vengo á acceder á vuestros ruegos, dijo. Tú, sacristán, ya has quedado bastante castigado con las angustias que has pasado, y en adelante no te atreverás, según presumo, á buscarme tan menguado sustituto. Tú, añadió dirigiéndose al zapatero, hombre perezoso y de poco más ó menos, te predigo que, si no cumples el compromiso que acabas de contraer conmigo y si desde este momento no eres un hombre honrado y laborioso, volveré adrede para convertirte en estatua, y esta vez seguirás siéndolo hasta el día del Juicio final.

Y, así diciendo, el santo se alejó como había venido, es decir, á paso lento y solemne, cuyo rumor se oyó, aun después que hubo salido de la iglesia.

Cuando hubo desaparecido, el sacristán y el zapatero creyeron que nacían de nuevo. El segundo saltó de su peana, y se abrazó al primero.

Y desde aquel día no ha habido zapatero más

juicioso ni trabajador, ni fiel que mayor respeto haya profesado á san Juan Nepomuceno, en términos que, siempre que pasaba por el puente, no tan sólo se descubría, sino que le rezaba una oración.

FIN

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
PRÓLOGO.	5
I.—El soldado de plomo y la bailarina de papel.	9
II.—Juan el chico y Juan el grande.	27
III.—El rey de los topos y su hija.	63
IV.—La reina de las nieves.	85
V.—Los dos hermanos.	143
VI.—El sastrecillo valiente.	193
VII.—Las manos gigantescas.	213
VIII.—La cabra, el sastre y sus tres hijos.	235
IX.—San Juan Nepomuceno y el zapatero.	257



Catálogo

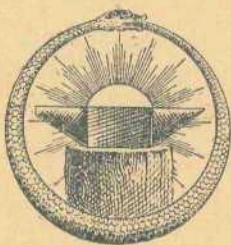
de las obras publicadas

————— *por la casa* —————

Luis Tasso

Arco del Teatro, 21 y 23

• *Barcelona* •



NUEVA BIBLIOTECA

Tamaño 11 X 18 centímetros

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

Gustavo AIMARD

Los cazadores de abejas Un tomo de 230 páginas.

Corazón de piedra Un tomo de 298 páginas.

Las noches mejicanas Dos tomos: de 214 páginas el 1.º, y 260 el 2.º

Dante ALIGHIERI

La Divina Comedia Traducción del CONDE DE CHESTE. — Tres tomos: el 1.º titulado EL INFIERNO, tiene 379 páginas; el 2.º EL PURGATORIO, 267 páginas, y el 3.º EL PARAISO, 291 páginas.

Alejandro DUMAS (padre)

Un lance de amor.-Erminia Un tomo de 184 páginas.

La bola de nieve.-La nevasca Un tomo de 192 páginas.

La Paloma.-Adán el pintor calabrés
Un tomo de 240 páginas.

La boca del Infierno Un tomo de 320 páginas.

Dios dispone Un tomo de 272 páginas.

Olimpia Un tomo de 254 páginas.

Fernanda Un tomo de 312 páginas.

Las Lobas de Machecul Dos tomos: de 292 páginas el 1.º, y 304 el 2.º

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

Amaury Un tomo de 304 páginas.

El capitán Pablo Un tomo de 282 páginas.

Catalina Blum Un tomo de 316 páginas.

El hijo del presidiario Un tomo de 332 páginas.

Paulina y Pascual Bruno Un tomo de 269 pá-
ginas.

La mujer del collar de terciopelo Un tomo de
293 págs.

Cecilia de Marsilly Un tomo de 342 páginas.

Los tres Mosqueteros Tres tomos: de 317 páginas el
1.º, 314 el 2.º y 315 el 3.º

Veinte años después Tres tomos: de 404 páginas el
1.º, 404 el 2.º y 398 el 3.º

El Vizconde de Bragelona Seis tomos: de 342 pá-
ginas el 1.º, 310 el 2.º,
316 el 3.º, 328 el 4.º, 320 el 5.º y 312 el 6.º

Una noche en Florencia Un tomo de 232 páginas.

Acté Un tomo de 277 páginas.

Los hermanos corsos.-Otón el arquero
Un tomo de 271 páginas.

Sultaneta Un tomo de 277 páginas.

Los casamientos del Tío Olifo Un tomo de 247
páginas.

El Maestro de armas Un tomo de 354 páginas.

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

El Conde de Montecristo Seis tomos: de 315 páginas el 1.º, 343 el 2.º, 333 el 3.º, 327 el 4.º, 309 el 5.º y 301 el 6.º

Los dramas del mar Un tomo de 318 páginas.

Elena.-Una hija del Regente Un tomo de 238 páginas.

El camino de Varennes Un tomo de 253 páginas.

La princesa Flora Un tomo de 232 páginas.

Napoleón Un tomo de 267 páginas.

El horóscopo Un tomo de 238 páginas.

El Tulipán negro Un tomo de 253 páginas.

La mano del muerto Un tomo de 421 páginas.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

del mismo autor

- Recuerdos de Antony.** Un tomo.
Silvandira. Un tomo.
El narrador de cuentos. Un tomo.
Angel Pitou. Dos tomos.
El collar de la Reina. Tres tomos.
Los Estuardos. Un tomo.
Memorias de un médico Cinco tomos.
-

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

Alejandro DUMAS (hijo)

La Dama de las camelias Un tomo de 282 páginas, con 10 grabados.

La vida á los veinte años Un tomo de 176 páginas.

El doctor Servans Un tomo de 260 páginas.

Aventuras de cuatro mujeres y un loro
Dos tomos: de 240 páginas el 1.º, y 224 el 2.º

Cesarina Un tomo de 327 páginas.

La Dama de las perlas Un tomo de 358 páginas.

Luciano GARCÍA DEL REAL

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

La noche toledana seguida de Nuño el Fuerte. — Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín. — Un crimen del orgullo. — Un invencible vencido. — La leyenda de los siete panes. — El perdón de Alhama, el Nazarita (fundador de la Alhambra). — El rey de la mano horadada. — Macías el Enamorado. — La batalla de los siete condes. — El señor de Giriballe no se muere de sed ni de hambre. — El gabán de don Enrique el Dollente. — Forma un tomo de 240 páginas.

El fratricidio de Montiel seguida de El bastardo de D. Álvaro de Luna. — La Virgen de la Azucena. — Rey valiente y desgraciado. — «Fuente-Ovejuna le mató». — La hermosa de la mancha roja. — Primera función de guerra del Gran Capitán. — Un rey de las leyendas. — La Padilla y don Fadrique. — Los farfanes y don Juan I. — El banquete de la marquesa de Falces. — La peña de los enamorados y el huitre de Archidona. — La leyenda de Cervantes y de Velázquez. — Guzmán el Bueno. — Don Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales. — La fuente de Guanga. — Marisaitos. — Forma un tomo de 296 páginas.

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

El caballo de Aliatar seguida de Una mano de azotes.
—Complemento de la tradición anterior.—La cabaña de la condenada.—Juan Garín.—Doña Marta de Monleón.—La leyenda de los Corporales de Daroca.—La fuerza de don Jaime el Conquistador.—El conde Cain.—El desaire.—La flor de granado.—La peña del castigo.—Un recuerdo de la batalla de Aljubarrota.—Mari-cuchilla.—Un duelo muy célebre.—La hija de Alfonso el Magno.—Rojín Rojal.—Mariana Pineda.—La huella de sangre.—Forma un tomo de 264 páginas.

Un guerrillero Y UN MILAGRO DE LA VIRGEN DEL PILAR, seguida de Leyendas tragicómicas de la torre de Hércules.—Heroísmo fraternal.—La Arquita-euna (tradición del nacimiento de D. Pelayo).—Los primeros triunfos de Roger de Lauria.—El presagio.—La llave de Granada.—El desafío de Barleta.—Tradiciones estudiantiles.—Amores fatales.—La asomada.—Leyenda de la torre del Oro.—El honor castellano.—Juan de Padilla.—Manazas, otro tío Sam.—Tradiciones familiares: *El que mucho abarca poco aprieta; Los amigos; El extranjero*.—Forma un tomo de 273 págs.

El gran duque de Alba seguida de La viuda de Padilla.—La leyenda de fray Luis de Granada.—En busca de un político insigne.—Dos lirios.—Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra.—La diplomacia viril.—Francisco de Vinuesa.—Una dama y un ingenio.—Algunos tipos tradicionales: *Los aficionados; La payesa de Montseny; Tradiciones familiares: La madrecita; La mejor carrera*.—Al público y al «Dinero de Barcelona».—Forma un tomo de 292 páginas.

Manuel GIL MAESTRE

Los Problemas del trabajo y el Socialismo

Un tomo de 211 páginas.

Jorge ISAACS

María Un tomo de 235 páginas.

J. MICHELET

El Amor 6.ª edición. Un tomo de 240 páginas.

La Mujer 6.ª edición. Un tomo de 256 páginas.

La Bruja 5.ª edición. Un tomo de 272 páginas.

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

De los Jesuitas 5.ª edición. Un tomo de 148 páginas.

El Cura, la Mujer y la Familia 4.ª edición.— Un tomo de 176 págs.

Biblia de la Humanidad 5.ª edición.— Un tomo de 274 páginas.

Leyendas democráticas Un tomo de 274 páginas.

El Pájaro Un tomo de 230 páginas.

Eloy PERILLÁN BUXÓ

Bengalas Un tomo de 248 páginas, que contiene las siguientes:
La Camisa de la Lola (historia triste).—Toros y Caballos (bengalitas americanas).—Patricio (cuento ligero).—El Conde de la Higuera (cuento alegre).—D. Pedro D'Aleántara (sucesido literario).—Las Carolinas.—¡Borredá!—El Sargento Morales (Episodio de Hospital).

Bernardino de SAINT-PIERRE

Pablo y Virginia seguido de LA CABAÑA INDIA.— Un tomo de 256 páginas, con 10 grabados.

Torcuato TASSO

La Jerusalén libertada Traducción del CONDE DE CHASTE.— Dos tomos, de 324 páginas el 1.º, y 329 el 2.º

Miguel de CERVANTES SAAVEDRA

El ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*
Un tomo de 496 páginas, tamaño 12½ × 18 centímetros.

LESAGE

Gil Blas de Santillana Un tomo de 884 páginas, tamaño 12½ × 18 centímetros.

**A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela**

José M. **MARROQUI**

*Estudios sobre los verbos irregulares
castellanos* Un cuaderno de 46 páginas, tamaño 13 × 20 cen-
tímetros, 1 peseta.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

LUJOSO ÁLBUM

de fotografías instantáneas é inéditas, reflejo de la vida
de cuartel y de campaña de nuestros soldados

—••—
Tamaño 27 × 34 centímetros
—••—

Consta de 18 cuadernos, conteniendo cada reparto 16 magníficas au-
totipias con su correspondiente descripción.

El precio de cada cuaderno es

— **UNA peseta** —

Toda la obra, en un tomo lujosamente encuadernado,

25 pesetas

LA ARMADA ESPAÑOLA

Reproducción por el fotocromograbado

DE LOS

principales tipos de buques de nuestra Marina de Guerra

ACUARELAS DE

F. Hernández Monjo

—••—
Tamaño 27 × 34 centímetros
—••—

Forman esta colección cuatro cuadernos, cada uno contiene cuatro
preciosas simil-acuarelas con un pliego de explicación para cada una.

Toda la colección con índice y portada, encuadernada en tela, con el
título en aluminio, **CINCO pesetas.**

Hay ejemplares encuadernados, con las explicaciones en español y
en francés, al mismo precio

LA PARTIDA DOBLE

ESTUDIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS

DE CONTABILIDAD COMERCIAL AL ALCANCE DE TODOS

Obra de texto indispensable para quienes deseen iniciarse por sí mismos en tan importante rama de toda buena administración, á la vez que utilísima como de consulta y guía para los que temporal ó profesionalmente se dediquen á llevar libros de comercio ó bien deban entender de ellos para celar por sus negocios propios y por los ajenos.

SEGUIDA DE UN

APÉNDICE DE DOCUMENTACIÓN MERCANTIL

ESCRITA POR

EMILIO OLIVER CASTAÑER

BASES DE LA SUSCRIPCIÓN

LA PARTIDA DOBLE se publica por cuadernos de 24 páginas cada uno, tamaño 22 x 28 centímetros, al precio de

UNA peseta cada cuaderno

no obstante los enormes gastos que supone la entretenida y costosa composición y la estampación de un libro de esta clase.

Toda la obra consta de cincuenta cuadernos.

Los dos tomos en rústica, 50 ptas.; encuadernados en tela, lomo piel, lujosa y sólida encuadernación, 60 ptas.

PRÁCTICAS

DE

CÁLCULO COMERCIAL

AL ALCANCE DE TODOS

ESTUDIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS DE CÁLCULOS MERCANTILES

con derivación de las fórmulas generales más simplificadas para resolver éstos con facilidad y prontitud en los escritorios y despachos de comercio

FOR

EMILIO OLIVER CASTAÑER

Formará un tomo de 25 cuadernos de á 24 páginas, del tamaño y papel de la última y reciente obra del mismo autor, LA PARTIDA DOBLE.

Queda abierta la suscripción a

UNA peseta el cuaderno en toda España.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS

POR

D. VÍCTOR GEBHARDT

QUINTA EDICIÓN

PLAN DE LA OBRA

TOMO I.—PARTE PRIMERA.—*España primitiva, cartaginesa y romana.* Desde 1600 antes de J. C. hasta el 413 de nuestra era.

TOMO II.—PARTE SEGUNDA.—*España goda.* Desde el año 413 hasta el 711 de nuestra era.

TOMOS III Á VI.—PARTE TERCERA.—*España árabe y reinado de los Reyes Católicos.* Desde el año 711 hasta el 1516 de nuestra era.

TOMOS VII Y VIII.—PARTE CUARTA.—*Dinastía austriaca.* Desde el año 1516 hasta el 1700.

TOMOS IX Á XII.—PARTE QUINTA.—*España borbónica.* Desde el año 1700 hasta el 1868.

TOMO XIII.—APÉNDICES.

Se publica por cuadernos de 8 entregas de 8 páginas de abundante lectura y esmerada impresión y buen papel.

Cada cuaderno se compone de 64 páginas, al que acompaña una lámina de regalo.

El precio de cada cuaderno es el de 50 céntimos

Toda la obra se compone de 103 cuadernos, resultando, por lo tanto, la edición más lujosa y barata que se ha hecho hasta el presente.

En las ilustraciones de esta obra se incluye la colección de retratos de todos los reyes hasta Isabel II.

También en 10 láminas gran tamaño, iluminadas, van los trajes y armamento desde la formación del ejército permanente hasta fin de 1868.

Tamaño 15 × 22 centímetros

**13 tomos en rústica, á 4 pesetas tomo
y en tela con lomo piel, á 5'50 pesetas**

Puede adquirirse por tomos encuadernados en las localidades donde no haya librero, mandando el valor de cada tomo ó tomos que se deseen, directamente al editor

LUIS TASSO, Arco del Teatro, 21 y 23.- Barcelona

ALBUMS DE CARICATURAS

por **J. XAUDARÓ**

Cada álbum consta de 24 páginas, tamaño 25×34 centímetros, impresión en papel á propósito y con una elegante cubierta en colores.

Lances de Honor.	80	cénts.
Los Sports.	80	»
Tratado de Urbanidad.	80	»
La Expresión.. . . .	80	»
Los Artistas.	80	»
Los Literatos....!	80	»
Guía de Viajeros.	80	»

ALBUM DE TOROS

por **NAVARRETE**

24 páginas de caricaturas y cubierta en colores
80 céntimos

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

por **MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

Dos tomos: de 808 páginas el 1.º, y 912 el 2.º, ilustrados con 370 grabados hechos por el gran **GUSTAVO DORÉ**, y lujosamente encuadernados. Tamaño 15 × 22 centímetros, **18 pesetas**.

PRECIOSA EDICIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

por **MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

Un tomo de 790 páginas, ilustrado con 360 composiciones del gran **GUSTAVO DORÉ**, ricamente encuadernado con lomo de piel. Tamaño 15 × 22 centímetros, **6 pesetas**.

MATILDE Y MALEK-ADEL

por **MADAMA COTTIN**

Dos tomos divididos en 44 cuadernos de 32 páginas á 0'25 de peseta el cuaderno. El tomo 1.º contiene 968 páginas y 456 el 2.º—**Magníficas Ilustraciones**.—Tamaño 16 × 22 centímetros.—En rústica, **11 pesetas**; encuadernados en un solo volumen, **14 pesetas**.

ARMAS Y ARMADURAS

por D. ANTONIO GARCÍA LLANSÓ

con un prólogo de D. FRANCISCO BARADO

Forma un elegante tomo de 308 páginas, ilustrado con 161 grabados. Tamaño 19 × 28 centímetros.—Encuadernado, 10 pesetas.

GERMANIA

VEINTE SIGLOS DE HISTORIA ALEMANA

por J. SCHER

Dos tomos: el 1.º de 232 páginas, con 82 grabados; el 2.º de 212 págs., con 84 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—Los dos tomos en rústica, 4 ptas.; los mismos, encuadernados en un solo volumen, 5 ptas.

CUENTOS DE PERRAULT Y DE MADAMA DE BEAUMONT

ilustrados por GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 240 páginas, con 37 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—En rústica, 3 pesetas, y 4 pesetas encuadernado.

AVENTURAS DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

ilustrado por GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 252 páginas, con 150 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—En rústica, 3 pesetas, y 4 pesetas encuadernado.

LAS UNIDADES CIENTÍFICAS

por FEDERICO CAJAL

Un tomo de 216 páginas, ilustrado con 12 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—3 pesetas.

Índice de las materias que contiene: *Las unidades.—El metro.—El kilogramo.—El segundo.—El kilográmetro.—El grado: amplitud, longitud, exponente.—La caloría.—La atmósfera.—La cárcel.—El centímetro gramo segundo.—El volt.—El coulomb.—El ohm.—El ampere-volt.—El farad.—El polo.—La krita.—El litro.—La vibración.*

CABLES DE LUZ ELÉCTRICA

DISTRIBUCIÓN DE ELECTRICIDAD

por STUART A. RUSSELL, socio de número del Instituto de Ingenieros civiles

TRADUCIDO DE LA PRIMERA EDICIÓN INGLESA

Un tomo de 400 págs., ilustrado con 107 grabados. Tamaño 14 × 20½ centímetros.—7 pesetas.

ESCLATS DEL COR

APLECH DE POESÍAS

por D. VENANCIO BARLES Y LLOPIS

con un prólogo de D. VÍCTOR BALAQUER

Un tomo de 216 páginas, sin grabados. Tamaño 14 × 19 centímetros.—2 pesetas.

EDICIONES ADORNADAS CON GRABADOS

Tamaño 19 × 28 centímetros

A UNA peseta el tomo en toda España

ERCKMANN-CHATRIÁN

El ilustre Dr. Matheus Un tomo de 66 páginas, con 20 grabados.

Hugo el lobo seguido de La herencia del tío Cristiano.— Combate de osos.— El chivo de Israel.— Una noche en los bosques.— La reina de las abejas.— Forman un tomo de 67 páginas, con 22 grabados.

Ayer y hoy (DANIEL ROCH, el herrero).—Un tomo de 64 páginas, con 19 grabados.

El judío polaco seguido de El sueño de Aloyo.— Micer Tempus.— El ojo invisible ó la posada de los tres ahorcados.— El cometa.— El burgomaestre embetellado.— La concha del tío Bernardo.— La trenza negra.— El tallón.— El inventor.— Forman un tomo de 72 páginas, con 20 grabados.

Historia de un pasante seguido de Los novios de Catalina y Achispado.— Un tomo de 60 páginas, con 16 grabados.

Los años de colegio de Maese Nablót seguido de El pastel de conejo.— Una velada en la aldea.— Los buenos tiempos de antaño.— Los papeles de la señora Juanita.— Carta de un elector á su diputado.— Mirtila.— El centinela solitario.— Un tomo de 52 páginas, con 13 grabados.

Los dos hermanos (LOS RANZAU).—Un tomo de 60 páginas, con 23 grabados.

Una campaña en Kabília seguido de La educación de un feudal y Los oradores de mi pueblo.—Un tomo de 52 páginas, con 15 grabados.

El verdugo de su hijo (LA CASA DEL BOSQUE).—Un tomo de 51 págs., con 16 grabados.

Cuentos de las orillas del Rhin Comprenden: El tesoro del antiguo caballero.— Mi ilustre amigo Selsam.— La pesca milagrosa.— La ladrona de niños.— El blanco y el negro.— El caballista Haas Weland.— El requiem del cuervo.— El canto de la cuba.— El ciudadano Schneider.— Un tomo de 68 páginas, con 20 grabados.

Memorias de un clarinete seguido de La taberna del Jamón de Maguncia.—Un tomo de 76 páginas, con 21 grabados.

A UNA peseta el tomo en toda España

A UNA peseta el tomo en toda España

El triunfo de una mujer (EL AMIGO FRITZ).—Un tomo de 76 págs., con 24 grab

Historia de un plebiscito Contada por uno de los 7.500,000 sí.—Un tomo de 92 páginas, con 22 grabados.

Gaspar Fix Un tomo de 70 páginas, con 25 grabados.

Gustavo AIMARD

Los dos rivales Episodio de la revolución mejicana de 1860.—Un tomo de 68 páginas, con 16 grabados.

Los gambucinos Cuadro histórico de la independencia mejicana.—Un tomo de 76 páginas, con 14 grabados.

Ediciones tamaño 10 × 16 centímetros

E. BARCK

El Nihilismo y la política rusa Un tomo de 192 páginas.

Nicolás DÍAZ DE BENJUMEA

Un solterón ó un gran problema social
Un tomo de 304 páginas.

Tomás MICHELENA

La libertad para la mujer Un tomo de 256 páginas.

Débora Un tomo de 272 páginas.

Manuel IBO ALFARO

La hermana de la caridad Un tomo de 208 páginas.
De esta obra hay ejemplares encuadernados á 1'50 pesetas.

Guillermo GODIO

Un suicidio seguido de Idilio indio.—Mi primera vileza.—
La novela de un niño.—Entre cabezas de leño.—
Exorcismo.—Las dos Justicias.—Un tomo de 248 páginas.

A UNA peseta el tomo en toda España



EN PRENSA

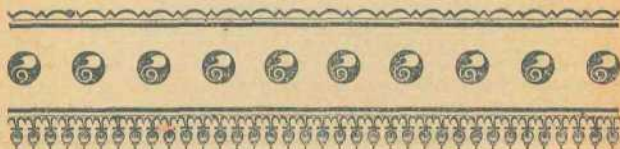
COLECCIÓN DE TODAS LAS OBRAS

— DE —

H. de Balzac

á UNA PESETA el tomo en rústica

y UNA Y MEDIA encuadernado en tela



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406004453

